



Una cultura de amor

Índice

Este número	3
Retiro	5
Formación	13
Comunicación	25
Vida salesiana	32
Pastoral Juvenil	37
La Solana	53
Familia	70
Lectio divina	81
El Anaquel	89
La levedad de los días	99

Revista fundada en 2000

Tercera época

Dirección: Mateo González

✓ forum@salesianos.es

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Juan José Bartolomé, Segundo Cousido, Carlos Rey, Jesús Rojano, Óscar Bartolomé, Samuel Segura, Xulio César Iglesias e Isidro Lozano.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

🎯 Presentación



El cardenal Ravasi, responsable de la iniciativa llamada “Atrio del gentiles” del Pontificio Consejo para la cultura, que traemos a nuestra sección de “Formación” con el texto de una conferencia sobre el diálogo fe-cultura, concluye su intervención con una sugerente invitación: «El hombre se destruye con la política sin principios; el hombre se destruye con la riqueza sin fatiga y sin trabajo; el hombre se destruye con la inteligencia sin sabiduría; el hombre se destruye con los negocios sin moral; el hombre se destruye con la ciencia sin humanidad; el hombre se destruye con la religión sin fe; el hombre se destruye con un amor sin el sacrificio y la donación de sí». Este amor total es el que contemplamos en la Pascua que estamos a punto de celebrar y es el que inspira nuestra portada de este mes

Por otra parte nos ocupamos de otros temas. En la sección “**Familia**” ofrecemos una reflexión sobre el fenómeno del envejecimiento de la población, como uno de los grandes fenómenos de finales del siglo XX y principios del XXI y este es imparable. Lo consideramos un logro de la medicina, de la vida saludable y destacamos las potencialidades que tiene este grupo. Hay ciertamente un nuevo rostro de la vejez, ya que las personas acceden a esta edad, en mejores condiciones que en

generaciones precedentes; es por ello que su colaboración al interior de la familia, y a la sociedad en general es muy significativa. Poner esto de relieve es el propósito de este trabajo, señalando que para colaborar, hay que estar previamente integrado en la dinámica familiar, que es lo deseable.

No faltan en este número los contenidos habituales. En la sección de “**Comunicación**”, comenzando en este número y durante los propios meses, se ofrece una reflexión de nuestra congregación sobre el reto de la comunicación social.

El “**Retiro**” que se ofrece en este número, la delegación de formación, para este final de la Cuaresma nos propone “encontrar a Dios en la vida ordinaria” como elemento de reflexión.

En “**Pastoral juvenil**”, traemos una conferencia del sacerdote y periodista Juan Rubio que interpela la significatividad de la pastoral vocacional de hoy.

Continuamos, además, con la “*Lectio Divina*” sobre el tema de la oración, las reflexiones de “**Vida salesiana**” de Carlos Rey y las anotaciones cotidianas de Isidro Lozano en la “**Levedad de los días**”.

En “**La solana**”, una sección especial sobre los mayores en la vida consagrada actual, seguimos con los materiales de religioso camilo Francisco Álvarez que reflexiona esta vez sobre experiencias saludables que miran a la plenitud de vida.

En el “**Anaquel**”, en este año en el que se celebran los quinientos años de la Reforma Protestante, para ello traemos una recopilación de los artículos del escritor Juan Manuel de Prada sobre el legado de Martín Lutero. También incluimos una sintética presentación de la nueva edición del *Misal Romano* en español que ha comenzado a emplearse, de forma oficial, en esta Cuaresma de 2017.

Encontrar a Dios en la vida ordinaria

Dario Mollà, SJ

1.- Motivación general

El Papa Francisco nos definió a los religiosos como “buscadores de Dios”. Buscar y encontrar a Dios, es el tema y tarea fundamental de todo creyente durante toda su vida. En ello está empeñado, si realmente quiere vivir su fe, porque ésta no es una conquista segura, sino una tarea permanente. Buscar a Dios es la constante invitación que toda Cuaresma realiza, y a la que nos invita la Iglesia.

Lo que provoca la “sed de Dios” en el ser humano es precisamente que ha sido Dios quien primero ha buscado y encontrado al ser humano. Así lo afirma toda la tradición espiritual desde el Antiguo Testamento, pasando por San Juan de la Cruz (“Como el ciervo huiste, habiéndome herido”), llegando a Simone Weil (“Dios se agota, a través del infinito espesor del tiempo y del espacio, para alcanzar el alma y seducirla”). Es esta búsqueda del ser humano la que suscita en él la búsqueda de Dios, la “sed de Dios” que proclama el salmista, o que expresa San Juan de la Cruz con el “salí tras ti clamando”.

Ahora bien, se trata de buscar y encontrar a Dios no solo en momentos puntuales o experiencias especiales, sino en lo ordinario. En un doble movimiento: encontrar a Dios en lo ordinario, y vivir lo ordinario desde la presencia de Dios. Este es el desafío: encontrar y vivir la presencia de Dios en toda la vida. Pero... ¿qué es encontrarnos con Dios en la vida ordinaria? ¿Tener visiones y revelaciones? ¿Qué signos tenemos de que hacemos experiencia de Dios? Decía Simone Weil: “Conozco la experiencia de Dios de una persona por cómo se relaciona con el resto de las personas”.

Experiencias como la capacidad de misericordia (de situarse ante los demás sin juzgar, perdonando), la capacidad de gratuidad y de servicio, la libertad ante las cosas y a la hora de buscar recompensas y compensaciones, la fortaleza interior ante las adversidades (porque la experiencia de Dios no evita los problemas, sino que ayuda a superarlos), el amor a los pobres,... son algunos signos claros de que se está haciendo experiencia de Dios en la propia vida.

Hay una interacción entre vida ordinaria y vida espiritual: una influye en la otra necesariamente. Las buenas o malas dinámicas en la vida ordinaria, llevan a buenas o malas dinámicas en la vida espiritual. Y viceversa. Por lo cual, podemos decir que hay modos de vida que ayudan y otros que impiden la experiencia de Dios.

Lo que pretendemos en este retiro es ofrecer *dinámicas de vida* que ayuden a hacer más transparente a Dios en nuestra vida, que ayuden a buscar y a encontrar a Dios en nuestra vida ordinaria. La experiencia de Dios en la vida ordinaria es algo que se puede conseguir. Así lo han hecho todos los santos. Y nosotros también podemos conseguirlo, si ponemos los medios adecuados.

2.- Dinámicas de vida que no ayudan a la experiencia de Dios

¿Por qué a veces no encontramos a Dios, por qué nos cuesta tanto? Quizá nos impide encontrarlo algunas de estas *dinámicas de vida*:

- *Estar muy ensimismados y absortos en nosotros mismos*: lo que nos pasa, lo que nos duele, lo que sentimos... Si solo tenemos ojos para nosotros mismos, nuestros proyectos, objetivos, maneras de hacer las cosas; y nuestra oración es cavilación sobre lo que tenemos entre manos y nos preocupa,... ;no le dejamos sitio a Dios!

- *Buscar a un Dios que no existe*: quizá el Dios que nos quite los problemas o nos ponga las cosas fáciles, o que haga lo que nos conviene,... es decir, un dios a nuestra medida. Ciertamente no es el Dios verdadero, es un ídolo a nuestro servicio. En el fondo es que *no seguimos los caminos de Dios, sino nuestros caminos*. Dios siempre pilla *el ascensor de bajada*: lo suyo es “humillarse hasta hacerse uno de nosotros, y hasta la muerte de cruz”. Nosotros tendemos siempre a *pillar el ascensor de subida*: crecer, progresar, subir de categoría, vivir mejor,... Así es difícil el encuentro entre quien baja y quien sube.

- *El hacer desenfrenado y voluntarista*, reduciendo la experiencia de Dios solamente a los momentos institucionales. El *activismo* no es hacer muchas actividades. Es poner la actividad como objetivo, como excusa, como coartada... para justificarnos o huir de otras realidades que no nos satisfacen o que nos dan miedo, como el encuentro sereno con Dios. La *falta de tiempo*, que tantas veces aducimos, tiene difícil solución aumentando el número de horas del día: el día tiene 24 horas, y si tuviera 53, seguro que también nos faltaría tiempo. Se trata de realizar un discernimiento de en qué empleamos el tiempo, y qué sacamos en claro de ese empleo. El *cansancio* que nos produce la actividad es como el colesterol. Hay colesterol del bueno y colesterol del malo. El cansancio bueno es el que se soluciona descansando. El malo tiene que ver con el modo o porqué hacemos las cosas y nos cansamos. El voluntarismo y el perfeccionismo es cansancio del malo.

Una manera de analizar cómo hacemos con nuestro tiempo es, descontando el tiempo de sueño (¿ocho, siete,... ¡no menos de siete horas!), comprobar qué tiempo dedicamos a cada una de estas actividades:

- *Las cosas indispensables* que tenemos que hacer: aquí no cabe el discernimiento. Es lo que toca, y hay que hacerlo. ¿Qué % del tiempo diario nos ocupan?

- *Las cosas imprevistas*: surgen sin que lo hayamos programado, y hay que atenderlas: aquí tampoco cabe el discernimiento. ¿En qué % nos suceden a diario? ¿Podemos estar provocándolas inconscientemente (por ejemplo, creando dependencias de personas)? Los imprevistos son como un terremoto en una ciudad: si esta está bien construida, lo aguantará, pero si no, la destruirá. Si estamos interiormente bien, lo imprevisto lo superaremos con creces, pero si no estamos bien... ¡nos puede generar un auténtico desastre! No es bueno decir que “sí” a todo lo que surge: ¡no todo lo que cabe en la agenda, cabe en la vida!

- *Las cosas opcionales*, donde tenemos un margen de elección. ¡Este es nuestro tiempo-espacio de discernimiento! ¿A qué las dedicamos? ¿Somos activos para habitar en este tiempo... o dejamos pasar este tiempo como *tiempo muerto*? ¿Qué % del tiempo del día nos queda para estas cosas?

Cuando seguimos estas dinámicas no hacemos experiencia de Dios... ¡ni siquiera en la propia oración! Recitaremos salmos, rezaremos oraciones,... pero no viviremos en esas prácticas la experiencia del encuentro con Dios.

Se propone como tarea responder a estas dos preguntas:

- ¿Cuáles son las dificultades más fuertes para mi experiencia de Dios en la vida cotidiana?

- En algún momento de mi vida en que haya sido consciente de tener una auténtica experiencia de Dios, ¿qué efectos ha tenido en mi vida cotidiana?

3.- Dinámicas de vida que ayudan a la experiencia de Dios: abriendo ventanas

Dios entra a raudales en nuestra vida, cuando le abrimos libremente las *ventanas* adecuadas. ¿Qué ventanas podemos abrir para facilitar la entrada de Dios en nuestra vida?

Primera ventana: La escucha vulnerable a los otros. Una escucha que se deje afectar por aquello que oye. Que no interrumpa. Que se ponga en el lugar del otro. Y esto vale también cuando el otro es el Otro, en la oración: que no hablemos nosotros solos, que le dejemos hablar a Él. Que no hablemos *de* Dios más de lo que hablamos *a* Dios. Quien no sabe *escuchar al otro*, dejando que nos interpele, descoloque... ¡nos

haga daño con lo que dice!... no sabrá tampoco *escuchar al Otro*. Por la ventana de la escucha se cuelan cosas muy sorprendentes... se nos cuele el propio Dios.

Segunda ventana: el discernimiento, que es la ventana de la búsqueda y de la pregunta. Buscar, no cesar nunca de buscar, y no darse nunca por satisfecho de lo encontrado. Siempre creciendo, siempre buscando y encontrando a Dios de forma nueva. La búsqueda de Dios es la búsqueda del Amor. Cuando amamos, estamos discerniendo. Cuando dejamos de discernir, dejamos de amar. Cuando dejemos de buscar, preguntémonos qué está pasando. El *discernimiento* no es un procedimiento o técnica, es un movimiento, y *un movimiento afectivo*. El movimiento que realiza quien quiere amar: “yo quiero amarte y servirte, y cada día me pregunto cómo hacerlo mejor, cómo hacerlo de manera nueva”. El discernimiento es el movimiento afectivo de concretar el amor en el aquí y el ahora. Discernir no es buscar la voluntad de Dios: ¡la voluntad de Dios está bastante clara en la biblia, en los evangelios: amar y servir, incluso al enemigo! Discernir es aplicar esa clara voluntad de Dios en el momento actual que vivo, con las personas concretas con las que me relaciono. Es preguntarse por el qué, el cómo, el desde dónde, el cuándo, el para quién... de nuestro amor. Y también descubrir cuáles son nuestros autoengaños, justificaciones, excusas, coartadas,... que nos montamos para no amar.

Conviene preguntarse, dentro de la dinámica de esta segunda ventana: ¿qué espacios y tiempos hay en mi vida para el discernimiento? Se sugieren dos:

- el *examen cotidiano de consciencia*. Sí, *consciencia*, no conciencia. Preguntarnos: “¿qué está pasando en mi vida? ¿Qué lugar ocupa Dios en ella? ¿Cómo ha estado presente Dios en mi vida en el día de hoy? ¿Qué me ha pedido, y cómo he respondido?”. El examen de conciencia es un test ético, de moralidad, que reduce mucho el discernimiento más profundo.

- el *acompañamiento* por alguien que nos conozca y en quien confiemos. Para que no nos autopsicologicemos y nos autoengañemos. Ay de aquel que dice: “ya soy mayor, y no necesito ser acompañado por nadie, ya sé conducirme yo solo”. Sí, ya sabes conducirte, y también sabes autoengañarte. Podemos preguntarnos si realmente tenemos un acompañante en nuestra vida espiritual.

Tercera ventana: la gratuidad en las relaciones:

- Gratuidad *en la relación con Dios*. Que nuestra oración sea gratuita, sin pretensiones ni exigencias. Una oración como la del buen ladrón: “Acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino”. Una oración que no sea como la de los dos hermanos de la parábola de Jesús. El hermano menor hace una oración de *deudor*: “Me he portado mal, no merezco que...” el hermano mayor hace una oración de *acreedor*: “Me he portado bien, y nunca me has... así que me debes...” No son oraciones gratuitas.

- Gratuidad *en la relación con los demás*. No podemos negar que lógicamente nos gusta que nos compensen, nos agradezcan. Pero no debemos depender de ello. Jesús, cuando uno de los diez leprosos vino a agradecerle la curación, echó de menos que los otros nueve no lo hicieran. Pero eso no le condicionó lo que había hecho. Si

somos gratuitos, no nos costará trabajar con los que más nos necesitan, que suelen ser los menos agradecidos; no crearemos dependencias: “Con lo que yo he hecho por ti, y mira cómo me respondes...”

- Gratuidad *en la relación con uno mismo*. Ser lo que somos, aceptarnos, no exigimos más de lo que los demás nos exigen. Cuando nos exigimos mucho, estamos compitiendo con los demás, no estamos mejorando personalmente. Cuando competimos, no agradecemos, y la base de la gratuidad con uno mismo es el agradecimiento.

Cuarta ventana: la paciencia en todos los procesos humanos y personales, que necesariamente son lentos, frágiles y quebradizos. Basta leer con detención las parábolas de Mt 13, que nos hablan del crecimiento lento, imperceptible, escondido,... de las semillas del Reino, del bien. Dios no tiene prisa, tiene una paciencia infinita... *¡las prisas son del diablo!* La paciencia nos evitará dar sentencias precipitadas con las que fácilmente hacemos daño a la gente. Ser comprensivos con los demás y con nosotros mismos, cuando volvemos al punto de partida después de esforzarnos mucho: “¿Otra vez nos ha pasado lo mismo? Sí, otra vez, paciencia”. Dios se cuele, se siente cómodo en nuestra paciencia... y huye de nuestras impaciencias y agobios.

4.- Tres dinámicas más que ayudan a la experiencia de Dios en la vida ordinaria

Hablamos de dinámicas, no de prácticas o recetas de comportamiento. No existen fórmulas que de forma automática nos garanticen la experiencia de Dios en nuestra vida. Se trata de actitudes básicas, vitales, que debemos ejercer de forma automática y asimilada, y que son garantía de hacer que nuestra vida sea más transparente a la presencia de Dios.

4.1.- El agradecimiento

El agradecimiento es una actitud de fondo en la vida, más allá de la costumbre educada de dar las gracias ante los favores recibidos. Es la actitud de hacernos conscientes, acoger y valorar aquello que tenemos, que hemos recibido de Dios, que podemos disfrutar por ejemplo, por estar en esta parte del mundo que estamos, que recibimos de tantas personas que nos conocen y cuidan. El agradecimiento es como el *hilo musical*, como la música de fondo en la vida, para que nuestro seguimiento de Jesús sea espontáneo, generoso, gozoso... y no interesado: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido... ¿qué recompensa tendremos?”. Desde el agradecimiento, el seguimiento de Jesús cuesta menos, cansa menos.

Analicemos cómo vivimos en nuestra vida el agradecimiento. Si somos sinceros hemos de reconocer que tenemos miles de motivos que agradecer. Somos los privilegiados de la minoría más privilegiada de nuestro mundo. Tenemos las necesidades básicas cubiertas, y aún nos sobra. Como religiosos, tenemos más seguridad en todos los sentidos (empezando por el tema de la salud) que cualquier familia. Trabajamos en lo que hemos elegido, tenemos una formación envidiable, vivimos a plato servido, a ropa lavada, a casa limpia... y nos parece obvio que esto sea así. ¡Damos por obvias cosas que no lo son! Preguntémosle a los dos tercios de la humanidad que viven en situación precaria.

Y sin embargo, somos unos profesionales de la queja y del lamento. Lo podemos constatar en nuestras comunidades, en nuestros claustros, en nuestras reuniones... que parece más el ambulatorio de la Seguridad Social que otra cosa. Somos especialistas en analizar la realidad y descubrir lo que hacemos mal, lo que marcha mal. ¿Por qué se apodera de nosotros la dinámica de la queja y del lamento? Porque el agradecer es algo que no vende, que no crea noticia. Lo que se impone es lo que no tenemos, lo que nos falta, lo que se nos queda obsoleto y hay que cambiarlo, y es una vergüenza que todavía estemos así, etcetc. Es la dinámica de la sociedad de consumo, que con tanta facilidad hemos asumido en la vida religiosa. Pero claro, todos tenemos motivos para quejarnos... ¡y nuestros motivos son mucho más serios que los de los demás.

¿Cuáles son las consecuencias de vivir desde la queja y el lamento, y no desde el agradecimiento? Que nos estamos jugando la vida y la felicidad en ello. Hay que cuidar el agradecimiento, para que no se apodere de nosotros la queja y el lamento. Sigue siendo cierto que “lo mejor es enemigo de lo bueno”. Que se puede ser feliz aceptando nuestras limitaciones, en lugar de bloquearnos. La dinámica del agradecimiento nos hace fecundos, vivir alegres, ser conscientes de todo el bien que rodea nuestra vida.

En este contexto, se propone un ejercicio de agradecimiento en clima de oración, a partir del texto de la curación de los diez leprosos (Lc 17, 11-19): acotando un período concreto de tiempo (este curso, este mes,...), pensar:

- En lo vivido en este tiempo, ¿hay algo que percibo como don de Dios, como algo inesperado, inmerecido, sorprendente?
- En las personas presentes en mi vida, ¿hay alguna de ellas que sea para mí un regalo de Dios? ¿Por qué?
- En este tiempo, ¿hay algo que haya podido hacer por los demás, y que ha sido presencia de Dios para ellos?
- ¿Hay algo dentro de mí, algún don personal, algún sentimiento,... que valoro especialmente como don de Dios para mí?

4.2.- Los espacios verdes.

Todos sabemos qué es un *espacio verde* en una ciudad: un lugar que, aunque no tenga una importancia urbanística en el sentido de sitio donde vivir o hacer negocios, sin embargo da calidad de vida y hace revalorizar el resto de espacios de viviendas y lugares de trabajo. Pues bien, hablar de *espacios verdes* en nuestra vida es hablar de cómo-cuándo-dónde nos cuidamos, descansamos, discernimos, regulamos nuestro ritmo de vida,... Son espacios verdes en nuestra vida aquellos espacios de convivencia, de oxigenación, de juego, de gratuidad, de disfrute de los sentidos.

Los espacios verdes nos liberan, nos descomprimos de la tensión diaria. Son necesarios para la vida, no para no cansarse, sino para *no quemarse*, que no es lo mismo. Una persona cansada se recupera descansando. Una persona quemada... es difícilmente recuperable. Y si vivimos presionados, tensionados, sin espacios verdes... no seremos capaces de escucha, de agradecimiento, de paciencia. No tendremos fácil la experiencia de Dios en lo cotidiano. No hay relación sana con Dios y con los demás sin espacios verdes en nuestra vida.

La oración debería serlo, tanto la personal como la comunitaria: ¿lo es de veras, o es pura cavilación, diálogo con uno mismo? La oración debe ser justamente disfrutar y descansar en Dios, una bendita necesidad, un espacio verde en nuestra vida. Y si no lo es, tenemos un problema y serio, que requiere de nosotros un discernimiento.

Es cierto que podemos haber sido formados en que cuidarnos, tener tiempos o actividades personales, es pecado, o es narcisismo, y que la vida religiosa es heroica y martirial. Pero el martirio es seguir a Jesús sirviendo a la gente, y asumiendo las consecuencias que ese servicio conlleve, y no morir en el intento por principio. Por eso, si el horizonte es el servicio a los demás siguiendo a Jesús, cuidándose uno a sí mismo se servirá mejor a los demás. Cuidarse es una necesidad para ser más útil a los demás.

También la comunidad debe tener sus espacios verdes, que no son sin más la suma de los espacios verdes de cada uno de sus miembros. No es dejar un tiempo y que cada uno se vaya a su parcela: se trata de crear espacios verdes comunes, además de la oración y la mesa. Y participar activamente en ellos, interaccionando con los hermanos. Superando las diferencias generacionales, derrochando amor-humor, procurando que nadie sienta que es indiferente al otro. Y sobre todo, cuidar el espacio verde de la oración comunitaria, de las asambleas de comunidad, de los momentos establecidos, no desde la dinámica del *cumplimiento* (hay que hacerlo porque está mandado, porque todos nos hemos comprometido desde nuestra profesión), sino desde el discernimiento (procurando que sean cauces válidos de relaciones personales cálidas y fecundas).

4.3.- El adelgazamiento del ego.

El *ego* (“yo, mi, para mí, desde mi opinión, mi manera de vivir, lo que a mí me gusta, mis necesidades,...”) tiende a engordar. Hay que hacer ejercicios constantes de adelgazamiento y seguir una dieta, igual que cuando nos preocupa estar en forma y no engordar físicamente.

Pero... ¿de qué estamos hablando? En Lc 18, 9 se habla de “algunos que confiaban en sí mismos, y por eso despreciaban a los demás”. De eso hablamos: del centralismo del “yo” y el consiguiente desprecio o minusvaloración de los demás. De la respuesta de Pedro, tan flamenco él, a Jesús en Jn 13: “Aunque todos te abandonen, yo no te abandonaré”, para abandonarle casi a renglón seguido.

El crecimiento del yo, con la consiguiente autocomplacencia, va unido al progresivo desprestigio de los demás. El proceso suele tener estos pasos: “Qué bueno soy – es que soy el más bueno - ... ¡es que soy el único bueno!” (o en versión ajena: “fíjate qué malos son los otros – si es que no están a mi nivel - ¡si es que no hay nadie como yo!” Es una dinámica muy peligrosa espiritualmente hablando. Hasta terminamos por adecuar el evangelio a nuestra medida. Y deben resonar como un aviso las palabras de Jesús: “¡Cuidado cuando todos hablen bien de vosotros!” (Lc 6, 26).

Esta dinámica llega a hacer perder el sentido de la realidad, a vivir en un mundo ficticio, a perder pie. Y espiritualmente es muy dañina: bloquea completamente la experiencia de Dios en la vida ordinaria. Y los religiosos tenemos mucho peligro de caer en esta dinámica. Porque como religiosos, sacerdotes,... somos los *oficialmente buenos*, la gente así nos considera. Porque nos movemos en contextos que nos favorecen, jugamos siempre en nuestro campo, en nuestras obras, donde somos los protagonistas, los importantes, los que marcamos la pauta.

Podemos analizar en qué medida usamos estos tres medios o prácticas de adelgazamiento del ego:

- *Salir* a lugares donde no controlas, desconocidos, donde no eres nadie ni conoces a nadie, donde no eres tú quien marca la pauta, sino el último que ha llegado y no tiene ni idea; donde experimentes tus límites e impotencia, donde necesites pedir ayuda.
- *Servir*: el servicio anónimo y humilde, el que nadie quiere hacer, el que nadie va a ver que lo estás haciendo y nadie te lo va a agradecer. Servir en aquello que no estás obligado a hacer por tu condición, pero que te va a ayudar a descubrir que no eres más que nadie.
- *Pedir ayuda*, orar a Dios para que no nos lo creamos. Orar ante el crucificado, no ante los bellos atardeceres y las imágenes melosas del Jesús romántico. Pedir a Dios que de vez en cuando nos dé una bofetada que nos haga despertar, que nos *tire del caballo*.

Formación

Fe, cultura y sociedad

Cardenal Gianfranco Ravasi

Una premisa

El horizonte temático sugerido por el argumento que hemos escogido, basado en el trinomio “fe, cultura, sociedad” es evidentemente inmenso y admite infinitos recorridos de análisis y múltiples resultados de balance y de síntesis. Es indudable, por ello, que ésta pueda ser solamente una reflexión emblemática dentro de la cual se abran espacios blancos, susceptibles de ulteriores y amplias consideraciones. Procederemos, por tanto, de manera casi didascálica con una premisa y un *corpus* sucesivo de cuatro ideales “puntos cardinales”, inscritos en un mapa que admite, evidentemente, otras definiciones orientativas.

Iniciamos con la premisa general. El escritor católico inglés Gilbert K. Chesterton afirmaba: «Toda la iconografía cristiana representa los santos con los ojos abiertos sobre el mundo, mientras que la iconografía budista representa todo ser con los ojos cerrados». Se trata, por tanto, de dos diferentes tipologías que tocan nuestro tema. Por una parte, está una concepción más exquisitamente trascendental, absoluta, que busca, cerrando los ojos, ir más allá del mundo, la historia, el tiempo y el espacio, con su fragilidad, su finitud, sus límites, su pesantez.

Por otro lado, en cambio, está la visión cristiana profundamente imbricada dentro de la sociedad y de la cultura, hasta tal punto que constituye una presencia imprescindible, a veces incluso explosiva. En efecto, como es sabido, la tesis central del cristianismo está en la encarnación: «El Verbo se hizo carne» (*Juan 1,14*). Se trata de una contraposición radical respecto a la concepción griega que no admitía que el *lógos* se confundiera, se difuminase introduciéndose en la *sarx*, la carne, o sea la historia. En el cristianismo se da, en cambio, una intersección entre fe e historia y, por eso, un contacto entre religión y política.

Tratar, por ello mismo, semejante tema entra en los fundamentos mismos de la experiencia judeocristiana y, por ende, de la Biblia, que por otra parte es también el “gran Código” de nuestra cultura occidental. Es notable que Goethe consideraba el cristianismo la “lengua madre” de Europa, pues representaba una suerte de “*imprinting*” que todos nosotros llevamos dentro. Quizá para algunos podrá ser un

peso; para otros, por el contrario, será una herencia preciosa. Pues bien, para desarrollar el tema siquiera sea, de manera simplificada, nos confiamos -como decíamos- a cuatro componentes o principios emblemáticos fundamentales, dejando entre paréntesis otros igualmente relevantes.

El principio personalista

La primera concepción radical que proponemos podría ser definida como el “principio personalista”. El concepto de persona, a cuyo nacimiento han contribuido también otras corrientes de pensamiento, adquiere efectivamente en el mundo judeocristiano una particular configuración a través de un rostro que tiene un doble perfil y que ahora representaremos haciendo referencia a dos textos bíblicos esenciales que son casi el *incipit* absoluto de la antropología cristiana y de la antropología occidental.

El primer texto proviene de *Génesis* 1,27, por tanto de las primeras líneas de la Biblia: «Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó: hombre y mujer los creó». A menudo esta frase ha sido colocada dentro de la tradición - baste pensar en san Agustín - como declaración implícita de la existencia del alma: la imagen de Dios en nosotros es la espiritualidad. Todo ello, sin embargo, está ausente en el texto, porque después de todo, la antropología bíblica no tiene especial simpatía por la concepción alma/cuerpo separados, puestos en tensión según el modo platónico, o incluso unidos a la manera aristotélica.

¿Cuál es, entonces, la característica fundamental que define al hombre en su dignidad más alta, “imagen de Dios”? La estructura típica de esta frase, construida según las normas de la estilística semita, revela un paralelismo progresivo: «Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer [este es el paralelo de “imagen”] los creó». ¿Pero acaso Dios es sexuado? En la concepción bíblica la diosa paredra se excluye siempre, en polémica con la cultura indígena cananea. Entonces, ¿cómo es que el ser hombre y mujer es la representación más alta de nuestra dignidad trascendente?

Aparece aquí la primera dimensión antropológica: ésta es “horizontal”, es decir, la grandeza de la naturaleza humana está situada en la relación entre hombre y mujer. Se trata de una relación fecunda que nos asemeja al Creador porque, generando, la humanidad en cierto sentido continúa la creación. He aquí, entonces, un primer elemento fundamental: la *relación*, el ser y estar en sociedad, es estructural para la persona. El hombre no es una mónada cerrada en sí misma, sino que es por excelencia un “yo *ad extra*”, una realidad abierta. Sólo así alcanza su plena dignidad, deviniendo la “imagen de Dios”. Esta relación está constituida por dos rostros diversos y complementarios del hombre y de la mujer que se encuentran (relevante al respecto la reflexión de Lévinas).

Sin salir del ámbito de este primer fundamental principio personalista, pasemos a otra dimensión, no ya horizontal, sino “vertical”, que ilustramos recurriendo también a otra frase del Génesis: «El Señor Dios formó al hombre con polvo del suelo». Esto es típico de todas las cosmologías orientales y es una forma simbólica para definir la materialidad del hombre. Pero se añade: «e insufló en sus narices *aliento de vida*, y resultó el hombre un ser viviente» (2,7).

Para intuir el verdadero significado del texto es necesario acudir al original hebreo: *nishmat hayyim*, expresión que encontramos 26 veces en el Antiguo Testamento y, curiosamente, es aplicada sólo a Dios y al hombre, nunca a los animales (*rüah*, el espíritu, el alma, el respiro vital para la Biblia está presente también en los animales). Esta específica categoría antropológica es explicada por un pasaje del libro bíblico de los *Proverbios*, cuya formulación original resulta bastante barroca y semítica: la *nishmat hayyim* en el hombre es «una lámpara del Señor, que ilumina las recámaras oscuras del vientre» (20,27). La versión litúrgica oficial de la Conferencia Episcopal Española reza: “Lámpara del Señor el espíritu humano: sondea lo más íntimo de las entrañas”.

Como es fácil imaginar, mediante tal simbolismo, se llega a representar la capacidad del hombre de conocerse, de tener una conciencia e, incluso, de entrar en el inconsciente, exactamente en las «recámaras oscuras del vientre». Se trata de la representación de la interioridad última, profunda, que la Biblia en otros lugares describe simbólicamente con los “riñones”. ¿Qué es, entonces, lo que Dios insufla en nosotros? Una cualidad que solamente Él tiene y que nosotros compartimos con Él y que podemos definir como “autoconciencia”, o también “conciencia ética”. Inmediatamente después, en efecto, en la misma página bíblica, el hombre es presentado solitario bajo “el árbol del conocimiento del bien y del mal”, un árbol evidentemente metafórico, metafísico, ético, en cuanto representación de la moral.

Hemos identificado, así, otra dimensión: el hombre posee una capacidad trascendente que lo lleva a estar unido “verticalmente” con Dios mismo. Es la capacidad de penetrar en sí mismo, de tener una interioridad, una intimidad, una espiritualidad. Esta doble representación ético-religiosa sumamente simplificada de la persona, aquí descrita, podría ser delineada con una imagen muy sugestiva de Wittgenstein que, en el prefacio al *Tractatus lógico-philosophicus*, ilustra el objetivo de su trabajo.

Él afirma que su intención era investigar los límites de una isla, o sea, el hombre circunscrito y limitado. Pero lo que descubrió al final fueron las fronteras del océano. La parábola es clara: si se camina sobre una isla y se mira sólo desde un lado hacia la tierra, se logra circunscribirla, medirla y definirla. Pero si la mirada es más vasta y completa y se voltea además del otro lado, se descubre que sobre aquella línea de frontera golpean también las olas del océano. En esencia, como afirman las religiones, en la humanidad hay una interacción entre finitud limitada y algo trascendente, comoquiera que se lo quiera definir.

El principio de autonomía

El segundo principio del mapa ideal socio-antropológico que estamos delineando es paralelo al precedente y es, como aquél, doble. Podría ser llamado “de autonomía” y, para ilustrarlo, recurriremos a un texto que es fundamental no sólo en la religiosidad, sino también en la misma memoria de la cultura occidental, si bien no siempre ha sido correctamente interpretado. Se trata de una celeberrima cita evangélica: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (*Mateo* 22,21). Una fórmula lapidaria, el único verdadero pronunciamiento político-social de Cristo, mientras que todos los otros son más indirectos o menos explícitos. Para comprender correctamente esta afirmación, se necesita entrar en la mentalidad semítica que recurre muy frecuentemente a las así llamadas “parábolas en acción”, a través de las cuales el mensaje se formula con un gesto, con una serie de comportamientos simbólicos y no sólo con las palabras.

Cristo, en efecto, al inicio dice a sus interlocutores: «Mostradme una moneda», a lo que sigue una pregunta fundamental: «¿De quién es la imagen y la inscripción?». Y la respuesta es: «Del César». Por consiguiente: «Dad al César lo que es del César». La primera parte de la frase de Cristo reconoce, por tanto, una autonomía a la política. Una verdadera concepción cristiana debería excluir siempre cualquier tipo de teocracia sagrada. No pertenece al auténtico espíritu cristiano la unión entre trono y altar, aunque en la historia, lamentablemente, el cristianismo la haya favorecido en muchas ocasiones.

La concepción jurídica islámica en la forma más conocida de la *shariyyah* es extraña al espíritu cristiano: el código de derecho canónico no puede ser automáticamente el código de derecho civil o penal, así como la carta constitucional de un estado nacional no puede ser el Evangelio. Se trata de realidades que deben distinguirse siempre. La política, la economía, la sociedad civil tienen su espacio de autonomía, en cuyo interior se desarrollan normas, decisiones, acciones dotadas de su propia inmanencia, sobre las que no deben interferir otros ámbitos externos.

Pero las palabras de Cristo no terminan ahí: hay una segunda parte implícita, que también se basa en el tema de la “imagen”. Jesús, ciertamente, preguntando de quién sea la “imagen” a propósito de la moneda, indirectamente hace referencia al texto bíblico antes citado respecto al hombre como “imagen” de Dios. He aquí, entonces, una segunda dimensión: la creatura humana debe, sí, respetar las normas propias de la *polis*, de la sociedad, pero, al mismo tiempo, no debe olvidar que está dotada de una dimensión ulterior. Este es el ámbito específico de la religión y de la moral, en el que emergen las cuestiones de la libertad, de la dignidad humana, de la realización de la persona, de la vida, de la interioridad, de los valores, del amor.

Todos estos temas tienen su precisa autonomía y no admiten prevaricaciones o abusos por parte del poder político-económico. En efecto, si es verdad que no debe

existir una teocracia, es igualmente inadmisibles una estadolatría que invada secularísticamente el otro ámbito, vaciándolo o incluso anulándolo. Es fácil comprender cuán compleja, incluso ardua es la declinación concreta de tal autonomía, como lo es el contrapunto entre estas dos esferas porque único es el sujeto al que ambas se dedican, es decir, la persona humana, individual y comunitaria.

El principio de solidaridad, justicia y amor

Llegamos, así, al tercer principio que es fundamental para el cristianismo y para todas las otras religiones, aunque con diversos acentos. Regresemos al retrato del rostro humano que, como dijimos, tiene la dimensión del hombre y la mujer, o sea, tiene en su base la relación interpersonal. En el capítulo 2 del *Génesis* la verdadera hominización no se da sólo con la citada *nishmat hayyim*, que hace a la creatura trascendente; ni tampoco sólo con el *homo technicus* que «da el nombre a los animales», o sea, se dedica a la ciencia y al trabajo.

El hombre es verdaderamente completo en sí cuando encuentra - como dice la Biblia - «una ayuda adecuada», en hebreo *kenegdó*, literalmente “que le esté de frente” (2,18.20). El hombre, por lo tanto, tiende hacia lo alto, lo infinito, lo eterno, lo divino según la concepción religiosa y puede tender también hacia lo bajo, hacia los animales y la materia. Pero deviene verdaderamente sí mismo sólo cuando se encuentra con “los ojos en los ojos” del otro. Ahí aparece de nuevo el tema del rostro. Cuando encuentra a la mujer, es decir, a su similar, puede decir: «Esta es verdaderamente carne de mi carne, hueso de mis huesos» (2, 23), es mi misma realidad.

Aquí tenemos el tercer punto cardinal que formulamos con un término moderno, cuya esencia está en la tradición judeocristiana, es decir, “el principio de solidaridad”. El hecho de que todos somos “humanos” se expresa en la Biblia con el vocablo “Adán”, que en hebreo es *ha- 'adam* con el artículo (*ha-*) y significa simplemente “el hombre”. Por eso, existe en todos nosotros una “adamicidad” común. El tema de la solidaridad es, entonces, estructural a nuestra realidad antropológica básica. La religión expresa esta unidad antropológica con dos términos que son dos categorías morales: justicia y amor. La fe asume la solidaridad, que está también en la base de la filantropía laica, pero va más allá. En efecto, siguiendo el Evangelio de Juan, en la última noche de su vida terrena Jesús pronuncia una frase estupenda: «No hay amor más grande de aquél que da la vida por la persona que ama» (*Juan 15, 13*).

Es mucho más de cuanto se declaraba en el libro bíblico del *Levítico*, que incluso Cristo había citado y acogido: «Ama tu prójimo como a ti mismo» (19, 18). En las palabras de Jesús arriba citadas retorna aquella “adamicidad”, pero con una tensión extrema que explica, por ejemplo, la potencia del amor de una madre o de un padre,

dispuestos a dar la propia vida para salvar al hijo. En tal caso, se va también contra la misma ley natural del amarse a sí mismo, del “egoísmo”, aun legítimo, enseñado por el libro del *Levítico* y de la ética de muchas culturas, se va más allá de la pura y simple solidaridad. Evitando largos análisis, aunque necesarios, ilustramos ahora simbólicamente en clave religiosa las dos virtudes morales de la justicia y del amor con dos ejemplos recogidos de culturas religiosas diversas.

El primer ejemplo es un texto sorprendente respecto a la justicia: «La tierra - [es el tema del destino universal de los bienes, y por tanto de la justicia] - fue creada como un bien común para todos, para los ricos y los pobres. ¿Por qué, entonces, los ricos se arrogan un derecho exclusivo sobre el suelo? Cuando ayudas al pobre, tú, rico, no le das lo tuyo, sino que le das lo suyo. En efecto, la propiedad común que fue dada en uso para todos, tú solo la usas. La tierra es de todos, no sólo de los ricos, por tanto, cuando ayudas al pobre tú restituyes lo debido, no concedes un don tuyo». Verdaderamente sugestiva esta declaración que procede del siglo IV y fue formulada por Ambrosio de Milán en su escrito *De Nabuthe*.

Este fuerte sentido de la justicia debería ser una amonestación y una espina que la fe clava en el costado de la sociedad, el anuncio de una justicia que se actúa en el destino universal de los bienes. Éste no excluye un sano y equitativo concepto de propiedad privada que, sin embargo, sigue siendo siempre un medio - frecuentemente contingente e insuficiente - para llevar a cabo el principio fundamental del don universal de los bienes a la entera humanidad por parte del Creador. En esta línea, queriendo recurrir una vez más a la Biblia, es espontáneo escuchar la voz autorizada y severa de los Profetas (léase, por ejemplo, el potente librito de Amos con sus puntuales y documentadas denuncias contra las injusticias de su tiempo).

El segundo testimonio que queremos evocar tiene que ver con el amor y, con el espíritu de un diálogo interreligioso, la sacamos del mundo tibetano, mostrando así que las culturas religiosas, aun diversas, tienen en el fondo puntos de encuentro y de contacto. Se trata de una parábola donde se imagina una persona que, caminando en el desierto, avista en la lejanía algo confuso. Por ello, comienza a tener miedo, dado que en la soledad absoluta de la estepa una realidad oscura y misteriosa - quizá un animal, una fiera peligrosa - no puede dejar de inquietar. Avanzando, el viandante descubre que no se trata de una bestia, sino más bien de un hombre. Pero el miedo no pasa, al contrario, aumenta al pensar que esa persona pueda ser un saqueador. No obstante, debe seguir hasta cuando se halla en presencia del otro. Entonces el viandante alza los ojos y, sorprendentemente, exclama: «¡Es mi hermano que no veía en muchos años!».

La lejanía genera temores y angustias; el hombre debe acercarse al otro para vencer ese miedo, por más comprensible que sea. El rechazo de conocer al otro y de encontrarlo equivale a renunciar a aquel amor solidario que disuelve el terror y genera la verdadera sociedad. Aquí florece el amor que es el más alto llamado del cristianismo para la edificación de una *polis* diversa (resulta obvio remitir aquí al

célebre himno paulino del agápe-amor presente en el capítulo 13 de la *Primera Carta a los Corintios*).

El principio cultura y de verdad

El vocablo “cultura” se ha convertido en nuestros días en una suerte de palabra-clave que abre las cerraduras más diversas. Cuando el término fue acuñado, en el siglo XVIII alemán (*Cultur*; se convirtió después en *Kultur*), el concepto subyacente era claro y circunscrito: abrazaba el horizonte intelectual alto, la aristocracia del pensamiento, del arte, del humanismo. Desde hace varias décadas, en cambio, esta categoría se ha “democratizado”, alargó sus confines, asumió caracteres antropológicos más generales, siguiendo el surco de la conocida definición creada en 1982 por la Unesco, hasta tal punto que se adopta ya el adjetivo “transversal” para indicar la multiplicidad de ámbitos y experiencias humanas que ella “atraviesa”.

Bajo esta luz se comprende la reserva del sociólogo alemán Niklas Luhmann, convencido de que el término “cultura” sea «el peor concepto jamás formulado». A él le hará eco su colega americano Clifford Geertz, cuando afirmará que el término «ha quedado destituido de toda capacidad heurística». Y sin embargo, esta generalidad o, si se quiere, “generalismo” nos transporta a la concepción clásica, cuando estaban en vigor otros sinónimos muy significativos: pensemos en el griego *paideia*, en el latín *humanitas* o en nuestro “civilización” (preferido, por ejemplo por Pío XII).

Fue con esta perspectiva más abierta como el término “cultura” fue acogido con convicción por el Concilio Vaticano II que, siguiendo la estela del magisterio de Pablo VI, lo hace resonar hasta 91 veces en sus documentos. Partiendo precisamente del Concilio con la *Gaudium et Spes*, el tema ha sido desarrollado sucesivamente en varios documentos del Magisterio, entre encíclicas y exhortaciones apostólicas, para llegar a otras importantes páginas eclesiales de diverso género, capaces al final de componer un auténtico arcoíris temático en el que se reflejan las diversas iridiscencias de una noción relevante, más aún, decisiva para la misma teología y para la pastoral. Como se expresaba Juan Pablo II en su discurso a la asamblea general de las Naciones Unidas (1995), «toda cultura es un esfuerzo de reflexión sobre el misterio del mundo y en particular del hombre; es un modo de expresar la dimensión trascendente de la vida humana. El corazón de cada cultura está constituido por su acercamiento al más grande de los misterios, el misterio de Dios».

Al concepto de “cultura”, que ha provocado infinitas reflexiones y precisiones, se debe asociar el de “aculturación” o “inculturación”, que un ensayo del *American Anthropologist* de 1935 así delineaba: «Se trata de todos aquellos fenómenos que tienen lugar cuando entre grupos de individuos con culturas diversas transcurren por largo tiempo contactos primarios, provocando una transformación en los modelos culturales de un grupo o de ambos grupos». Tendencialmente el término se orientó hacia una acepción negativa: la cultura hegemónica no se inclina a una osmosis, sino

que busca imponer su marca a la más débil, creando un *shock* degenerativo y una verdadera y propia forma de colonialismo.

Si queremos ser menos abstractos, pensemos en la ideología eurocéntrica que ha impuesto no sólo su “herencia epistemológica”, sino además su modelo práctico y económico al “sistema mundo”, revelándose a menudo en África y en Asia como la máscara del colonialismo. En este proceso también el cristianismo fue arrastrado a convertirse en uno de los componentes aculturantes. Se comprende, así, el fenómeno de reacción constituido por movimientos “*revival*” o por formas de etnocentrismo, nacionalismo, indigenismo, fenómeno tan vigoroso que ha llevado a no pocos observadores a variar la terminología de “globalización” en “glocalización”.

Con estos antecedentes se explica por qué la Iglesia contemporánea haya preferido evitar el término “aculturación”, sustituyéndolo con “inculturación” para describir la obra de evangelización. Juan Pablo II en la *Slavorum Apostoli* de 1985, definía la “inculturación” como «encarnación del evangelio en las culturas autóctonas y , a la vez , la introducción de éstas en la vida de la Iglesia». Un doble movimiento dialógico de intercambio, por tanto, para el que - como el mismo Papa dijo a los obispos de Kenia en 1980 - «una cultura, transformada y regenerada por el Evangelio, produce por su propia tradición expresiones originales de vida, de celebración, de pensamiento cristiano». El vocablo “inculturación” se ha distinguido, entonces, sobre todo a nivel teológico como signo de compenetración entre cristianismo y culturas en un diálogo fecundo, gloriosamente certificado por el encuentro entre la teología cristiana de los primeros siglos y la poderosa herencia clásica greco-romana.

A este punto es natural entrar - siquiera sea de manera muy esencial - en la cuestión del nexo más específico y de las interacciones entre las diversas culturas que entran en contacto unas con otras. Fue precisamente aquel siglo XVIII alemán, en el que - como se dijo antes- se había acuñado el término *Cultur/Kultur*, cuando se inició también a hablar de “culturas” en plural, poniendo así las bases para reconocer y comprender ese fenómeno que ahora se define como “multiculturalidad”.

Quien abrió esta vía, que superaba el perímetro eurocéntrico e intelectualista y remitía hacia nuevos y más vastos horizontes, fue Johann Gottfried Herder con sus *Ideas para una filosofía de la Historia de la Humanidad* (1784-91), el cual, entre otras cosas, se había ya dedicado en 1782 al *Espíritu de la poesía hebrea*. La idea, sin embargo, aparecía aún en el pensamiento de Giambattista Vico, Montesquieu y Voltaire que reconocían en las evoluciones e involuciones históricas, en los mismos condicionamientos ambientales, en el incipiente encuentro entre los pueblos, seguido de varios descubrimientos, en las primeras osmosis ideales, sociales y económicas, el surgir de un pluralismo cultural.

Ciertamente, este acercamiento se insertaba dentro de una dialéctica antigua, que - con alguna simplificación - veía entrecruzarse etnocentrismo e interculturalidad. Ha sido constante, en efecto, la oscilación entre estos dos extremos y de ello aún hoy

somos testigos. El *etnocentrismo* se exaspera en ámbitos políticos o religiosos de matriz integrista, aferrados ferozmente a la convicción del primado absoluto de la propia civilización (cultura), en una escala de gradaciones que alcanzan hasta el desprecio de otras culturas clasificadas como “primitivas” o “bárbaras”. Lapidaria era la afirmación de Tito Livio en sus *Historias*: «Guerra existe y siempre existirá entre los bárbaros y todos los griegos» (31,29). Esta actitud es replanteada en nuestros días bajo la fórmula del “choque de civilizaciones”, codificada en el ya famoso ensayo de 1996 del politólogo Samuel Huntington, desaparecido en el 2008, *El choque de las civilizaciones y la reestructuración del orden mundial*.

En este texto estaban catalogadas ocho culturas (occidental, confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslavo-ortodoxa, latinoamericana y africana), enfatizando las diferencias, hasta el punto de hacer saltar en el Occidente una señal de alarma para la autodefensa del propio tesoro de valores, asediado por modelos alternativos y por los «desafíos de las sociedades no-occidentales». En esta visión adquiriría especial relieve la intuición de que, bajo la superficie de fenómenos políticos, económicos, militares, existe un núcleo duro y profundo de matriz cultural y religiosa.

Lo cierto es, sin embargo, que, si se adopta el paradigma del “choque de las civilizaciones”, entramos en la espiral de una guerra infinita, como ya había intuido Tito Livio. En nuestros días tal modelo ha hecho fortuna en algunos ambientes, sobre todo cuando se afronta la relación entre Occidente e Islam, y puede ser adaptado como manifiesto teórico para justificar operaciones político- militares de “prevención”, mientras en el pasado avalaba intervenciones de colonización o colonialismo (en esto, ya los romanos eran maestros).

La perspectiva más correcta humana y teológicamente es, en cambio, la de la *interculturalidad*, cuyo aporte es muy diferente al de la “multiculturalidad”. Este se basa en el reconocimiento de la diversidad como una aparición necesaria y preciosa de la raíz común “adámica”, sin perder la propia especificidad. Se propone, entonces, la atención, el estudio, el diálogo con las civilizaciones antes ignorantes o remotas, y que ahora se asoman con fuerza al plano cultural hasta ahora ocupado por el Occidente (piénsese, además en el Islam, India y China), un asomarse que es favorecido no sólo por la actual globalización, sino también por los medios de comunicación capaces de traspasar toda frontera (la red informática es su símbolo capital).

Estas culturas, “nuevas” para el Occidente, exigen una interlocución, a menudo impuesta por su presencia imperiosa, tanto es así que ya se tiende a hablar de “glocalización” como nuevo fenómeno de interacción planetaria. Se debe, por lo tanto, hablar de un compromiso complejo de diálogo, de intercambio cultural y espiritual, que podremos representar de manera emblemática - en términos teológicos cristianos - propiamente a través de la misma característica fundamental de la Sagrada Escritura.

La Palabra de Dios no es, en efecto, un aerolito sagrado caído del cielo, sino más bien - como ya se dijo - la intersección entre *Lógos* divino y *sarx* histórica. Estamos, así, en presencia de un encuentro dinámico entre la Revelación y las varias civilizaciones, de la nómada a la fenicio-cananea, de la mesopotámica a la egipcia, de la hitita a la persa y a la greco-helenista, al menos por cuanto respecta al Antiguo Testamento, mientras que la Revelación neotestamentaria se ha encontrado con el judaísmo palestino y el de la diáspora, con la cultura greco-romana e incluso con las formas culturales paganas.

Juan Pablo II afirmaba en 1979 ante la Pontificia Comisión Bíblica que, aún antes de hacerse carne en Jesucristo, «la misma Palabra divina se había hecho lenguaje humano, asumiendo los modos de expresarse de las diversas culturas que desde Abraham al Vidente del Apocalipsis ofrecieron al misterio adorable del amor salvífico de Dios la posibilidad de hacerse accesible y comprensible a las varias generaciones, no obstante la múltiple diversidad de sus situaciones históricas».

La misma experiencia de osmosis fecunda entre el cristianismo y las culturas - que dieron origen a la “inculturación” del mensaje cristiano en civilizaciones lejanas (piénsese sólo en la obra de Matteo Ricci en el mundo chino) - ha sido constante también en la Tradición a partir de los Padres de la Iglesia. Baste citar un pasaje de la *Primera Apología* de san Justino (s. II): «Del *Logos* divino fue partícipe todo el género humano y aquellos que vivieron según el *Logos* son cristianos, incluso si fueron juzgados ateos, como entre los griegos Sócrates y Heráclito y otros como ellos» (46, 2-3).

Llegamos, así - después de este largo itinerario preliminar a través de las varias dimensiones del concepto “cultura” - al cuarto principio, que denominaremos con un término que se ha convertido, si no propiamente en obsoleto, ciertamente en fuente de equívocos y de contrastes, el de la “verdad”. La cultura, en efecto, se funda sustancialmente en el conocimiento, que comprende precisamente el importante perfil de la verdad, categoría base del conocer. Si partimos de la concepción contemporánea, ya anticipada en los siglos precedentes, se descubre un hilo constante que ahora trataremos de simplificar y ejemplificar.

Si seguimos el recorrido cultural de estos últimos siglos, por supuesto que podemos decir que el concepto de verdad se ha ido convertido cada vez más en subjetivo hasta llegar al “situadonismo” del siglo pasado. Piénsese, por ejemplo, en la famosa frase, bastante significativa y frecuentemente citada, tomada del *Leviathan* de Hobbes: *Auctoritas, non veritas facit legem*. En último análisis, es este el principio del contractualismo, según el cual la autoridad, ya sea civil o religiosa, puede decidir la norma y, por tanto, indirectamente la verdad, en base a las conveniencias de la sociedad y a las ventajas del poder.

Esta concepción fluida de la verdad aparece hoy día como un dato adquirido, baste pensar en la antropología cultural. El filósofo francés Michel Foucault, estudiando las diferentes culturas, invitaba calurosamente a acentuar esta dimensión subjetiva y

mutable de la verdad, semejante a una medusa cambiante, que muda su aspecto continuamente según los contextos y las circunstancias. Este subjetivismo es sustancialmente lo que Benedicto XVI llama “relativismo”; es curioso notar cómo la pensadora americana, Sandra Harding, imitaba la célebre frase del Evangelio de Juan (8,32): «La verdad os hará libres», afirmando lo contrario en uno de sus notables ensayos: «La verdad *no* os hará libres», porque esta se concibe como una capa de plomo, como una pre-comprensión, como una esterilización de la dinamicidad y de la incandescencia del pensamiento.

Todas las religiones, y en particular el cristianismo, tienen, en cambio, una concepción trascendente de la verdad: la verdad nos precede y nos excede; tiene un primado de iluminación, no de dominio. Aun cuando el pensamiento de Adorno iba en otra dirección, es sugestiva su expresión, sacada de los *Minima moralia*. El filósofo alemán habla de la verdad comparándola a la felicidad y declara: «La verdad *no se tiene, se es*», es decir, se está inmersos en ella. Musil, en su famosa novela *El hombre sin cualidad*, hace al protagonista decir una frase interesante: «La verdad no es como una piedra preciosa que se mete en la bolsa, la verdad es como un mar en el que se sumerge y se navega».

Se trata, fundamentalmente, de la clásica concepción platónica expresada en el *Fedro* mediante la imagen de la “llanura de la verdad”: el carro del alma corre sobre esta llanura para conocerla y conquistarla, mientras en la *Apología de Sócrates*, más allá de las objeciones que algún especialista podrá hacer por cuanto concierne a la traducción del pasaje en cuestión, se lee: «Una vida sin búsqueda no merece ser vivida», y es este precisamente el itinerario que hay que realizar en el horizonte “dado” de la verdad. Desde este punto de vista las religiones son categóricas: la verdad tiene un primado que nos supera, la verdad es trascendente, tarea del hombre es ser peregrino dentro del absoluto de la verdad. Y esto tan decisivo que el cristianismo aplica a Cristo la identificación con la verdad por excelencia (*Juan 14,6*: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»).

Conclusión

La tetralogía de principios que subrayamos de manera discursiva no agota, ciertamente, la complejidad de las relaciones ni las tensiones mismas que transcurren entre fe, cultura y sociedad. Otros principios se podrían añadir, igualmente relevantes y delicados. Pensemos, por ejemplo, en otra tetralogía que se podría desarrollar y que condiciona fuertemente el debate contemporáneo sobre este tema: la categoría “naturaleza”, el concepto de “bien común”, la cuestión de la relación ética-derecho, la perspectiva proyectual de la “utopía”.

La nuestra ha sido sólo una introducción, un poco obvia, en tomo a cuatro ejes antropológicos. En el centro, en efecto, está siempre la persona humana en su dignidad, en su libertad y autonomía, pero también en su relación con lo extremo, y

por ende, hacia la trascendencia. Tener juntas las diversas dimensiones de la creatura humana en el ámbito de la vida social y política es frecuentemente difícil y la historia hospeda una constante certificación de la crisis y de las laceraciones.

Y sin embargo, la necesidad de tener juntas “simbólicamente” (*syn-bálleiri*) estas diferencias es indiscutible si se quiere edificar una *polis* auténtica, no fraccionada “diabólicamente” (*diá-bállein*) in fragmentos fundamentalmente opuestos el uno al otro. Es lo que delineamos sintéticamente, en conclusión, recurriendo a otro testimonio de índole ético-religiosa sacado aún de una cultura diversa de la nuestra occidental. Nos referimos a un septenario propuesto por Gandhi que define de modo fulminante esta “simbolicidad” de valores necesaria para impedir la destrucción de la convivencia social.

«El hombre se destruye con la política sin principios; el hombre se destruye con la riqueza sin fatiga y sin trabajo; el hombre se destruye con la inteligencia sin sabiduría; el hombre se destruye con los negocios sin moral; el hombre se destruye con la ciencia sin humanidad; el hombre se destruye con la religión sin fe - el fundamentalismo enseña-; el hombre se destruye con un amor sin el sacrificio y la donación de sí».

🎯 Comunicación

*El nuevo reto de la comunicación social [primera parte]*¹

Presentación

La Congregación Salesiana ha decidido impulsar una acción comprometida en favor de la comunicación, entendida como una dimensión de la persona humana. Por ello, la comunicación es una dimensión de la misma misión salesiana, una misión centrada en la promoción de una educación integral estrechamente vinculada a la evangelización de los jóvenes.

Así lo da a entender un extenso documento publicado recientemente por el Departamento de Comunicación Social del Consejo General de la Congregación Salesiana. Éste es el título: *Sistema Salesiano de Comunicación Social (SSCS)*².

Entre otras afirmaciones poco frecuentes, en este documento leemos que:

- "la comunicación es una dimensión transversal de la misión salesiana" [53],
- "se necesita una nueva forma de presencia de los salesianos en el ámbito de la comunicación" [12],
- "el Sistema Preventivo de Don Bosco es la síntesis del estilo salesiano de comunicación" [24],
- "la comunicación es una forma de establecer relaciones interpersonales"³,
- "mi comunicación es una dimensión del conjunto de mis acciones"⁴.

Por todos estos motivos, y por otras razones que expondremos más adelante, "el *Sistema Salesiano de Comunicación Social* tiene por finalidad fomentar la creación de un entorno de comunicación que consiste en la comunión entre individuos, trabajos, proyectos y actividades, y coloca el desarrollo y el uso de la comunicación al servicio

¹ Documento "Aspectos básicos del Sistema Salesiano de Comunicación Social" (Segunda edición, Roma 2011).

² *Sistema Salesiano de Comunicación Social*, segunda edición. Editorial SDB, Roma. 2011.

³ SSCS, 2.1, b).

⁴ SSCS, 2.1, c).

de la educación y la evangelización de los jóvenes, sobre todo los más pobres, y también de la sociedad en general”. [14]

Por tratarse de un documento llamado a tener una gran repercusión en la realización de la misión salesiana en todo el mundo, y en la formación de todas las personas que colaboran en ella, nos ha parecido oportuno redactar una síntesis de los aspectos más relevantes de su contenido, dando por supuesto que sólo una lectura íntegra del texto podrá dar una idea completa de todo lo que en el documento se propone.

Con el fin de facilitar la lectura de esta breve síntesis, hemos seleccionado sólo unos *aspectos básicos* que son particularmente relevantes, añadiendo breves comentarios y procurando dar unidad al conjunto de la exposición.

Conviene que desde el principio tengamos presente un hecho muy importante: el documento del que hablamos da por supuesto que la realización de lo que en él se propone comportará un *cambio de mentalidad respecto a la comunicación*.

Este *cambio de mentalidad* será totalmente necesario, porque la nueva manera de concebir la comunicación:

- requerirá el *trabajo en equipo* entre los diversos sectores de la Congregación, un trabajo centrado en la Misión común y compartida;

- exigirá una atención preferente a la *formación* de los salesianos y de los laicos que colaboran en la misión salesiana, y también de los jóvenes con los que nos relacionamos, con el fin de que todos aprendamos a *comunicarnos*;

- comportará el *respeto* a los *principios y criterios* que garantizarán la necesaria *unidad de acción* y la *flexibilidad* requerida en la adaptación de estos principios y criterios a cada lugar y a cada ambiente, ya que las situaciones en las que los salesianos realizamos nuestra misión es muy plural⁵.

La publicación del documento *SSCS* por parte de la Congregación Salesiana ha coincidido en el tiempo con la celebración de la *XLV Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, el 5 de junio de 2011. En el contexto de la celebración de esta Jornada Mundial, el papa Benedicto XVI nos ha dirigido un Mensaje que encaja perfectamente con la finalidad que se propone el documento *SSCS*. redactado desde la perspectiva de la misión salesiana y, por tanto, pensando preferentemente en los jóvenes y sus necesidades en el ámbito de la Comunicación Social.

El Papa nos ha dicho:

“*Los jóvenes* están viviendo este cambio en la comunicación con todas las aspiraciones, las contradicciones y la creatividad propias de quienes se abren con entusiasmo y curiosidad a las nuevas experiencias de la vida.

⁵ Cf. *SSCS*, Prefacio.

Cuanto más se participa en el espacio público digital, creado por las llamadas redes sociales, se establecen nuevas formas de relación interpersonal que inciden en la imagen que cada uno tiene de sí mismo. Esta realidad nos obliga a poner en cuestión no sólo la pregunta sobre la calidad de nuestro actuar, sino también sobre la autenticidad de nuestro propio ser”⁶.

Por este motivo, nos interesa mucho reflexionar sobre los cambios que han tenido lugar en el mundo de la *comunicación* y sobre la incidencia de estos cambios en la forma de realizar la misión salesiana entre los jóvenes.

Las orientaciones del documento SSCS comportan un cambio de mentalidad respecto a la manera habitual de concebir la Comunicación Social. El nuevo panorama del mundo de la comunicación “nos obliga a poner en cuestión no sólo la calidad de nuestro actuar, sino también la autenticidad de nuestro propio ser” (Benedicto XVI).

1. Por qué la Comunicación Social es de interés preferente para los salesianos

Para los salesianos, los jóvenes siempre son el punto de referencia. Por ello, la evolución del mundo juvenil determina necesariamente la modificación de aspectos importantes de la orientación que debemos dar a las diversas obras e iniciativas promovidas por la Congregación Salesiana. La Comunicación Social no es una excepción.

En los acontecimientos más importantes de la vida de nuestra Congregación, como son los Capítulos Generales, los salesianos hemos tenido muy en cuenta las circunstancias que afectan a la vida de los jóvenes y a su modo de pensar y de comportarse. Entre estas circunstancias, en los últimos años sobresalen los cambios profundos que los avances tecnológicos han provocado en la sociedad y en el comportamiento de gran parte de la población. Es sabido que el ámbito en el que la tecnología ha provocado una auténtica revolución ha sido, precisamente, el de la *Comunicación Social*.

Si esto es así, no debe sorprendernos que hace diez años, cuando tuvo lugar el Capítulo General 25, uno de los motivos que justificó la modificación de algunos artículos de las *Constituciones* fuera “la importancia creciente del sector de la comunicación en el contexto de las actividades de la Congregación Salesiana”,

⁶ BENEDICTO XVI, Mensaje para la XLV Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales “Verdad, anuncio y autenticidad en la era digital”, 05-06-2011.

precisamente porque este era “un campo de acción significativo que ocupa un lugar entre las prioridades apostólicas de la misión salesiana”⁷.

El CG25 también justificó que el Consejero General para la Comunicación Social impulsase la preparación de un extenso documento con este título: *Sistema Salesiano de Comunicación Social* (Roma, 2 de enero de 2005). Sin embargo, en aquel momento todavía no había sensibilidad suficiente para descubrir la importancia que la *comunicación* iba a tener en el conjunto de la misión salesiana.

El interés de los salesianos por el ritmo vertiginoso de los cambios que en la última década han tenido lugar en el ámbito de la Comunicación Social motivó que el Capítulo General 26 (2008) volviese a fijar su atención en la incidencia de estos cambios en el mundo de la educación en la acción evangelizadora. En este caso, la decisión adoptada fue más radical:

“Nos sentimos interpelados por las nuevas tecnologías de la comunicación y por los desafíos que comportan. Para los jóvenes de hoy, las oportunidades de comunicación constituyen el modo habitual de encontrarse, intercambiar mensajes, participar con rapidez y movilidad, pero también de modo impersonal y virtual. La nueva cultura de la comunicación puede poner en peligro nuestra capacidad de relación y expone a los jóvenes al peligro de dependencias y encuentros negativos. Los salesianos debemos estar presentes en este ‘patio’ para escuchar, iluminar, orientar” (núm. 99).

“El Rector Mayor con su Consejo (...), por medio de los departamentos de la Comunicación Social, la Formación y la Pastoral Juvenil, reflexione sobre los nuevos desafíos de la cultura de la comunicación en la formación de los salesianos, la preparación de los laicos y la ayuda a los jóvenes” (núm. 111).

La primera consecuencia de esta invitación del CG26 fue la realización de una amplia consulta sobre el lugar que la Comunicación Social debe ocupar en la misión salesiana y sobre la oportunidad de diseñar un *nuevo modelo de Comunicación Social* para el futuro inmediato, teniendo en cuenta las experiencias realizadas en todo el mundo salesiano.

El resultado de esta consulta ha sido la incorporación de cambios profundos en el contenido del documento *Sistema Salesiano de Comunicación Social - Líneas orientadoras para la Congregación Salesiana (SSCS)*, publicado en el año 2005. La segunda edición de este documento ha sido presentada en el mes de mayo de 2011.

⁷ El CG 25, celebrado en el año 2002. estableció lo siguiente: “El XXV Capítulo General. (...) considerando la importancia creciente del sector de la comunicación en el contexto de las actividades de la Congregación Salesiana según el espíritu del artículo 6 de las Constituciones y el artículo 43. que afirma que éste es ‘un campo de acción significativo que ocupa un lugar entre las prioridades apostólicas de la misión salesiana’, aprueba modificar los artículos 133, 134 y 137 de las Constituciones” (núm. 133).

La gran novedad de la segunda edición del SSCS ha sido el acento en *una nueva concepción de comunicación*, necesaria para poder responder a los retos que los cambios recientes han comportado en la realización de la misión salesiana.

Ésta es la gran cuestión que justifica nuestra reflexión en las circunstancias en que nos encontramos.

El carácter de la *comunicación* y las exigencias de la *misión salesiana* comportan que el *Sistema Salesiano de Comunicación Social* sea considerado un *ecosistema*, porque el mundo de las relaciones y, por tanto, el mundo de la *comunicación*, es el mundo en el que los salesianos realizamos nuestra misión.

El SSCS expresa esta idea de un modo muy gráfico: *La experiencia del Oratorio de Don Bosco expresa esta idea: era la casa en la que los jóvenes podían amar y sentirse amados, como sucede en la familia; era el patio donde tenían la oportunidad de compartir la alegría y divertirse con los amigos; era la escuela en la que aprendían a ser útiles y a construir una sociedad más justa; era la parroquia en la que podían celebrar su amistad con Dios. Es el ecosistema más expresivo, en el que las personas se comunican más por lo que son que por lo que dicen*⁸.

“La nueva cultura de la comunicación puede poner en peligro la maduración de nuestra capacidad de relación y expone a los jóvenes al peligro de dependencias y encuentros negativos. Los salesianos debemos estar presentes en este patio para escuchar, iluminar, orientar”(CG26).

2. De qué hablamos cuando hablamos de comunicación

*“La comunicación se ha convertido en un tema de estudio y reflexión que ha despertado un enorme interés y es de gran actualidad, no sólo porque la tecnología ha potenciado la comunicación hasta extremos inimaginables hace pocas décadas, sino porque hemos observado que su calidad está en peligro”*⁹.

El documento *Sistema Salesiano de Comunicación Social* plantea una cuestión que requiere una respuesta clara y contundente, sin dudas ni vacilaciones: *¿Qué entendemos hoy por 'comunicación'?*

He aquí cómo responde a esta pregunta:

“Con la comunicación ha sucedido algo parecido a lo que sucede con el aire que respiramos: nos percatamos de su importancia cuando, por el motivo que sea, se hace irrespirable y nos vemos obligados a reaccionar. Ahora científicos y técnicos, filósofos, psicólogos y educadores se interesan por la comunicación.

⁸ SSCS, Prefacio.

⁹ SSCS, 2.1.

Este hecho ha provocado que comprendamos mejor qué es y qué significa comunicarnos.

En concreto, ahora sabemos estas cuatro *verdades* relativas a la comunicación:

1. *La comunicación humana no puede reducirse a un flujo de información que pasa de un transmisor a un receptor.* Debemos ir bastante más allá de este modelo lineal, un modelo que puede ser aplicado a las máquinas, pero no a las personas.

La comunicación autentica requiere atención mutua y diálogo; sólo hay comunicación cuando los que intervienen en ella cooperan en la definición del contenido que es realmente compartido. Por ello, el modelo de comunicación tiene carácter circular, implica diálogo entre personas.

2. *Cuando comunicamos no nos limitamos a transmitir mensajes, sino que establecemos relaciones.* Nos movemos en dos planos a la vez: el de los contenidos (ideas, afirmaciones...) y el de las relaciones (definimos el tipo y la calidad de la relación que establecemos con nuestros interlocutores).

Es muy importante que seamos conscientes de esta realidad, porque a menudo lo que bloquea la comunicación no son las ideas que queremos transmitir sino el hecho de que la persona con la cual queremos comunicarnos no esté interesada ni en nosotros ni en lo que nosotros podamos decirle.

3. *No podemos identificar la comunicación con una acción concreta.* Ciertamente, pretendemos comunicarnos por medio de palabras que dirigimos a nuestros interlocutores, pero el mensaje que transmitimos no se reduce a las palabras. Más allá de las palabras, y a menudo a pesar de las palabras, nos comunicamos con el gesto, la expresión del rostro, el modo de vestir, la posición del cuerpo, nuestra simple presencia en un ambiente concreto. Por tanto, *mi comunicación es una dimensión del conjunto de mis acciones.*

En este sentido, podemos afirmar que *todo es comunicación.*

4. *La calidad de nuestra comunicación no se garantiza sólo por el respeto a la gramática y la sintaxis de la lengua que empleamos.* También el contexto y el conjunto de valores que nos hacen avanzar en una dirección determinada influyen en el resultado. En el pasado, podíamos haberlo expresado con la imagen de los 'vasos comunicantes': es inútil pretender elevar el nivel sólo en uno de los vasos; el líquido que introducimos en un vaso se distribuye entre todos, de tal modo que el nivel del líquido aumenta

uniformemente en todos los vasos. *No es suficiente mejorar en un aspecto de nuestra comunicación; todos los aspectos deben mejorar.*

*Hoy podemos utilizar una metáfora más expresiva y hablar de un ecosistema. La calidad de la comunicación en un contexto determinado se garantiza por la interacción de una pluralidad de factores. Por tanto, una persona comunica de un modo verdaderamente eficaz si hay coherencia entre el mensaje que quiere transmitir y los mensajes que en realidad transmite con lo que hace y con lo que realmente es”.*¹⁰

Si quisiéramos expresar de forma breve la principal novedad de este *nuevo modo de concebir la comunicación*, subrayaríamos los aspectos siguientes:

- *‘Comunicación’ no es simple ‘información* “La comunicación humana no puede reducirse a un flujo de información que pasa de un transmisor a un receptor”. “La comunicación auténtica requiere atención mutua y diálogo”.

- *La comunicación es una forma de relación interpersonal.* “Cuando comunicamos no nos limitamos a transmitir mensajes, sino que establecemos relaciones”. “A menudo lo que bloquea la comunicación no son las ideas sino las actitudes”.

- *La comunicación no es un modo de manifestar algo mediante palabras.* “Mi comunicación es una dimensión del conjunto de mis acciones. En este sentido, todo es comunicación”.

- *La comunicación auténtica requiere coherencia.* “Una persona comunica de modo verdaderamente eficaz si hay coherencia entre el mensaje que quiere transmitir y los mensajes que en realidad transmite con lo que hace y con lo que realmente es”.

Nos hemos acostumbrado a un modelo de comunicación que consiste en la simple transmisión de información. Ahora “debemos ir bastante más allá de este modelo, un modelo que puede ser aplicado a las máquinas, pero no a las personas”. Sin diálogo e intercambio, no puede haber una auténtica comunicación.

¹⁰ SSCS, 2.1.

🕉 Vida salesiana

El mundo de las propias apetencias

Carlos Rey Estremera¹¹

Estamos inmersos en la Cuaresma y lo estamos también en el mundo en el que vivimos. Es propio de la Cuaresma “hacer penitencia” -¡qué mal suena en estos tiempos!- como lo es de nuestra sociedad dar rienda suelta al “me apetece”. Es referencia del cristiano el cuerpo crucificado de Jesús y lo es de nuestra sociedad el culto al cuerpo y darle todos los gustos que pida. ¡Qué difícil es combinar ambas cosas!

Los salesianos tenemos –o teníamos- la costumbre de escoger una “penitencia comunitaria” al inicio de la Cuaresma, algo importante para unos, una formalidad sin mucho sentido para otros, en la que no suele ser fácil el consenso y ante la que prevalece –a mi modo de ver- cierto desinterés e indiferencia pues, “¡qué más da!”, “no sé para qué” o “total, para eso...”

Incluso el no comer carne los viernes de Cuaresma ha perdido su sentido penitencial al ser substituida por riquísimos platos de pescado. Ciertamente hay muchas otras cosas que se pueden hacer, pero en realidad... ¿en qué se nos ha quedado el sentido penitencial de la Cuaresma?

En este contexto situamos la Palabra:

“Cuando ayunéis, no estéis tristes como los hipócritas, que desfiguran su rostro para hacer ver... que ayunan. Os aseguro que ya recibieron su recompensa. Tú, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lávate la cara, para que los hombres no se den cuenta de que ayunas, sino tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará” (Mt 6,16-18).

El ayuno al que se refiere Jesús no consiste en privarse de esto o aquello, sino en una actitud permanente de renuncia voluntaria a ciertas satisfacciones que tienen que ver con nuestras necesidades o apetencias. Renuncia que unas veces consiste en ir “dejando” lo que no condice con nuestra condición de cristianos y otras en ir “acogiendo” lo que se nos va dando... o quitando, pues hay dos tipos de ayuno:

¹¹ Texto inédito para Forum.com.

1º *El que vamos asumiendo cada día*, dejando los tesoros de aquí y limpiando nuestra mirada y deseo de todo lo que no es Dios, para centrarnos sólo en Él, pues “no es posible servir a dos señores”.

2º *El que la vida nos impone* por las circunstancias de la vida misma, que es necesario acoger y asumir: cambio de situación vital, pérdida de cargos o influencia, desgracias y frustraciones, condicionantes externos o internos, pérdidas afectivas, edad, enfermedad...

Hablamos de ir dejando, cuando lo que se lleva hoy en día no es renunciar sino tener, acumular y aprovechar, pues “hay que gozar de las cosas”, “no tiene sentido privarse o mortificarse”, “bastante dura es la vida misma y tener que aguantar a los otros...”, “necesitamos distraernos, descansar, salir...”, “Dios nos quiere felices”, “hay que disfrutar de los dones de Dios”, etc., lo que tiene, sin duda, su parte de razón, aunque sea relativa y con matices.

El tema es importante porque, aunque no sea políticamente correcto hablar hoy de renunciaciones y ayunos, si uno no es capaz de entrar en esta dinámica de renuncia voluntaria y libre tampoco podrá desarrollar una auténtica vida espiritual. Así de claro.

Me propongo hacer una sencilla reflexión sobre el tan banido “¡es que me apetece!”, con el objetivo de abrir horizontes y teniendo a Don Bosco como referencia. ¡Ojalá! no sea demasiada pretensión.

El mundo de las apetencias

En la vida hay cosas que *debemos dejar* porque son malas o nos hacen daño; las hay que *conviene dejar* por un objetivo mayor y hay algunas que, aunque queramos, *no podemos dejarlas* porque las necesitamos para vivir. Es el caso del uso del tiempo, el propio carácter, el alimento, el descanso, el trabajo o el relacionarse, por ejemplo. A ellas me refiero.

En estas cosas, de las que no podemos prescindir porque son constitutivas de nuestra naturaleza, nos movemos siempre a dos niveles: el *de la necesidad*, por no poder vivir sin ellas, y el *de las propias tendencias*, en cuanto que nos gusta y apetece ocupar el tiempo libre de determinado modo, comer esto o aquello, dedicar más o menos horas al descanso, relacionarnos con fulanito(a) o menganito(a) o trabajar mucho o poco o en esto mejor que en aquello...

Es el mundo de nuestras apetencias: del “a qué tiendo”, “qué me agrada”, “qué deseo hacer”. Sobre ellas no cabe un juicio moral porque son buenas o indiferentes, pero si no están bien situadas o son ejercidas de forma inadecuada, pueden ser perjudiciales. Así: es bueno y necesario tener tiempo libre, pero no lo es vivir sin hacer nada; lo es comer o beber, pero no hacerlo en exceso; es bueno dormir, pero no

pasarse el día durmiendo; hay que relacionarse, pero no conviene que sea de forma exclusiva o excluyente o pasarse las horas de charloteo con los amigos; es esencial trabajar, pero no tiene sentido abandonar la familia o descuidar la propia salud por ganar un poco más...

Y si nos referimos a nuestra vida cristiana y salesiana, es fácil entender cómo una dedicación excesiva en ciertas áreas, aunque sean propias de nuestra identidad, puede provocar un déficit en otras. Así, el gusto excesivo por las comodidades o el buen comer, beber y dormir interferirá en el trabajo, el activismo perjudicará la interioridad y la vida de oración y entretenerse muchas horas con amigos y familiares tendrá su impacto en la vida de comunidad, por poner algunos ejemplos.

Pues bien, en este contexto insertamos un episodio de la vida de Don Bosco que, además de ser enormemente sugerente e iluminar nuestra reflexión, nos abre a nuevos horizontes sobre cómo vivir la Cuaresma.

El plan de vida de Don Bosco

Poco antes de su Ordenación Sacerdotal Don Bosco hace Ejercicios Espirituales y, al concluirlos, redacta su *plan de vida de novel sacerdote*¹². A juzgar por el texto y otros elementos que no es el momento de indicar, parece ser que Don Bosco sintió una doble necesidad:

- *Trabajar algunas de sus apetencias o tendencias en cuestiones concretas con las que tenía que vivir.*
- *Configurar su vida a la manera de Jesús y de S. Francisco de Sales.*

En su discernimiento sobre lo primero identifica y nombra su afición a los paseos, su modo de ocupar el tiempo, su carácter, la comida, la bebida, el descanso y el trato con mujeres. En lo segundo se propone dar calidad a su ministerio sacerdotal, a su relación con Dios en la oración y a tomar como referencia a S. Francisco de Sales.

Dicho de otro modo, el joven sacerdote Bosco se dispone a trabajar en una doble dirección:

- *Transformar su mundo apetencial con el fin de purificar su tendencia a satisfacer sus deseos y favorecer su disfrute en cosas lícitas pero que, ocupando demasiado espacio en su corazón, impedían que sólo Dios lo ocupase.*
- *Estimular y hacer crecer lo más propio y específico de su ministerio sacerdotal y pastoral.*

¹² BOSCO, Giovanni, "Memorie dal 1841-5-6", n° 4-5.

Para transformar sus deseos, apetencias y tendencias Bosco *establece criterios de actuación* para regular y ordenar la actividad en cuestión. Así:

<i>Apetencia</i>	Criterio - Resolución
<i>En los paseos</i>	No hacer nunca paseos si no es por grave necesidad: visita a enfermos etc.
<i>En el uso del tiempo</i>	Ocupar rigurosamente bien el tiempo.
<i>En la comida</i>	Me mostraré siempre contento con el alimento que me sea preparado, siempre que no sea nocivo a la salud.
<i>En la bebida</i>	Beberé vino aguado y solo como remedio: es decir solamente cuando y cuanto lo requiera la salud.
<i>En el descanso</i>	El trabajo es un arma potente contra los enemigos del alma, por eso no concederé al cuerpo más que cinco horas de sueño cada noche. Durante el día, especialmente después de comer, no me tomaré un descanso. Haré alguna excepción, en caso de enfermedad.
<i>En las conversaciones con mujeres</i>	No tendré nunca conversaciones con mujeres fuera del caso de oírlas en confesión o de cualquier otra necesidad espiritual.

Para configurarse a la manera de Jesús y de S. Francisco de Sales *establece criterios* que los potencien y desarrollen. En concreto:

<i>En</i>	Criterio – Resolución
<i>El ministerio sacerdotal y apostólico</i>	Sufrir, hacer, humillarse en todo y siempre, cuando se trata de salvar almas.
<i>Su relación con Dios</i>	Dedicaré cada día algún tiempo a la meditación, a la lectura espiritual. Durante el día haré breve visita o al menos una oración al SS.mo Sacramento. Haré al menos un cuarto de hora de preparación, y otro cuarto de hora de agradecimiento a la Misa.
<i>Su tomar como referencia la vida de un santo</i>	La caridad y la dulzura de S. Francisco de Sales me guíen en todo.

Yendo más allá de la posible curiosidad por saber qué problema tenía Don Bosco, por ejemplo, en su trato con las mujeres, lo que aquí interesa no es tanto conocer sus dificultades en este o aquel campo, cuanto percibir *su intencionalidad*, que no es otra que centrar su vida en lo esencial de su condición de sacerdote y tener a Jesús como su único fundamento vital. Esto es muy importante, pues...:

Elija lo que elija la persona tiene que seguir comiendo, bebiendo, descansando, trabajando y relacionándose diariamente. Pero la mejor elección u opción puede quedar invalidada en la vida real si su mundo apetencial continúa funcionando independientemente de la misma y permitiéndose todos aquellos gustos permitidos que están a su alcance, es decir, si se instala en un plano diverso, el de los gustos y apetencias, de aquel libremente elegido: el sacerdocio y la entrega a los jóvenes.

Esto es así porque siempre se halla el peligro de olvidar a Dios, a quien ha elegido, para dejarse llevar por el egoísmo apetencial que tiende a acomodarse a los gustos, el capricho, la comodidad y la diversión¹³.

Concluyendo: aunque las motivaciones y el lenguaje de Don Bosco no siempre correspondan a nuestra sensibilidad, queda claro que a la hora de responder a una vocación que exige fundamentar la vida en Dios, como es la nuestra, es importante hacer un doble discernimiento sobre:

- *Cuáles son las resistencias y obstáculos que ponemos a Dios a nivel de gustos y apetencias, con el fin de ir suavizándolas progresivamente y reduciendo el espacio que ocupan en nosotros.*
- *Cuáles son los puntos que conviene reforzar para centrar, efectivamente, la vida en Dios y en Dios solo.*

No hay duda de que, hagamos o no la “penitencia comunitaria” o la abstinencia de los viernes, trabajar el mundo de las propias apetencias y reforzar las cuestiones clave de nuestra identidad es un nuevo horizonte y una buena manera de vivir la Cuaresma, en lo que a ayuno se refiere, pues “cuanto más el hombre quite de lo conveniente... mejor sentirá las internas noticias, consolaciones y divinas inspiraciones de Dios y más fácilmente vendrá a juzgar lo que más conviene a su vida espiritual”¹⁴.

Y al contrario, quien se da todos los gustos permitidos que están a su alcance, corre el peligro de olvidar a Dios.

¡Feliz preparación a la Semana Santa!

¹³ Cfr. ARZUBIALDE, Santiago, *Ejercicios espirituales de S. Ignacio: historia y análisis* (Col. Manresa 1), Bilbao: Mensajero – Santander: Sal Terrae, 2009², 515-517.

¹⁴ Ignacio de Loyola Cfr. EE 213.

🎯 Pastoral juvenil

*Cómo hacer significativa una pastoral juvenil y vocacional en tiempos revueltos*¹⁵

Juan Rubio¹⁶

En la mañana de ayer, en la Plaza de San Pedro pude vivir con gozo la renovación de una esperanza, la que el Concilio Vaticano II dejó en el corazón de la Iglesia. En Roma comenzaba el pasado domingo el Sínodo de los Obispos que se viene ocupando en estos días de cómo transmitir la fe a las nuevas generaciones dentro del proyecto de Nueva Evangelización. Se advierte en los pasillos de aquella asamblea rica y universal, un interés creciente por los jóvenes y las propuestas que hemos de hacerle de cara al futuro. Asoma en el rostro y las intervenciones de todos los sinodales una preocupación: cómo ser creíbles y cómo hacer que el mensaje de Jesucristo sea creíble hoy, en estos "tiempos revueltos". Igualmente, ayer mismo, en el arranque del Año de la Fe, Benedicto XVI, coincidiendo con el 50 aniversario del inicio del Concilio Vaticano II, animaba a la Iglesia a seguir por las sendas del espíritu conciliar. Rememorando los mensajes que Pablo VI enviara al mundo, el actual Papa redactaba un nuevo mensaje a los jóvenes. Son días significativos que nos traen el recuerdo de un acontecimiento en el que la Iglesia, como el Buen Samaritano, se acercó al hombre contemporáneo, herido por dentro y por fuera, para acercarle "el aceite del consuelo y el vino de la esperanza". No fue un concilio en el que se condenaran herejías, ni en el que se ajustaran dogmas. Fue un concilio que "inyectó el Evangelio en las venas de la Humanidad" como dijo el Papa Juan XXIII en la carta con la que lo convocó formalmente. Unos días importantes, sin lugar a duda. Y deseo, para comenzar, destacar, parafraseando el texto, algunas de las ideas de ese mensaje:

“Porque sois vosotros los que vais a recibir la antorcha de manos de vuestros mayores y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia. (...) Al final de esa impresionante «reforma de vida» se vuelve a vosotros. Es para vosotros los jóvenes, sobre todo para vosotros, porque la Iglesia acaba de alumbrar en su Concilio una luz, luz que alumbrará el porvenir (...) La Iglesia está preocupada porque esa sociedad que vais a constituir respete la dignidad, la libertad, el derecho de las personas, y esas personas son las vuestras. Confía en que encontraréis tal fuerza y tal

¹⁵ Conferencia pronunciada en las Jornadas de Pastoral Juvenil y Vocacional de Confer en 2012.

¹⁶ Sacerdote de la diócesis de Jaén, fue director de la revista "Vida Nueva".

gozo que no estaréis tentados, como algunos de vuestros mayores, de ceder a la seducción de las filosofías del egoísmo o del placer, o a las de la desesperanza y de la nada, y que frente al ateísmo, fenómeno de cansancio y de vejez, sabréis afirmar vuestra fe en la vida y en lo que da sentido a la vida: la certeza de la existencia de un Dios justo y bueno. (...) Negaos a dar libre curso a los Instintos de violencia y de odio, que engendran las guerras y su cortejo de males. Sed generosos, puros, respetuosos, sinceros. Y edificad con entusiasmo un mundo mejor que el de vuestros mayores. (...) La Iglesia os mira con confianza y amor. Rica en un largo pasado, siempre vivo en ella, y marchando hacia la perfección humana en el tiempo y hacia los objetivos últimos de la historia y de la vida, es la verdadera juventud del mundo. Posee lo que hace la fuerza y el encanto de la juventud: la facultad de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y de partir de nuevo para nuevas conquistas. Miradla y veréis en ella el rostro de Cristo, el héroe verdadero, humilde y sabio, el Profeta de la verdad y del amor, el compañero y amigo de los jóvenes.”

Aún sigue vigente el contenido del mensaje. Y en medio del correr de los días, los religiosos y religiosas de España os reunís para reflexionar sobre cómo llevar a cabo una Pastoral Vocacional Juvenil significativa en tiempos revueltos como los actuales. "Ser signo hoy". Ser luz que alumbre, ser sal que de sentido. Un reto apasionante en medio de la aridez. Personalmente considero que la mejor manera de hacer significativa la Pastoral Juvenil hoy, en estos tiempos revueltos, en estos momentos de desierto y aridez, pasa por no olvidar tres claves importantes para que la luz alumbre y para que la sal no se vuelva sosa.

- a) Es urgente **revitalizar la esencia misma de la opción fundamental**; definir muy bien el ser sobre el actuar; fijar con nitidez lo específico de nuestra misión.
- b) **Amar profundamente al mundo y al hombre**. No se puede evangelizar, ni se puede invitar a la tarea evangelizadora si no hay una empatía profunda con aquellos a los que vamos a evangelizar y su mundo, su escenario, su circunstancia.
- c) **Diseñar con una imaginación creativa los medios** para ponernos manos a la obra, sin miedo y con una auténtica actitud de desafío.

Ser, amar y actuar son tres verbos que se deben conjugarse en nuestra tarea. Solo así podremos invitar a muchos jóvenes a unirse a nuestra vida y a hacer que sus vidas tengan un sentido pleno. En esta mi intervención, creyendo haber interpretado bien cuanto se me encargó en su día, no os voy a agobiar con citas. Expondré ideas a vuelapluma, que nos ayuden a reflexionar juntos sobre el reto que tenemos entre manos. Veamos primero cómo está el panorama. Lancemos una visual al joven que tenemos delante, buceando en su perfil socio cultural. Después, haré unas propuestas que pueden ayudarnos en el empeño. Y acabaré, situado en el contexto del aniversario conciliar, con un credo personal, un credo con el que estoy seguro, podríamos encontrarnos con muchos jóvenes hoy.

Algunos rasgos de los jóvenes hoy. Aproximación radiográfica

Me detengo un poco más en algunos aspectos que configuran el perfil del joven como es la música, el cuerpo, el sexo y el ocio, tres aspectos no baladíes y que tienen su importancia. Además de destacar los valores como la libertad, la rebeldía, el pragmatismo, la amistad y la solidaridad

Hablemos primero de la música que aman los jóvenes, su mente y su sensibilidad. La música expresa y conecta con partes tan íntimas de la sensibilidad humana que el hecho de expresar este fenómeno con palabras, encerrar en conceptos la vida, es traicionar al mismo fenómeno musical. Por eso, todo esfuerzo descriptivo es limitado. Para entender la importancia de la música en el mundo juvenil debemos darnos cuenta que no se trata de que la música ocupe momentos de la vida de los jóvenes, sino que todas las facetas de la vida del joven las viven musicalmente: *la música les aporta la velocidad, el ritmo de la vida en sus escenarios, influye en su estado de ánimo y transporta su filosofía* (Klauss Farin).

¿Cuándo aparece este tipo de música que imbuye la vida de los jóvenes? Nos tenemos que remontar a los años 50 con la aparición del rock. Se puede decir que ser joven y disfrutar con la *música joven* constituía un nexo inquebrantable. Una serie de factores condujeron a que la música fuera asumida por los más jóvenes como el elemento que los unía más allá de razas, fronteras, ideologías: Había en ellos una concepción llamada "fordista y taylorista" del trabajo en la que los jóvenes conciben el trabajo como medio para obtener dinero para sufragar actividades de ocio, principal objetivo de la vida del joven. La aparición del *rock* supuso una ruptura con la concepción musical anterior: La nueva música ya no se recibe de forma estática y contemplativa, puede ser bailada sin excesiva concentración: podía ser escuchada en muchos contextos vitales: trabajo, deporte, fiesta...La aplicación de los medios tecnológicos (electricidad: música electrónica) a la música propició un nuevo sonido atrayente y una rápida expansión por todo el mundo. La nueva música no era apreciada como tal por la clase burguesa. La juventud la hizo suya y constituye su primera experiencia colectiva propia, más allá de las determinaciones de clase social o de etnia.

Hay un sentimiento frente a razón. Los jóvenes de los años cincuenta empezaban a rechazar la forma de vida tradicional americana: frente a lo establecido, la rebeldía; frente a las convenciones sociales, la actitud individualista o incluso asocial. Usando palabras de Nietzsche: frente a lo apolíneo, lo dionisiaco. La música burguesa, la llamada *música clásica*, esta encerrada en estructuras racionalistas, patrones estéticos, que debían cuidar. Sin embargo, la nueva música no hablaba a la razón estética sino al corazón: era improvisada, simple, desgarrada: era capaz de dar cauce a todo el mundo sensible de la juventud que quería romper con las reglas marcadas por el mundo de los adultos De una manera u otras, esta actitud juvenil se repite generación tras generación. La música *rock* fue evolucionando. Aparecieron otros tipos de música. Hoy en día la música sigue siendo signo de identidad, pero los

estilos evolucionan tan rápido que los más jóvenes consideran arcaica la música que les gusta a sus hermanos, tres o cuatro años mayores.

La música como hecho social juvenil

Pero la música también fue un hecho social juvenil. El joven se entiende a sí mismo desde la música y desde ella se relaciona con los demás y con su mundo. Para entender esto analicemos cada una de las partes: *Se entiende a sí mismo*: La sociedad de consumo en la que vive el joven lo despersonaliza. Se convierte en una pieza del sistema: coarta sus tendencias, sus gustos, le trae desdichas, insatisfacciones, proyectos no cumplidos... La actividad cotidiana que rodea al joven no le es agradable. La música se convierte en un espacio donde este se *retira* del mundo a un mundo íntimo de anhelos, deseos, sentimientos, evocaciones íntimas que constituyen una auténtica reflexión vital sobre uno mismo: rememora, se Ilusiona, reflexiona, llora, ríe... y todo esto le da un nuevo Impulso para salir a la actividad cotidiana. *Desde la música se relaciona con los demás y con su mundo*: La música, sus letras, su estética, Identifican al joven con un grupo de amigos o una subcultura (góticos, por ejemplo) que generalmente se concibe como grupo opuesto o Indiferente a los convenios del grupo de adultos. Desde este nivel de Integración se posiclona ante el mundo que lo rodea y lo Interpreta. La música Identifica a jóvenes con grupos que son una fuente de socialización mucho más relevante a ciertas edades que la familia.

La música es una auténtica fuente de Identificación y socialización. Lo que llamamos *música* es un conjunto de elementos íntimamente conectados:

- *Las canciones*: En su doble dimensión, musical y verbal aportan al joven un cauce de conocimiento de sí y una interpretación del mundo que lo rodea: jerarquiza los valores por los que merece la pena luchar. No solo la letra, sino el componente musical de las canciones habla de una ética a los jóvenes.
- *Los ídolos*: Los artistas se convierten en ejemplo para los jóvenes: imitan su ropa, su forma de expresión, su manera de relacionarse con el mundo... *Videoclips*: Es el cauce por el que los jóvenes acceden a los dos elementos anteriores de forma unitaria: en el videoclip se funde la canción con el artista y se convierte en un todo que interpela al joven. Es el medio de seducción del joven.
- *Eventos musicales: discotecas, Disc-jokeys...* Convierten la noche en lugar privilegiado de socialización juvenil. En la noche el joven tiene la oportunidad de huir del mundo diurno y encontrarse consigo mismo y con su gente para vivir su mundo, con sus valores.

Junto a la música, el joven está marcado por el consumo. Es mucho más conveniente centrarnos en las motivaciones por las cuales los jóvenes consumen, que en los objetos que consumen. El joven se encuentra en un proceso en el que está

estructurando su identidad. Las claves desde las que los jóvenes construyen su identidad son las siguientes:

- 1) Cambio: La sociedad cambia a una velocidad vertiginosa. El joven necesita exteriorizar su identidad en dicha sociedad por lo que él también tiene que ir cambiando sus hábitos de consumo para poder ser expresivo en la sociedad en la que vive.
- 2) Diferencia: El joven, para ir afirmando su identidad, necesita sentirse diferente al resto. Este factor diferenciador lo encuentra en el consumo.

Si los objetos que consumen los jóvenes no constituyen nuestro interés principal, ¿qué tipo de consumo es al que prestaremos interés?

Consumo relacional!

La juventud es una época en la que se busca poco a poco la independencia adulta. Pero la independencia real la produce la siguiente cadena: producción - (reproducción) - consumo. Como cada vez los jóvenes están más limitados para la producción por las características de la sociedad y la economía española, estos empiezan a vivir su independencia en la ciudadanía como consumidores libres. El objetivo del consumo no es el objeto que satisface una necesidad sino las relaciones que se crean:

- a) Se consume para la creación de redes sociales. El joven encaja bien cuando se une a otros que comparten su consumo.
- b) Se consume en capital social. Lo que busca en esta ocasión el joven no es integrarse en un grupo cualquiera, sino en un grupo selecto: consumo lo mismo que aquellos que son superiores a mí y a los que me quiero vincular.
- c) Consumo de intercambio simbólico: un consumo de objetos restringidos a la mayoría afianza en el joven su identidad. Por ejemplo: comprarse un coche caro.

- Consumo de autonomía

Frente a una sociedad en la que los jóvenes dependen cada vez más de sus padres, el consumo los hace capaces de vivir experiencias de autonomía al tener que usar la libertad de elección de producto. El comercio ofrece al joven una multitud de objetos entre los cuales tiene que elegir. El joven se cree libre al poder elegir entre un abanico de productos. Sin embargo, ¿es capaz el joven de vivir eligiendo no consumir? Muchos jóvenes, al ser preguntados al respecto, se declaran víctimas de la sociedad de consumo pues si eligen "no consumir" no experimentan su propia autonomía.

- Consumo de identidad

El joven forja su identidad desde los elementos que consume. Con ellos pretende un objetivo doble y contrario: identificarse con un grupo a la vez que diferenciarse de los demás.

El mercado se aprovecha de esta doble finalidad ofreciendo productos que sean comprados por grupos concretos. Sin embargo, cuando muchas personas poseen ese producto, para poder diferenciarse unos de otros, deben poseer algo diferente, y el mercado, por supuesto, lo ofrece. Por tanto, el joven que necesita forjar su identidad desde el consumo debe ser a la vez, flexible y cambiante.

- Consumo de deseo

Los jóvenes ya no consumen para satisfacer necesidades, sino para satisfacer deseos. El mercado, gracias al *marketing*, convierte al joven en un sujeto que desea continuamente, que con nada que adquiera es capaz de saciar su deseo. Por ello, los jóvenes son los destinatarios más deseados del mercado.

Los valores de consumo

El hecho de que los jóvenes se socialicen consumiendo provoca que la publicidad se convierta en el medio socializador más importante, teniendo más fuerza en los jóvenes que instituciones tradicionales como la familia, la religión, la educación escolar...

El interés por el consumo hace que los jóvenes sean conservadores o desinteresados en otras facetas de la vida como la religión, los problemas sociales o la política. Sus principales valores no son los citados, sino los valores de consumo; a saber:

- 1) *Neofilia*: Consiste en la necesidad de tener que reemplazar continuamente unos objetos por otros para satisfacer un nunca insatisfecho deseo.
- 2) *Hedonismo y futuro presentizado*: El consumo afecta a la relación del individuo con el tiempo. El sentimiento de disfrute es efímero. Se disfruta en el presente, no del objeto de consumo en sí, sino del deseo de tenerlo. Una vez que se posee ya no satisface y hay que disfrutar deseando otra cosa. Por eso el hedonismo juvenil está proyectado en un futuro presentizado.
- 3) *Estética*: El joven tiende al consumo de un objeto no por el valor de uso del mismo sino por su valor estético. Pero la moda es efímera y cambia continuamente por lo que el joven se convierte en comprador compulsivo.
- 4) *Tecnología y poder*: La tecnología también ha pasado de tener un valor de uso para ser un valor estético. La tecnología más avanzada (piénsese en los móviles) invade todos

los ámbitos de la vida del joven. Es más, el mercado permite la *customización* (personalizar el producto) por lo que el joven lo aprecia aún más.

- 5) *Exaltación del yo*: Es propio de todas las personas, y más aún de los jóvenes, necesitar sentirnos acogidos y queridos por un grupo; además, como hemos expuesto anteriormente, es necesario sentirse diferente, no rebaño. Ambos objetivos se logran con el consumo mediante el cual el joven se vincula con un grupo y se diferencia. Hoy es tan acentuada la tendencia a unirse en grupos y diferenciarse que chavales que tienen solo unos años de diferencia se conciben pertenecientes a generaciones distintas.
- 6) *Dinero y prodigalidad*: El dinero no es valorado por su capacidad de conseguir un medio, sino que se tiene poder simplemente por poseerlo. Se busca el dinero en sí mismo por muchos jóvenes para el mero disfrute.

Junto a la música y el consumo, aparece la importancia del cuerpo. En nuestra cultura consumista y narcisista se advierten cuatro tendencias en la construcción de la identidad juvenil:

Cuerpo objeto y sujeto

El cuerpo es un *capital físico* que posee el joven. El cuerpo ya no es percibido como algo "sustancialmente" unido a mi conciencia, sino que es un objeto que poseo, que me pertenece propiamente y que puedo utilizar.

- 1) *El cuerpo es fin en sí mismo*: El joven percibe su propia felicidad como la perfección de su cuerpo. El cuerpo es la utopía de la salvación. De ahí la constante preocupación por mantenerlo tanto sano como estéticamente bello. El cuidado del cuerpo es para el joven semejante a otras prolongaciones de su conciencia como su coche o su ropa.
- 2) *El cuerpo debe ser apropiado por el joven*: El joven reivindica su cuerpo como algo propio y no va a admitir intromisiones de nadie: ni de familia, ni de otras instancias. Proclama la libertad sexual, la libertad de modificar su cuerpo...

Estas dos facetas acentúan la división entre la conciencia del sujeto y su propio cuerpo.

El cuerpo es fuente de placer y autocontención

La relación de la juventud con el cuerpo tiene dos facetas opuestas, pero complementarias:

- 1) *Hedonismo*: El cuerpo se utiliza como vehículo, como medio, para la obtención de todo tipo de placeres. El cuerpo ha dejado de ser la fuente de los pecados de la carne para convertirse en la fuente de todo tipo de placer.

- 2) *Autocontención*: Sin embargo, aunque el joven ha perdido la noción de "pecado religioso" sí que existe una comunidad de control que exige una gran disciplina para poder disfrutar al máximo del cuerpo. Hoy, en relación con el cuerpo existen otro tipo de pecados como estar gordo, ser feo, tener poco pecho, etc. La autocontención del cuerpo tiene dos vertientes:
- Internas: Es el cuidado por la salud. El cuerpo deja de tener un sentido más espiritual para convertirse en una simple máquina a la que hay que proporcionarle los justos hidratos de carbono, proteínas, grasas, etc.
 - Externas: Exige el cuidado de todo lo referente a la estética: gimnasia, depilación...

El cuerpo como medio de comunicación

El cuerpo es un "objeto" del que el joven debe ir adueñándose. Mediante el cuerpo se publicita: con cada gesto, postura, expresión... da a conocer su intimidad, quién es. En este proceso, el joven debe conjugar dos movimientos:

- 1) *Integración social*: El joven ha de definirse como miembro de un grupo. En esta tarea, el joven debe educar su cuerpo para adaptarlo a los clichés sociales aceptados. En esto le ayuda inestimablemente la industria del consumo que le ofrece productos semejantes a los de sus compañeros.
- 2) *Rebeldía*: Pero el joven no es capaz de adueñarse completamente de su cuerpo. Se produce un desajuste de integración que lo hace diferente al resto. Este hecho produce la evolución de los clichés sociales.

El cuerpo transformado

Desde tiempos prehistóricos, el hábito de alterar el propio cuerpo con quemaduras, perforaciones o heridas ha estado presente.

En los jóvenes del s. XX empezó a implantarse de manera generalizada a partir de los años 70 en grupos *heavies*, *rockers* y *punkis*. El objetivo era reivindicar su diferencia con el resto de la sociedad adulta a la vez que su rebeldía. Esta forma de expresar este sentimiento se fue extendiendo hasta que se hizo generalizado en la juventud de los 90. Por tanto, el significado que le podemos dar a estas acciones es diverso:

- 1) Sentido individual
 - a. Mera experiencia estética: se hacen tatuajes o perforaciones porque les gusta.
 - b. Forma de apropiación del propio cuerpo: el hecho de modificar el propio cuerpo significa la posesión que el joven tiene del mismo; él y no otra persona o grupo.
 - c. Rito de paso: con la modificación del cuerpo el joven significa momentos importantes en su vida: el amor eterno a una persona, el hecho de tener carné...

- 2) Sentido social: Tribalismo primitivo juvenil: con determinadas marcas en su cuerpo, el joven se identifica con un grupo o subcultura: pertenencia a grupos de amigos, grupos de música...

Y el sexo. Para entender la dimensión de la sexualidad de forma holística hay que atender a tres dimensiones: la dimensión puramente física, la vivencia psicológica que el joven experimenta de su sexualidad y, finalmente, la repercusión simbólica de su sexualidad en la sociedad.

La exteriorización de la sexualidad es hoy muy diferente al pasado. Podemos distinguir varias fases en la transformación de las tendencias de exteriorización sexual:

- 1) La secularización de la sexualidad: Todo lo concerniente a la dimensión sexual del ser humano pasó del ámbito de la religión al de la ciencia.
- 2) Cultura del *striptease*: En todos los ámbitos, las personas comenzaron a hablar de su mundo sexual cada vez más prolijamente haciendo público lo que antes pertenecía al mundo íntimo.
- 3) Efervescencia del erotismo juvenil: Los mecanismos de control que en el pasado regulaban la vida sexual han dejado de ser significativos para el joven. La sociedad actual ya no efectúa tampoco este control pues está hipersexualizada. Este fenómeno provoca que el joven no asuma su sexualidad de forma tranquila, sino que, empujado por las tendencias sociales, experimenta un continuo desasosiego y ansiedad.

Las características de la vivencia de la sexualidad en los jóvenes son las siguientes:

1. La permanente reivindicación de la libertad sexual

El joven, en su deseo de autoposeerse, accede a su sexualidad como a uno de los primeros campos en los que es verdaderamente libre.

La sexualidad se concibe como algo propio, privado, en donde no se permite la intromisión de nadie: ni familia, ni instituciones como la Iglesia Católica.

Aunque los jóvenes se declaran liberales en materia sexual, muy pocos se atreven a hablar de la suya con sus padres u otras instancias. ¿Por pudor? ¿Por rechazo a que otros se inmiscuyan en mi libertad sexual?

2. Pareja, amor y sexo

La pareja sigue siendo el principal lugar de la vivencia del sexo. Sin embargo, la comprensión de la pareja ha variado a lo largo del tiempo.

Paso de la pareja romántica a la pareja fluctuante: La pareja romántica estaba fundada en la idea de fidelidad "hasta que la muerte nos separe". Esta relación conlleva implantar valores en la pareja como respeto, resignación... Sin embargo, la pareja fluctuante, vive en la sociedad consumista como un medio donde los miembros obtienen su propia satisfacción: las parejas son fieles mientras que ambas cubran sus necesidades; la misma libertad que tienen para iniciar la relación la tienen para salir de ella.

La relación sexual es considerado como algo intrínseco a la relación de pareja. Este aspecto deriva del anterior en el que entendíamos la pareja únicamente como fuente de placeres. Sin sexo, no hay pareja.

3. Virginidad y primeras experiencias

Es un hecho constatable que, en todas las regiones del mundo, la edad a la que se tiene la primera relación sexual ha disminuido. Actualmente, la media en que los jóvenes tienen su primera relación a los dieciséis años.

El hecho de tener la primera relación sexual es concebido por el joven como un momento clave, no es banalizado, pues en él concibe un cambio de status, un paso a la vida adulta. Al ser este momento tan relevante, los jóvenes son los que eligen el cómo y el cuándo.

Sorprendentemente los criterios que adoptan para tomar esta decisión son los grupales, pues el acto sexual completo debe ser valorado por el grupo. Conforme se crece en edad, son cada vez más independientes del grupo a la hora de planificar el acto sexual.

La abstinencia es muy minoritaria, y las personas que la ejercen no es por motivos morales, sino por miedo al sida o a un embarazo indeseado.

4. Comportamiento de riesgo y ante el riesgo

Los jóvenes advierten riesgos en sus relaciones sexuales. Estos riesgos pueden ser clasificados en dos grupos:

- Miedo o inseguridad: Las chicas suelen presentar inseguridad a la hora de establecer relaciones sexuales por creer que no van a dar la talla, que afectivamente no van a ser cuidadas o que el chico las pueda rechazar; aunque el principal miedo es a un embarazo no deseado. Los chicos centran su inseguridad en el hecho de creer que pueden no hacerlo bien.

- Consecuencias no deseadas: Aunque son numerosas las campañas de información sobre los riesgos del sexo, los jóvenes no toman precauciones suficientes por diversos motivos:

- El más importante es que cuando la relación es esporádica en fin de semana, esta se produce en un clima festivo, en su tiempo, donde se rompen convenciones sociales y se deja vía libre a los sentidos con el control de la parte consciente atenuada por alcohol y otras drogas.
- En segunda lugar, los jóvenes no toman precauciones por falta de pensamiento abstracto. No están habituados a calibrar consecuencias. Viven el momento.
- Finalmente, los jóvenes viven en la falsa seguridad de que ellos son diferentes, que nada les puede pasar. Las cosas siempre ocurren a otros, a mí nada.

Y el **ocio**. Entendemos *ocio* como una parte del tiempo libre en la que "libremente" buscamos satisfacción por sí misma, más allá de cualquier otro interés social, intelectual... La sociedad ha dejado de percibir el ocio como ociosidad fuente de todos los vicios, a un derecho de todo aquel que trabaja; es más, se trabaja para luego poder disfrutar. El trabajo es alienante y está en función de poder luego conseguir ocio.

- 1) *Ocio como lugar de identificación personal*: El ocio es el lugar donde el joven es el mismo, es el lugar donde se aleja de lo que le oprime y angustia: el trabajo, el estudio, etc. Es en el ocio donde el joven es verdaderamente libre.
- 2) *Ocio no ocioso*: el ocio del joven no se opone al trabajo, pues estos no trabajan. De ahí que el ocio del joven no esté limitado a un tiempo concreto: puede ser en cualquier momento, lo que conlleva que no sea un ocio planificado.
- 3) *Descentralización del ocio local*: el joven, gracias al uso de los avances tecnológicos, ya tiende más a ocio fuera de su ámbito, que al ocio local: grandes fiestas organizadas en ciudades.
- 4) *Localización del ocio*: el tiempo libre se distribuye en tiempo en casa y fuera de casa. El tiempo libre dentro de casa no es percibido como ocio y se suele realizar en los días laborales. En casa se "gasta" el tiempo libre en ver la tele, jugar al ordenador, pero no es ocio propiamente dicho para el joven. El verdadero ocio es el relacional, el que se disfruta fuera de casa. Este ocio se traslada al viernes y fin de semana. Esto ha provocado el acondicionamiento del espacio urbano creando zonas específicas para el disfrute del ocio juvenil.
- 5) *El homo videns*: La sociedad de la información en la que vive el joven hace que sus preferencias de ocio sean pasivas más que activas. Se advierten dos descensos acusados y significativos en las preferencias de ocio de los jóvenes:
 - Hacer deporte: prefieren ver deporte a hacer deporte
 - Leer: Se prefiere ver la serie televisiva de un libro que leer la saga

Los valores de los jóvenes

Son muchas las corrientes de pensamiento que durante todo el siglo XX han impactado en nuestra sociedad, unas contradicen a otras o las corrigen en parte. Esto

ha provocado la fractura del pensamiento único hasta tal punto que el relativismo, el escepticismo y la indiferencia se han instalado en el subconsciente colectivo de nuestra sociedad. Este hecho unido a la multitud de creencias y culturas que el mundo globalizado pone en contacto, ha conducido a la sociedad a rompen con una dinámica en la que una línea de valores definidos y aceptados por la mayoría era transmitida de generación en generación.

Hoy en día la juventud cuestiona los valores tradicionales. Esto es visto por la mayoría de los adultos como una crisis de valores. Pero los jóvenes sí tienen arraigados una serie de valores:

La sacrosanta libertad y autonomía

El joven pone por encima de todo su deseo de ser libre, entendiendo libertad como "ser sujeto y no objeto, ser movido por razones y por propósitos conscientes, que son míos" (Isaiah Berlin) Podemos sintetizar en tres factores las causas de la relevancia que los jóvenes dan a su libertad:

- 1) *Maduración psicológica*: la madurez que la persona alcanza en la época de la adolescencia - juventud va configurando su Identidad y lo va capacitando para autoposeer su proyecto vital.
- 2) *Valores no - materialistas*: SI hace cincuenta años los valores vigentes eran materialistas: conseguir un buen trabajo, tener un salario justo... ahora, con la sociedad del bienestar, están vigentes los no - materialistas: libre expresión, libertad, autonomía...
- 3) *Autonomía*: La crisis de la legitimidad de otras Instancias para establecer marcos normativos para el joven provoca que sean ellos mismos los que deciden cómo quieren ser.

La rebeldía y el descontento

Los jóvenes de hoy, Igual que los del pasado, se declaran rebeldes; sin embargo, a diferencia de aquellos, sus protestas con conllevan un sacrificio por ir contra corriente. Los jóvenes de hoy son rebeldes con el sistema, pero están perfectamente Integrados en el sistema. Las causas son las siguientes:

- 1) La rebeldía juvenil ha pasado del plano ético al estético: ser rebelde coincide con el paradigma cultural: ser joven.
- 2) La rebeldía juvenil ya no se enfrenta a una sociedad para cambiarla; el joven se aparta de la sociedad a la que considera un estorbo, opresora, algo inútil. El joven prefiere vivir la rebeldía en un hedonismo individualista.

Proxemia y pragmatismo

La sociedad actual capitaliza a los seres humanos, los despersonaliza. Esto provoca que los más jóvenes tengan debilitados los vínculos con grupos sociales y esto los aísla. Ellos prefieren crear lazos con grupos muy reducidos: amigos, pandilla, algunos, la familia, pero no más. Las características generales de este alejamiento de la sociedad son las siguientes:

- 1) *Desconfianza en los demás*: se arraiga en los jóvenes la idea de que nada ni nadie merece plenamente su confianza.
- 2) *Abandono institucional*: Al desconfiar de los demás, desconfían en las instituciones que son órganos más allá de su reducido grupo de influencias. La desconfianza en las instituciones provoca que no tomen parte en ellas.
- 3) *Abandono de los ideales y acción colectiva*. Al desconfiar de los demás y de las instituciones, se desconfía de las utopías colectivas.
- 4) *Glocalismo*: El joven valora más las comunidades pequeñas como su localidad o su barrio. Espacios como España, Europa, etc. les son ajenos. Este fenómeno provoca que todo el interés del joven se centre en la conservación de su grupo. Es un comportamiento neotribal.

La amistad salvadora

Una sociedad *fluida* como la nuestra, en la que todo es inestable, no existen valores sólidos ni orientaciones claras desde las cuales el joven pueda construir su identidad. Por ello es en esta época donde la amistad cobra un valor más profundo.

Es en el grupo de amigos donde el joven consigue dos objetivos:

- 1) Satisface su necesidad de reciprocidad: utiliza a los amigos con valor instrumental, para recibir afecto en una sociedad cada vez más hostil y despersonalizada para él.
- 2) Forja su identidad con rasgos que lo asocian al grupo de amigos y a la vez lo diferencian de lo social. Incluso, en la relación recíproca, buscará aspectos propios que lo diferencien del resto de amigos.

Solidaridad y ecologismo: ¿valores emergentes?

La fragmentación absoluta de la sociedad, la caída de las grandes ideologías y el pragmatismo vigente parece hacer esperar que los jóvenes se unan para defender sus propuestas. Actualmente lo vemos en acontecimientos como el 15M, el 25S y en el pasado en la rebelión juvenil contra la guerra de Irak. ¿Ofrecen estos hechos esperanzas para una nueva juventud socializada?

Si atendemos a los datos de participación de jóvenes en actividades que exigen estar en grupos como voluntariados, ONG, etc. nos damos cuenta que no crece, al contrario, cada vez son menos los jóvenes que participan en este tipo de grupos. El compromiso por un tiempo determinado es algo que cuesta mucho a los jóvenes.

Sin embargo, la extensión del *individualismo virtual*, provoca la sensación de que los jóvenes están cada vez más unidos gracias a los medios de comunicación: chats, redes sociales, etc. Sin embargo, el compromiso con algo convocado desde estas redes sociales les lleva a participar una sola vez, pero son muy pocos los que se asocian en un movimiento que vaya más allá del individualismo o, como mucho, la tendencia tribal al grupo.

Lo nuestro es descubrir y proponer

Ante este panorama al que me he acercado de forma somera, cabe hacer un segundo paso: Describir lo que pasa en la realidad en nuestra pastoral juvenil y vocacional y ofrecer algunas propuestas. Os los resumiría en diez puntos:

- 1) DESCUBRIMOS en muchos jóvenes hoy una profunda y rica vida interior, pese las que, desde nuestras categorías culturales, la despreciamos y la anulamos, queriendo, de forma muy subliminal, poner la nuestra. Esta vida interior se manifiesta en muchos de ellos fundida en el mundo de la música, el arte, el cine, la pintura, la poesía. Hay muchos jóvenes que acuden a conciertos, festivales y encuentros de diversa índole. Más de los que nos creemos. Justo acaba de abrirse en Madrid la *Casa del Lector* y crecen las experiencias de grupos de jóvenes entorno a alguna de las ramas del arte. Esto delata en ellos que hay algo más que una simple superficialidad. Al acercarnos para escucharlos de forma atenta y positiva, apreciamos en su interior vibraciones espirituales que tocan la trascendencia. Es el momento de PROPONER caminos que ayuden a enriquecer su interior. Algo que vaya más allá de una alternativa. Nuestras propuestas no deberían de ir por el camino de una alternativa frente a algo que consideramos negativo. Tendríamos que proponer como enriquecimiento y encontrarnos con ellos en un "carrefour" en el que ellos se encuentran
- 2) DESCUBRIMOS en ellos un lenguaje distinto al nuestro, un lenguaje nuevo. El joven hoy ha nacido en un ámbito lingüístico que tiene en la imagen y en el ciberespacio y las redes sociales sus códigos específicos. La palabra para ellos ha adquirido dimensiones más extensas que para nosotros. Es el lenguaje de la red ante el cual hasta la misma Real Academia se encuentra si dar respuesta. Es un lenguaje más universal un lenguaje que se va homogeneizando en las redes sociales, en la moda, en la música y en sus escenarios. Un lenguaje que va más allá de fronteras, países y continentes. Un joven de Berlín pueden entenderse en algunos códigos con un joven de Algeciras o un joven del Píreo. Hay que PROPONER la Buena Noticia con un lenguaje nuevo, en un terreno distinto. No se trata de una operación de marketing, aunque tal vez debamos acudir a sus técnicas en algunas ocasiones, tan obsoletos como estamos en la *Galaxia Gutemberg* y tan alejados de la *Mac Luham*. Hay que saber acercarse desde sus categorías semánticas. No sé hasta qué punto nuestros jóvenes entienden nuestro lenguaje tan eclesiástico. El lenguaje es comunicación, pero a veces se convierte en obstáculo para la comunicación.
- 3) DESCUBRIMOS cierto *enrocamiento* de los jóvenes en las relaciones con los demás. Los núcleos de socialización han ido perdiendo fuerza. Los clásicos y tradicionales

van perdiendo significación: Familia, escuela y parroquia. La familia vive un proceso de desintegración. Cada vez son más las familias desestructuradas o simplemente distintas. Se vive cierto aislamiento familiar. La escuela esta falta de fomentar el trabajo en equipo en muchas ocasiones, el juego es cada vez más personal y autista, la pandilla se ha reducido y a veces los amigos son pocos y sus encuentros son en el silencio de la red o de la música. Amigos cibernéticos. La parroquia en muchos lugares no se entiende. Faltan espacios en los que los jóvenes puedan vivir las relaciones con los otros. Difícilmente podrán encontrarse con el Tú trascendente si no han aprendido a relacionarse con los distintos niveles del "tú" más cercano. Desde ahí PROPONEMOS la excelencia de la vida en común, el sentido de la fraternidad, de la comunión de vida, de dones y de bienes. La excelencia de una vida comunitaria que ayude a enriquecerse mutuamente, vivida como valor y no como imposición reglada. La vida comunitaria como taller en la práctica, enriqueciéndose con el trabajo de equipo y como estado que recupere la excelencia evangélica de la vida en común.

- 4) DESCUBRIMOS en los jóvenes un sentido del tiempo chato, pobre y miope que ha venido propiciado por una cultura rápida, lo que llaman la cultura líquida, que la que ha primado el *fast*. Hoy todo es rápido: comida, ropa, mensajes, sexo...Es como si al joven le dieran un cupo de tiempo y tuviera que consumirlo con rapidez, *Carpe Diem*. Aumenta la superficialidad en las relaciones, el tiempo y las compromisos. El "para siempre" ya no es categoría que se tenga en cuenta. Se busca placer y logro inmediato. No se saborean las cosas porque no hay tiempo. Nunca hemos visto a tantos niños y jóvenes tan ocupados y atareados. Nos cuesta trabajo organizar cosas con ellos. Desde ahí PROPONEMOS un sentido del tiempo más amplio y profundo. Hemos de hacer primar el *kairós* sobre el *cronos* y ayudarlo a ir apreciando los tiempos de luz larga, de objetivos de largo alcance, la paciencia de Dios, la serenidad de la creación, la grandeza de la pausa, los ritmos armónicos de las relaciones humanas. Ayudarles a saborear el tiempo de la belleza, el tiempo de la escucha, el tiempo de Dios. Vivimos en un hoy permanente.
- 5) Descubrimos hoy cómo pese al ocaso de las ideologías, muchos jóvenes marchan tras las marcas ideológicas; o las ideologías intentan alimentarse y sobrevivir acudiendo a ellos. Sus juicios suelen estar marcados por olas ideológicas. No se preocupan de conocer otras cosas, otras visiones, suelen pensar en estereotipos y solo viven pendientes del mundo cercano y de la ideología que los ha ido conformando. Atentos a sus ideologías se convierten en soldados de un ejército al servicio de una ideología concreta y se van volviendo masa (*Masa y poder* de Canetti) En la Iglesia se está cayendo también en la trampa de la ideologización, auspiciada desde arriba y con marcado acento en algunos nuevos movimientos . Frente a esta ideologización PROPONEMOS el encuentro personal con Jesucristo. La fe cristiana no es una ideología más, pese a que desde ella se pueda construir un sistema de pensamiento abierto. Hay que hacer que todo nazca de la adhesión personal y del encuentro con Jesucristo. De ahí surge el seguimiento. En Galilea no se predicó una ideología. Eso fue siglos más tarde. Allí se generó una dinámica de seguimiento de una persona que proponía un camino nuevo. Hay que hacer que nuestros jóvenes se encuentren con Jesús antes que con las doctrinas ideologizantes de la historia.
- 6) DESCUBRIMOS cuando nos acercamos a los jóvenes una vena solidaria y de empatía con los graves problemas de los más pobres. A veces está oculta y no tienen quiénes se la muestren. Hay en ellos, pese a que en los recientes estudios no aparece mucho,

una rebelión contra un mundo que hace más ricos a los ricos y más pobres a los pobres. Sienten auténtica rebelión ante la injusticia y las causas solidarias despiertan en ellos Interés. Con motivo de puntales desastres se ponen las pilas. PROPONEMOS desde aquí un acercamiento a ellos con los carismas peculiares de cada una de las congregaciones de la vida religiosa. En ellas encontrarán el camino para realizarse y poder acercarse a los más pobres en su agenda diaria y cotidiana y no solo en las grandes catástrofes.

- 7) DESCUBRIMOS en los jóvenes un sentido del tiempo libre más amplio. El fin de semana cada vez empieza más pronto. PROPONEMOS dar un sentido al Ocio y Tiempo libre y descubrir espacios y tempos para la entrega, la generosidad y la creatividad que los enriquezca.
- 8) DESCUBRIMOS En muchos un deseo de no atarse a normas ni condenas. PROPONEMOS un evangelio que no condene, en una Iglesia hogar y comunión.
- 9) DESCUBRIMOS muchas vidas rotas y desestructuradas, que necesitan y buscan una luz. Hemos engordado a muchos jóvenes y ahora los escupimos a la cuneta. PROPONEMOS una vida llena de sentido total que abarque todo el ser.
- 10) DESCUBRIMOS una juventud ante la crisis, molesta, con rebeldía, con ganas de cambiar las cosas, como hemos visto en los últimos movimientos contestatarios.... PROPONEMOS un rearme ético. Que los jóvenes sepan buscar en la ética un hilo de Ariadna que nos saque del laberinto.

Experiencias saludables y de plenitud

Francisco Álvarez¹⁷

En los temas precedentes se ha hecho la siembra. Toca ahora recoger algunos frutos. Lo haré de forma selectiva, necesariamente incompleta. Para ello, explicitemos en primer lugar dos premisas o presupuestos, ya presentes en embrión a lo largo del texto.

El hombre es radicalmente tensión. Como diría Pascal, está tendido entre la nada y el infinito. En boca de S. Agustín, ha sido hecho para Dios, y su corazón no descansará hasta que no despierte definitivamente en Dios. Es como una saeta lanzada hacia el centro del universo. Cuanto más se acerca a ese centro -donde encuentra lo mejor de sí, donde se halla con Dios- más se aviva su tensión. Su corazón sabe de aspiraciones sin límite, y de límites que se le imponen o que él mismo se busca. Está abocado a la muerte, es experto en incertidumbres, fracasos y sufrimientos. Nacido para volar, puede conformarse con ser ave de corral. Insaciable en sus aspiraciones, puede engañarse a sí mismo con migajas y sucedáneos de vida. Siendo proyecto siempre inacabado, puede cerrar temprano el libro de la vida. Puede sofocar y adormecer esa tensión salvadora. Y pensar que es capaz de salvarse a sí mismo.

Este modo de ser no está, de suyo, encadenado a la biología y al instinto. No se sitúa prevalentemente en las ondas cortas del tener: bien sean años, talentos, salud física o bienes materiales. Va de la mano de la biografía de la persona, guiado por su capacidad de amar y de ser libre, de volar y encontrar un sentido a su vida. Por eso cuesta menos hacer un cuerpo que construir una persona; se necesitan más años para ser libre que para renovar las propias células; es más laborioso crecer interiormente que alimentar el cuerpo, cultivar el espíritu que adquirir noticias, aprender a vivir que vivir. La tarea, pues, de ser persona y de serlo cumplida y saludablemente no termina hasta la muerte. Es más, hay un momento propicio para el coronamiento de esta tarea: la ancianidad.

Y vayamos al segundo presupuesto. Lo que da contenido y dirección a la vida humana es su sentido de totalidad. Cada uno de nosotros es uno, único, original e irrepetible. También indivisible. Ahí brota, como en la fuente, nuestra profunda

¹⁷ Material elaborado por el religioso camilo Francisco Álvarez, publicado por los cuadernos Frontera-Hegian con el título *Salud y ancianidad en la vida religiosa, ¿ocaso o plenitud?*

soledad. Nada hay equiparable al hombre en la creación. Somos parte de la naturaleza, pero emergemos sobre ella. Somos parte de la humanidad, pero nadie es intercambiable por nadie. Nadie puede sustituirnos en nuestras decisiones vitales, por ejemplo, la de envejecer o morir. Nadie puede hacerlo en mi lugar.

Este protagonismo personal puede y debe ser compartido en corresponsabilidad y comunión, pero esto no elimina nuestro carácter singular. Cada uno es, pues, el sujeto activo y pasivo de su vida, de su suerte y de su destino. En todas las etapas de la vida. Crecer, madurar, hacerse a sí mismo, gozosa y dolorosamente, significa reconocerse a sí mismo en todas las etapas de la vida, mantener durante la misma la propia identidad, considerar propias todas las páginas del calendario, asumir el pasado, esperar en el futuro.

Pues bien, este sentido de totalidad tiene una especial acentuación en la vida consagrada. Como ya he dicho, el consagrado hace entrega total y definitiva de sí mismo; del árbol, no sólo de sus frutos. Todo su ser, su humanidad y su historia están puestas a servicio del Reino y caminan en su dirección. No fragmenta su vida ni la vive a plazos sueltos, aunque realiza su crecimiento en lo cotidiano.

Vivir así, además de ser obra de la gracia, requiere un ejercicio diario de integración. Es preciso encontrar un centro unificador, en el que todo converge y de donde brotan el quehacer y el sentir. Ejercicio costoso. Pero es la única forma de evitar la dispersión, el estado de incoherencia, y la pérdida de horizontes y de sentido. Pasa, pues, necesariamente por la aceptación de los límites y de las heridas, por la confesión humilde de la propia insuficiencia y de la imposibilidad de salvarse a sí mismos.

Al mismo tiempo, es la experiencia de que no somos un proyecto absurdo e imposible, incapaces de plenitud. Vivir integrando quiere decir llegar a ser íntegros, enteros, culminar la propia existencia con la saludable sensación de haber llegado a la ancianidad intactos en lo esencial, o de vivirla como un tiempo propicio para conseguirlo.

La integración, finalmente, es expresión de salud cumplida. La ancianidad, con sus disminuciones físicas, psicológicas y mentales, nos ayuda a recordar que la salud integral no se da en ninguna etapa de la vida. En todas ellas, sean cuales fueren los diagnósticos, la experiencia de la salud será siempre una experiencia de integración; por consiguiente, de armonía y tensión, de autonomía y comunión, de límite y posibilidad, de fragilidad y fortaleza, de dar y recibir, de indigencia y plenitud, de vida y de muerte.

1. Ancianidad y plenitud de sentido

Como ha puesto frecuentemente de relieve Viktor Frankl, fundador de la logoterapia y superviviente de los campos de concentración nazi, toda persona busca un sentido en su vida. No importa el credo o la ideología. Es una exigencia de la condición humana. Ésta, según él, no puede reducirse a un anhelo de poder (Adler) o a un anhelo de placer (Freud). ¿Bastan los sentidos o significados parciales? Según los postulados de la postmodernidad parecería que no es posible otra alternativa. Sin embargo, en el fondo de todo hombre, anida una exigencia de sentido total, que, como afirma P. Ricoeur, dé orientación, dirección, objetivos valiosos y cumplimiento a su existencia.

Puesto que nos movemos en clave de salud -entendida como hemos expuesto- es preciso destacar de entrada el valor terapéutico y saludable del sentido. Así, no tiene el mismo sabor sufrir amando y sufrir odiando, algo más que un hilo tenue separa al ciclista que llega dolorido pero victorioso a la meta del que, derrotado, ha de bajarse en el camino. Sufrimos de un modo humanamente más dramático cuando no encontramos una respuesta satisfactoria al porqué del sufrimiento, dice Juan Pablo II en la *“Salvifici Doloris”*. Y, de hecho, sólo quien encuentra valores y recursos alternativos puede convivir sanamente con su enfermedad crónica o con las pérdidas de la ancianidad.

Más aún, para quienes se instalan en el absurdo y en el sinsentido la misma vida puede asemejarse a una enfermedad insoportable, que reclama los atajos de evasiones anestésicas o del suicidio. Este dato de experiencia está suficientemente demostrado por estudios hechos sobre personas que han intentado poner fin a su vida; la mayor parte de ellas alegaba como causa principal el hecho de no haberle encontrado sentido alguno.

Centrando más específicamente nuestra atención en el tema que nos ocupa, tratamos ahora de responder a dos cuestiones importantes: Dónde radica el sentido de la vida consagrada y hasta qué punto la ancianidad es el tiempo propicio para su último coronamiento.

En cualquier forma de vida es imprescindible que la persona encuentre un objetivo, que esté dentro de ella -interiorizado, asumido- y que, al mismo tiempo, la supere. Un objetivo, pues, que alimenta la tensión y nos lleva a autotranscendemos. Está dentro porque lo hacemos nuestro y llega a ser carne de nuestra carne. Pero, también fuera, porque nos impulsa a salir, a descentramos, a encamarlo en valores, ideales y personas, que dicen necesariamente relación. De lo contrario la vida sería ensimismamiento, reclusión paralizante. De ahí que la autorrealización y la felicidad, que legítimamente anhelamos, serán siempre consecuencia de un modo de vivir. Cuando son buscadas por sí mismas resultan inalcanzables, defraudan.

La vida consagrada es fundamentalmente el relato de un encuentro y de un descentramiento. El consagrado, como todo convertido, es quien ha encontrado un

tesoro, el Sumo Bien, Aquel que totaliza y plenifica su existencia, el Señor de su vida. Movido por la gracia, experimentada como vocación que atrae y transforma, el encuentro se convierte en intimidad y seguimiento, en soledad y comunión, en objetivo y misión, en salida y en servicio. Ahí, no en otro lugar, están su felicidad y su autorrealización como persona.

La ancianidad se nos ofrece, muy a menudo, como oportunidad para el último y concreto cumplimiento del sentido. Es tiempo de nuevas posibilidades y, por qué no decirlo, de un cierto apremio. Del último balance. No es de extrañar que el anciano consagrado se sienta urgido a preguntarse hasta qué punto ha habido una adecuación entre lo escogido (idealmente) y lo vivido (prácticamente); que experimente la necesidad de llevar a término el objetivo primordial de su vida. Se preguntará si el “*unicum necessarium*” lo ha sido también para él, si puede hacer suya la confesión de que “sólo Dios basta”, si ha asumido con todas las consecuencias al Dios que nunca dice basta. Ejerciendo una nueva soberanía sobre el tiempo podrá dedicarse con empeño -y probablemente con más sosiego- al encuentro con la verdad de su vida.

En esta recapitulación de su existencia sería muy saludable que pudiera exclamar con el poeta: “Confieso que he vivido”, aplicarse la confesión de Pablo: “He mantenido la fe” y “sé de quién me he fiado”, y decirse a sí mismo: “He decidido, he amado”.

Pero el balance no es punto final, tampoco un ejercicio de autocomplacencia ni, menos aún, una especie de ceremonia de autofustigación en la que se acrecientan la nostalgia y la sensación de fracaso y de culpabilidad. Es, en cambio, la oportunidad para que florezcan nuevos valores, nuevas experiencias saludables y, posiblemente, objetivos renovados. Por ejemplo releer definitivamente la propia historia en clave de salvación. No hay realismo mejor que éste. A su luz relativiza el pasado, acepta serenamente la entera biografía con sus luces y sombras, aprende a despedirse reconciliado y esperanzado de este mundo; y, lo que es más importante, toma la suprema decisión de abandonarse confiado en los brazos misericordiosos de Dios.

Nos encontramos aquí de lleno en la tarea del coronamiento. Requiere más sosiego que movimiento, más centramiento que actividades. Su ámbito es la soledad acompañada, la comunión que alimenta la interiorización. No olvidemos que, en el fondo, lo que está en juego es la última disposición de sí mismo. El trecho final de la existencia pone a prueba la libertad, en múltiples direcciones, en lo pequeño y en lo grande; por ejemplo en la aceptación o en rechazo de la dependencia de los demás, de la necesidad de servicios y atenciones nuevas; en la acogida de lo inevitable, como la muerte. Dicho en positivo, la gran tarea de la libertad consiste, en definitiva, en acogerse a sí mismo, en decidir el sentido final de la vida, y entregarla confiadamente.

Quien acuñó la expresión “morir sanamente” nos dio una clave para entender la última paradoja de la existencia cristiana: para que la muerte sea una experiencia

salvífica es preciso que el creyente, a imitación de Cristo, haga de ella el último acto libre de desposesión, es decir, la oferta definitiva de su vida. Es normal que nos resistamos a calificar de sana o saludable dicha experiencia. Lo que realmente importa es que en ella se cumple el objetivo de toda una vida: alcanzar la plenitud. En ella, asimismo, se confirma el secreto de una sana existencia cristiana: que la adhesión a Cristo sea para el consagrado motivo y cauce para su pleno desarrollo como persona, no freno ni límite, sino estímulo y horizonte.

Quien sea consciente de haber entregado todo a Dios y a su congregación, o bien esté abierto a la gracia de conseguirlo, habrá cumplido el objetivo que da sentido a toda vida consagrada. De camino prestará a los demás el gran servicio de ser memoria del valor persuasivo y terapéutico de lo esencial. Un servicio muy necesario, para una vida consagrada tentada por la acumulación y expuesta a la pérdida de horizontes, lastrada por la cultura del hedonismo e insegura de sí misma dentro del pluralismo^A actual. En la ancianidad hay que soltar lastres, despojarse de seguridades, reducir el ajuar, despedirse de muchas cosas y personas, volver a la situación primera de desnudez. Si no se ha hecho antes, es el tiempo para retomar a la búsqueda de lo esencial, a las certezas fundamentales, al Evangelio sin rebajas. Como un conocido escritor al visitar por primera vez unos grandes almacenes, nos dirá, posiblemente sorprendido: “¡Cuántas cosas hay aquí que yo no necesito!”

2. Valor plenificante de la memoria (sanada)

¡Dichoso el anciano que sabe recordar: lleva consigo toda su historia sin sentir su peso! Sin embargo, entre el baúl de los recuerdos y el alba del día siguiente puede haber un sufrimiento indecible. Es la doble cara de la memoria: Recordar para ser, recordar para aprisionarse en lo que se fue.

A menudo me pregunto por qué jóvenes y adultos solemos considerar peyorativamente la necesidad que siente el anciano de recordar. Recordar es una necesidad existencial. Es como la cuerda de la vida, que no es precisamente automática; es preciso activarla.

Es como el hilo conductor de la propia historia: se deja de ser cuando se deja de recordar.

Como todas las facultades y recursos humanos, es evidente que también la memoria está atravesada por la ambigüedad, o, en el mejor de los casos, por la ambivalencia. Es muy posible que necesite también ser sana- da. Está enferma cuando instala en el pasado y fija en él su morada de... muerte y anquilosamiento; cuando en vez de alimentar la esperanza, se convierte en refugio de la añoranza, en instrumento para la regresión infantil a un pasado, en el que se busca el sosiego y el descanso del útero materno. Entonces soslaya el presente y no lo enriquece. Tampoco lo enriquece si se

deja acaparar por la maraña de la culpabilidad, como si quien recuerda estuviera atenazado de por vida por un segundo pecado original que nada ni nadie borra.

Tal vez sean casos extremos.

Lo cierto es que la memoria forma parte de los dones y de la pedagogía de Dios. Junto con el regalo de la vida y el mandato de vivir nos ha invitado con frecuencia a recordar. ¡Recuerda! La fe cristiana es inconcebible e impracticable sin el ejercicio de la memoria, una especie de gimnasia espiritual que nos lleva a mirar en todas las direcciones. En el tiempo de la vida pasado, presente y futuro son mucho más que cronología marcada por la sucesión de acontecimientos. El tiempo vivenciado es, a la vez, memoria, expectación y atención al presente. Somos cosecha y siembra. Vivimos, aquí y ahora, de lo que fuimos y de lo que seremos. Quien espera tiende a facilitar el cumplimiento de lo esperado, y su futuro será una buena prueba de que su pasado todavía está vivo. Y quien mira al pasado agradecidamente, a pesar de todos los pesares, siempre será capaz de encontrar en el presente algún fruto del que vivir y alguna razón por la que seguir viviendo.

Recordar en la ancianidad, además de necesario, es saludable para todos. Ante todo para el anciano. Se trata de un recurso -no lo olvidemos- de y para la plenitud. Necesita recordar para reinterpretar su historia a la luz de una situación existencial, que es nueva, que lo introduce en un mundo desconocido, y que requiere y ofrece nuevas claves. Los que un día fueron fracasos, hoy tal vez se vean como oportunidades de gracia que despertaron el realismo y la confianza en Dios. Los fervores juveniles, hoy desaparecidos o atemperados, serán agradecidos como motor de fidelidad mantenida.

Necesita reinterpretar para asimilar. ¿Quién no encuentra en su historia pasada algún que otro “pecado” de juventud, alguna herida que reclama todavía curación, alguna experiencia aún mal digerida, algún acontecimiento cuyo recuerdo nos esforzamos en anestesiar? En el viaje de la vida, especialmente cuando se llega a su último trecho, es preferible andar ligeros de equipaje. Y asimilar quiere decir esto justamente: metabolizar, psicológica y espiritualmente, todo el acervo de vicisitudes y experiencias que nos han hecho y desgastado, que nos han enriquecido y empobrecido.

Quien recuerda así, se ubica mejor en el momento presente, pero sobre todo lo enriquece. Tal vez la mejor manera de conseguirlo consista en urgirle agradecimiento a la memoria. El agradecimiento constituye, a mi modo de ver, la mejor prueba de haber recorrido fiel y acertadamente las dos únicas vías de acceso a Dios: la vía de la indigencia y la vía de la plenitud. El agradecido lo es porque se ha sentido y se siente pobre, necesitado. Desde esa convicción ha aprendido a perdonarse a sí mismo como Dios perdona, encuentra una cadena ininterrumpida de motivos para vivir en alabanza, y descubre definitivamente a Aquel con cuyo aliento respira, en quien vive, se mueve y existe. Se siente pequenez amada y colmada. Dios le ha dado más de lo que cabía esperar. Por un camino en el que no han faltado

sufrimientos, errores e infidelidades, ha experimentado que su última posibilidad es la que viene de fuera, la desembocadura final no es obra del río de su vida, es regalo de Dios.

Porque agradece espera. Y a la inversa. Recuerda, pues, para tomar carrerilla y encaminarse al futuro. Ante la expectativa de la muerte puede sentir curiosidad o miedo, aceptación resignada o entrega confiada. Pero, si ha sabido hacer memoria, descubrirá que quien lo salva no es sólo el Dios del final -la última playa-, sino también el Dios fiel, el de su historia, que lo ha amado y salvado a lo largo de toda su vida.

En la vida consagrada, en la Iglesia y en la sociedad es hoy especialmente urgente la tarea de la memoria. Parece exagerado decir que cuando un anciano se muere es como si desapareciera un libro de nuestra biblioteca. Pero lo es más todavía la pretensión de alejarlos de nuestra conciencia individual y colectiva.

En nuestras comunidades el anciano es, por su misma presencia, sin necesidad de demasiadas palabras, testigo de la historia, factor de continuidad carismática y generacional, transmisor de un memorial. Aunque no hubiera otras razones, un sano y elemental sentido del realismo debería de ponernos en guardia contra las reservas con que cubrimos la función recordatoria de los ancianos. Ellos son más que testigos de lo que “hoy ya no sirve”, más que representantes de tiempos superados, mucho más que repetidores de historias escuchadas una y mil veces.

La suya es una función simbólica. Y lo propio del símbolo es unir, congregar, y, por extensión, reunir lo disperso, recuperar lo indebidamente perdido, tender puentes. ¿Cómo será posible experimentar que somos familia congregada si en ella no tuvieran parte nuestros ancianos? ¿Cómo no dejarse interpelar por ellos cuando andamos quizás dispersos en el activismo? En la caducidad de sus vidas habríamos de saber leer la provisionalidad de nuestros logros, y en su historia una parte por lo menos de la nuestra: la historia de la fidelidad de Dios, de la continuidad del carisma.

Ellos son, pues, relato viviente que necesita de alguien que escuche. Sabemos que la escucha no reclama sólo oído; es una actitud que implica a la persona entera. Supone, ante todo, una consideración positiva del otro. En nuestro caso tal vez exija un cambio de mentalidad con respecto a la ancianidad, la adquisición de una sensibilidad renovada. Requiere también aceptación incondicional, empatía. No es fácil ponerse en su lugar, recorrer un trecho de camino con sus límites y con nuestros prejuicios. Pero corremos el riesgo de perder una de las grandes oportunidades que el Señor nos concede no sólo para ser humanos, sino también para compartir (esto es la vida consagrada) una misma historia de salvación.

3. Cuando la experiencia corona la vida

En otros tiempos, más indulgentes para con los ancianos, se le reconocía valor a la experiencia, y por eso se lamentaba que llegara tan tarde. Hoy, en cambio, instalados como estamos en la cultura de la provisionalidad, del usa y tira, se valoran las experiencias, es decir, en plural, no en singular. Y cuanto más fuertes, mejor. Hay que vivir de sensaciones, nunca más allá de los sentimientos. Se argumenta que los cambios se producen tan rápidamente que lo aprendido se vuelve viejo en seguida. Quizás se distingue poco entre el arte de hacer y el de vivir, entre el “*homo faber*” y el “*homo sapiens*”.

Sin embargo, sigue teniendo razón el Eclesiástico cuando afirma que “la experiencia es la corona de los ancianos” (25, 6). En los dos versículos anteriores los elogia diciendo: “¡Qué bien sienta a las canas el juicio y a los ancianos el saber aconsejar! ¡Qué bien sienta a los ancianos la sabiduría, el consejo ponderado a los hombres venerables!”.

Me refiero a la experiencia en singular; a ese poso que va dejando la vida, a lo que queda después de haber vivido, sufrido, gozado y amado; al remanente de aciertos y fracasos, de regalos inesperados y de conquistas laboriosas, del contraste y el escarmiento, de la búsqueda y del encuentro. Algo así como la madre del vino. La vida se ha ido vaciando, se han consumido energías y fuerzas, el organismo se ha debilitado, pero se han acumulado datos, recursos, destrezas, habilidades e incluso trucos. Los ancianos me recuerdan, en este sentido, al futbolista de 35 años: corre menos que el de 20, pero llega antes al balón porque da menos vueltas.

Este atributo del anciano tiene mucho que ver con tres valores íntimamente relacionados con nuestro camino hacia la plenitud. Veámoslos brevemente.

*** Sabiduría: Ser plenamente lo que se es.**

Para no perderse en la maraña de las múltiples acepciones que este concepto ha ido adquiriendo con el tiempo, es preferible fijar la atención en su etimología. Originariamente significa saborear. El sabio le encuentra gusto a la vida, a las cosas, a la verdad, aunque ésta última, por lo menos a veces, sea amarga. La sabiduría comporta, pues, una cierta adecuación entre la persona y la realidad; ante todo, la realidad de su vida. De ahí que la mayor sabiduría del anciano es la que refiere a su propia ancianidad.

Nadie la conoce mejor que él. Pero antes que cátedra desde la que aconseja es asignatura en la que aprende a sacarle jugo y partida a esa nueva etapa de la vida. Unos ponen el acento en las pérdidas; otros, sin ocultarlas, prefieren saborear las ganancias; unos creen experimentar sólo declive, otros descubren posibilidades para un nuevo crecimiento. El anciano sabio es aquél que, ante todo, se reconcilia con su

edad, no repara demasiado en sus arrugas, no se siente obligado a pedir perdón porque ha olvidado el nombre de su interlocutor, lleva con garbo y con dignidad la inseguridad que le impide prescindir del pasamanos. Pero, sobre todo, descubre la bondad y el valor de su edad, no se conforma con ser anciano, sino que se propone serlo, incluso a tope. De esta actitud surge, casi espontáneamente, un comportamiento inteligente que, además de hacerlo experto en lo suyo, lo acredita, de alguna forma, como maestro de vida.

De hecho, no es difícil encontrar entre los ancianos consagrados personas que se significan por un nuevo sentido de la sinceridad y del realismo. Son juiciosos y ecuanímenes, no temen llamar a las cosas por su nombre, no tienen reparo en utilizar el sentido común, la vida les ha enseñado a ver las cosas desde una perspectiva amplia y larga. A fuerza de contrastes, han adquirido un sentido de la realidad, capaz de distinguir lo importante de lo irrelevante, lo urgente y apremiante de lo que aún puede esperar. Libres de los agobios del trabajo diario, tienen la posibilidad de saborear un nuevo dominio sobre el tiempo, sin dejarse devorar por él, y de descubrir que los objetivos son mucho más importantes que las actividades.

Estamos en el pórtico de la sabiduría cristiana. Ésta no se aprende únicamente en los libros, ni está garantizada por el simple hecho de durar en el tiempo. Forma parte de nuestra configuración con Cristo, de la asimilación de su mente, de sus sentimientos y actitudes. Es, pues, obra del Espíritu. Requiere toda una vida, pero en la ancianidad tiene el sabor de la plenitud. Si Cristo vino para enseñarnos a ser hombres, nada más y nada menos, el anciano encuentra oportunidades antes desconocidas para el realismo y también para el despliegue final de su vocación cristiana.

Las disminuciones propias de la edad y las impuestas por las circunstancias le recuerdan, por otro lado, que la sabiduría es el camino que lleva de la “kenosis” a la Pascua, la sabiduría de la cruz. Esta se convierte en uno de los símbolos más representativos del tramo final de la existencia. Aquí experimenta el anciano las últimas paradojas de la plenitud: decrecer para crecer, desprenderse para ser, no apoyarse en la fuerza de los canos y caballos para encontrar definitivamente su consistencia en Dios, despedirse para encontrarse, “adormentarse” para despertar de veras, descansar sereno en la propia debilidad para que se manifieste la fuerza plenificante de Dios...

**** Serenidad: dejar que las cosas sean.***

En el curso de la vida nuestro protagonismo (o la conciencia de poseerlo) aparece y desaparece como las aguas del Guadiana. Cuesta ceder a otros las riendas, nos mortifica sobre todo la inseguridad con respecto al futuro. Hasta la única certeza, que es la muerte, esconde a nuestros cálculos unos de sus capítulos más sensibles: su momento y sus circunstancias. Extrañamente, nos resulta incluso difícil aceptar que el tiempo sea tiempo, que todas las horas duren sesenta minutos, que muerte y vida

convivan en permanente diálogo e intercambio, que enfermedad y salud penetren la una en la otra sin llamar a la puerta, que el espacio que unos dejan sea ocupado por otros.

La ancianidad es, en este sentido, la gran oportunidad para aprender el sentido de la “fidelidad a las cosas”, a las leyes de la vida. El consagrado no renuncia a remar. En las limitaciones de su autonomía física, en la pérdida de significación social y en el aproximarse inevitable de la muerte, se siente apremiado a buscar el último recodo de su libertad. Se sabe limitado, pero no atrincherado. La realidad se le impone, pero la asume. Vive más de dentro hacia afuera, que de fuera hacia adentro. Su vida interior puede ser sacudida por turbulencias, pero su gran tarea consiste en encontrar paz y sosiego. Es la hora de la calma, por encima de penalidades y sobresaltos. Es la hora del silencio, de la soledad, más allá de los afanes de cada día y de la inseguridad del día siguiente.

En el anciano consagrado, la serenidad se alimenta de paz interior, de armonía largamente buscada y siempre huidiza, incluso de agradecimiento. Vienen a mi memoria numerosas escenas de comunidades de personas mayores y de enfermerías. He admirado rostros felices, personas agradecidas a la vida y a los cuidados de los hermanos. El remate de la obra de la vida se va desgranando a diario, casi desapercibidamente, en una espera activa y pasiva, confiada. La muerte se hace familiar. Muchos la esperan con una sorprendente serenidad. Parecen temer más sus incomodidades que el acontecimiento mismo. “Señor -dicen con el salmista-, mi corazón no es ambicioso ni mis ojos altaneros..., acallo y modero mis deseos como un niño en brazos de su madre”.

*** Esperanza: Cumplimiento y promesa...**

Para llegar a la plenitud en cuanto personas y en cuanto creyentes es preciso haber recorrido el camino largo de la esperanza, sin atajos, incluso cuando la vida es breve. La esperanza es un elemento dinámico y dinamizador de la existencia; no sólo cuando se trata de la virtud teologal, cuyo origen y fundamento es el Dios revelado en Cristo, sino también cuando es vista desde una perspectiva humana. No se puede vivir sin esperar. Culminar la vida en este mundo significa, entre otras cosas, apurar hasta el final la esperanza.

De camino se habrá alimentado no sólo de promesas sino también de cumplimientos. Al igual que la fe, también la esperanza encuentra su rescoldo en la historia. Quien sigue esperando es porque ya ha visto realizado en parte lo que esperaba, y sobre todo porque ha descubierto y experimentado a Aquel que nunca defrauda. Quizás vivió durante largo tiempo al calor de sus fuerzas y de sus proyectos; es posible que muchas de sus expectativas humanas y ministeriales se hayan cumplido, y que confundiera la virtud con la seguridad que brota de otras fuentes. Sin embargo, con el paso de los años, tarde o temprano, todo creyente descubre que la esperanza

necesita de dos certezas básicas: la conciencia de la propia insuficiencia, y la de que sólo Dios puede colmarla.

Nos acompaña en nuestra pobreza, se pone a prueba y se afirma en la adversidad. Es virtud para tiempos difíciles. Y la ancianidad lo es. Hasta la esperanza más elemental como la de levantarse de la cama un día más se va desposeyendo de sus buenas razones de antaño. El anciano se instala en una mayor precariedad. El tiempo apremia, y es hora de ratificar el nimbo. Es hora de valorar más los dones que las propias conquistas.

En la ancianidad la esperanza puede convertirse en un estado del espíritu. No es un resorte desatado por experiencias o situaciones puntuales. Todo es objeto de espera y de esperanza: poder dormir por la noche, recibir la visita prometida, sentir satisfechas las necesidades fisiológicas, no ser una carga excesiva para los demás, verse libre de sufrimientos en el momento final, sentir colmadas las necesidades espirituales. No todo tiene la misma importancia, pero nada debe ser desdeñado. Cuanto más se atienden las pequeñas esperas más se favorece en el anciano su apertura a la Esperanza, y aunque así no fuera hay que evitar que la Esperanza sea, en ancianos defraudados e insuficientemente atendidos, una especie de salida forzosa, de huida hacia adelante, de recurso intimista.

4. Hacia la plenitud de la misión

Resulta por lo menos paradójico que la misión del consagrado culmine precisamente en los años -a menudo largos- de la jubilación ministerial, cuando socialmente está catalogado entre los que ya no hacen, y más que atender ha de ser atendido. Sin embargo, la vida consagrada, la Iglesia y la sociedad necesitan, hoy más que nunca, de estos “jubilados”. Son como una parábola, en la que hemos de seguir leyendo y reinterpretando nuestra propia identidad. Su presencia dentro de la comunidad es hoy una verdadera gracia, porque tiene el inmenso valor de recordarnos algunas verdades quizás un poco devaluadas.

Ante todo, una distinción elemental. No es lo mismo hacer que actuar.

El anciano que ha dejado de trabajar, no por eso deja de ser activo, y, sobre todo, de ser el sujeto de un período de su vida humana y espiritualmente fecundo. El hacer dice relación con los brazos, con las cosas, con “lo otro”. También los animales hacen. El actuar, en cambio, es compatible con la silla de ruedas y con el oxígeno artificial permanente; necesita más corazón y mente que fuerzas físicas; más que a las cosas se refiere a “los otros”. Por eso, saber envejecer, como nos recuerda VFC, significa “prolongar el tiempo 'activo', aprendiendo a descubrir un nuevo modo de construir comunidad y de colaborar en la misión común” (n° 68).

Hay todavía otra verdad elemental, más entendida que asumida. La misión del consagrado no se agota en las actividades que realiza, en los ministerios que presta dentro y fuera de la comunidad. Abarca mucho más. Por decirlo de alguna forma, la misión está en el hacer y en “dejarse hacer”, en el silencio y en la palabra, en la soledad y en la comunión, en la entrega a Dios y en el servicio al prójimo, en la renuncia y en la adhesión, en la aceptación y en el alivio del sufrimiento, en la cruz y en el Tabor, en el testimonio de la propia vida y en los programas bien pensados. El mismo documento antes citado, refiriéndose a los ancianos más “inactivos”, afirma: “Estas personas no sólo no abandonan la misión, sino que están en su mismo corazón y en ella participan de una forma nueva y más eficaz” (VFC, 68).

¿Dónde radica la paradoja aludida? Tal vez en la dificultad, antigua como cada uno de nosotros, de llevar hasta las últimas consecuencias nuestra dimensión espiritual y, por tanto, la “alta tensión” de la que venimos y a la que vamos. La cultura de hoy parece, además, soplar en dirección contraria. Según ella, la perfección está más en lo que el hombre hace que en lo que es y vive. Tremendo error. Trabajo, ministerios, actividades -con ser connaturales al consagrado- no son la única expresión de su ser ni la única fuente de vida.

También desde este punto de vista la ancianidad es tiempo de plenitud, aunque en no pocos casos se experimente por la vía del contraste, e incluso -por qué no- de un cierto saludable escarmiento. Después de haber realizado tantas tareas es posible que descubra con nueva nitidez que la mayor “tarea” era y es (sobre todo ahora) uno mismo. Terminar de hacerse, dejarse hacer, dejar que Dios sea Dios, coronar la conformación de la propia existencia. No hacen falta demasiadas alforjas para ello. Requiere, eso sí, una gran actividad interior, aunque sea percibida externamente como pasividad. Es, tal vez, el último combate espiritual, en el que se superan resistencias, se aprende una nueva docilidad, se renuevan adhesiones, se colman vacíos, se estrena una soledad desconocida, se saborea una nueva intimidad con Dios más auténtica, se multiplican espacios de silencio y tiempos de oración, se participa de forma diferente en la vida de la comunidad y de la congregación.

A muchos la ancianidad les ofrece también la oportunidad de descubrir que lo mejor de uno mismo está al final, por doloroso que sea. Así nos lo enseñó el Maestro. Su ministerio público duró sólo tres años, y lo culminó en una cruz. Era más fácil (valga la expresión) curar enfermos, recuperar aldeas predicando, e incluso ser ora incomprendido ora seguido por muchedumbres. La cruz sabe a fracaso y pasividad. Sin embargo, en él, fue coronamiento del amor y entrega activa de su vida. En ella realizó lo más grande, lo que nadie, salvo Él, podía cumplir, el gran sueño de la humanidad: transformar la muerte en vida, el fracaso en triunfo, la pasión en acción. Desde entonces, el camino hacia la plenitud humana sólo puede ser vivido por los creyentes en esa misma clave: “dejarse plasmar por la experiencia pascual, conformándose a Cristo crucificado” (VC 70). Esta es la tarea final del consagrado, la que da cumplimiento a toda una vida, y es, al mismo tiempo, el gran ministerio en favor de la Iglesia y de la sociedad.

Esta misión no requiere necesariamente sufrimientos ni limitaciones especiales, aunque tarde o temprano no faltan.

Va pareja con el tramo final, el de la conclusión. Desde ahí el consagrado nos recuerda que en la vida consagrada, más importante aún que el trabajo, es la vivencia creativa y oblativa del tiempo de la vida; más que a la fuerza de nuestras instituciones, obras y programas, hay que mirar a su capacidad de remitir a la fuente de donde manan la fuerza, la gracia y el sentido último del apostolado; más que de nuestro protagonismo evangelizador hay que fiarse del Espíritu que nos precede siempre.

¿Memoria barata de un observador desenganchado? No. Precisamente porque la vida consagrada actual necesita mucho de esta conversión, se han de favorecer también en el anciano actitudes de compromiso. Así, el que no puede ya hacer cosas, podrá actuar, más con su humanidad que con sus brazos y sus pies, es decir con sus ojos y su semblante. Si no puede realizar actividades productivas quizás pueda prestar servicios gratuitos. Si no puede compartir programas, será bueno estimular su sintonía con los mismos. Estando físicamente ausente puede, no obstante, con su oración, ayudar a que no se cansen los brazos de los apóstoles de turno.

Es, pues, el tiempo de la gratuidad, porque el anciano descubre que su participación y su sentido de pertenencia no dependen ya del rol que desempeña en la comunidad, y nos recuerda así que la vida consagrada no se define por categorías laborales. Es el tiempo de la gratuidad porque, desde la vivencia de la soledad, inevitablemente pareja al retiro, establece con los demás una relación menos funcional, más esencial y, a menudo, purificada.

La gratuidad es lo que queda desaparecidas ya las buenas razones o más allá de ellas. Ese rescoldo, capaz de mantener durante toda una vida el friego de la consagración, alimenta también la última sana certeza al jubilarse para siempre: “Al despertar me saciaré de tu figura” (Sal 17, 15), porque sólo en Él puede descansar un corazón hecho para Él.

5. Mantener la tensión...

Hay que envejecer de tal manera que cuando llegue la muerte nos encuentre todavía vivos, agradecidamente enganchados a la vida, en una saludable tensión. Salvo situaciones de deterioro cognitivo y mental extremo o de pérdida de consciencia, esto es posible. Pero en la tarea de vivir, la ancianidad no depende sólo de sí misma; es marcadamente tributaria del entorno y, de forma especial, del tejido de relaciones dentro del que se enmarca. Por eso, al concluir este capítulo, es de justicia señalar - aunque sea brevemente- algunas de las condiciones normalmente necesarias para que en esa etapa de la existencia no se favorezca el estancamiento sino el cumplimiento activo.

Una de las claves de este acompañamiento hacia la plenitud está en que la comunidad sea para el anciano consagrado el lugar donde ve satisfechas sus necesidades físicas, psicológicas y espirituales. De entrada hay que anotar, en este sentido, dos tendencias un poco encontradas.

Por una parte, las congregaciones se muestran cada vez más comprometidas en la atención integral a sus ancianos, como hemos visto. No se escatiman esfuerzos, se arbitran nuevas modalidades, se crean estructuras apropiadas para ellos cuando precisan de atención diaria. Pero, al mismo tiempo, se tiene a menudo la impresión de que ni se ha aprendido a envejecer ni a tratar adecuadamente a los ancianos. Se delegan responsabilidades, se descuidan recursos a veces fáciles de manejar, necesidades reales son catalogadas como manías o caprichos, se dan por imposibles ciertas situaciones que podrían atenuarse o incluso resolverse.

La consagración religiosa afortunadamente no elimina las necesidades más o menos comunes que definen al hombre y que lo acompañan en su vida. Puede modificar y de hecho modifica su vivencia, su satisfacción y su estima. Pero es un error suponer que en la ancianidad, en virtud de la consagración, las necesidades de rango "inferior" (las físicas, por ejemplo) hayan de ceder en beneficio de las de orden espiritual. El hecho, por ejemplo, de haber vivido sobriamente no vacuna al anciano contra las agresiones del frío y de la humedad, ni exime a la comunidad de que haga lo posible por activar su capacidad motora. Tampoco son obviamente suficientes los cuidados físicos (asistencia sanitaria, medicación y curas si se precisan, alimentación apropiada, hidratación, higiene, calor, ayudas para la marcha y desplazamiento, rehabilitación etc.). Y, por supuesto, aunque es cierto que el anciano -como todos- ha de cifrar su perfección más en amar que en ser amado por los demás, esto no nos excusa de quererle como al mismo Cristo.

Fijemos un poco más detenidamente la atención en las necesidades psicológicas y espirituales, pues parece ser éste el terreno más delicado y problemático.

En el plano psicológico, todo anciano necesita:

- *Seguridad.* No quiere decir superprotección ni infantilización. La seguridad no nace del paternalismo. El anciano precisa saber que no será abandonado a sus fuerzas, que será atendido con dignidad, que se tendrán en cuenta sus deseos, que no le faltarán medios para una razonable calidad de vida.
- *Amor y cariño.* Es la mayor necesidad del anciano, sobre todo cuando está enfermo o impedido para las actividades de la vida diaria.
- Esta necesidad no está reñida con la *santidad*. El amor traducido en delicadeza, escucha, afecto sincero, ternura y caricias es lo más saludable y terapéutico. La mejor conexión con la vida. Lo último que ha de perder el anciano son las relaciones significativas, impregnadas de afecto, que alimentan en él la comunión y el sentido de pertenencia.

- *Consideración y estima.* Necesita ser valorado y respetado, consultado y ser tenido en cuenta en las decisiones que le afectan directamente o que atañen a la vida de la comunidad y de la congregación. La comunidad no puede ser una especie de entumecedor o de letargo canonizado, lugar de exclusión y de arrinconamiento. El anciano necesita que se recuerde su pasado, que se celebre el presente y se valore cuanto ha realizado en su vida.
- *Autorrealización.* La aceptación de los propios límites, el abandono progresivo de la actividad y la indispensable actitud de desposesión voluntaria se facilitarán en la medida en que la comunidad evite en el anciano la dolorosa sensación de la inutilidad y de ser sobre todo una carga para los demás. La ausencia de actividades ha de ser suplida con valores y actitudes alternativos, con el reconocimiento expreso de cuanto todavía aporta a la comunidad.

En el plano espiritual, terreno en el que el consagrado ha librado los grandes combates de su vida y acumulado las experiencias más profundas y significativas, no es fácil inventariar las necesidades ni matizarlas adecuadamente. Señalamos únicamente las que dicen relación más directa con el entorno comunitario.

- *Agradecer y recibir agradecimiento.* Más allá de la frontera de lo psicoafectivo y del terreno complejo de los sentimientos, esta necesidad apunta a una aspiración muy honda. Para alcanzar la plenitud ya en este mundo es preciso haberse acogido a sí mismo, recibirse como don inestimable de Dios, recapitular la vida en clave de agradecimiento, y, al mismo tiempo, haber alimentado la sed que sólo Dios podrá definitivamente colmar. Aquí juegan un papel importante las mediaciones humanas, aunque parezca a veces paradójico. De ahí que el anciano necesite, además de recordar, alguien que le escuche, que le ayude a rebobinar el pasado y vivir en alabanza el presente, que le transmita el mensaje: “También para nosotros, para la congregación, tú has sido un don”.
- *Reconciliación.* Ante todo con la propia existencia, con el pasado y con el presente. El anciano necesita despedirse con amor de este mundo, en paz con sus seres queridos, con Dios. Necesita, pues, experimentar el perdón dado y recibido. También aquí las mediaciones humanas son encarnación de la pedagogía y de la misericordia de Dios. El anciano habrá de tener la seguridad de que es aceptado, de que no se le penaliza por sus limitaciones y por sus diferencias, de que no se le pasa factura por los servicios que recibe. De lo contrario se debilita el deseo de vivir, y la aceleración de la propia muerte puede ser una huida o la forma de liberar a los demás de una carga pesada. No deben faltar asimismo las oportunidades en las que la comunidad signifique y celebre la reconciliación fraterna, dando posibilidad al anciano de ofrecer y pedir perdón.
- *Confesar y compartir la fe.* La vivencia de la relación personal con Dios mediante la oración adquiere en la ancianidad, como se ha visto, una

significación nueva. Un cierto intimismo o el refugio en prácticas individuales puede ser indicio de soledad sufrida. Todo anciano necesita, en principio, vivir la comunión fraterna y espiritual sobre todo en esta dimensión. La comunidad ha de orar con ellos, desde ellos, en lugar de ellos y por ellos. Su experiencia personal de Dios ha de ser valorada como recurso comunitario, como cauce de participación en la vida de la congregación y en su apostolado. La experiencia de Dios es lo mejor que ha sucedido en sus vidas, y, por tanto, el mayor bien a compartir hasta el final. Esto no es posible sin un gran respeto por su trayectoria y su sensibilidad espiritual, por su religiosidad y su forma personal de vivir la relación con Dios.

- *Necesidad de continuidad en el tiempo y en el más allá.* Toda persona está más o menos conscientemente habitada por la sed de superar las fronteras del tiempo. En el consagrado, como en cualquier otra persona, este dinamismo se proyecta también sobre el tiempo que va más allá de su paso por este mundo. En este sentido, necesita que su vida sea valorada como una siembra de futuro, saber que la herencia dejada les sobrevive de forma gratificante, que el presente y el futuro también les pertenece. Y porque no han vivido en vano, esperan la vida futura como el cumplimiento de lo inacabado pero buscado, como coronamiento final de lo mejor de sí mismos, como realización definitiva de un sueño largamente acariciado y a menudo compartido. Necesitan, pues, que sus hermanos, con gestos y palabras, les transmitan la confianza de que su vida ha sido valiosa y hermosa a los ojos de Dios.

6. Que no mueran los interrogantes.

Cuando despertemos definitivamente, tal vez descubramos que en los interrogantes hubo más gracia y más favor que en las respuestas. Con la ancianidad no se cierran las preguntas, más bien se convierten de verdad en las últimas, no sólo en el orden cronológico, sino en su profundidad y definitividad. Tiempo para reconciliarse de forma concluyente con el misterio en el que vivimos y nos movemos, la fase final ha de ser coronada sin haber “matado” los interrogantes. Serán signo de fe viva, de esperanza activa, de confianza apremiada. Morir sin interrogantes significa haber vivido sin fantasía. La pregunta mantiene viva la llama hasta el final. Puede tener el calor de la curiosidad que no ha podido ser todavía satisfecha, de la esperanza que no tiene sentido si ya se hubiera cumplido, de la espera impaciente del encuentro entre personas que se quieren, de la misericordia que todavía no nos ha conquistado plenamente, de la aceptación final de la llamada a la vida y a la muerte, de la apuesta sin reservas.

La etapa final está sembrada de posibilidades y de límites, de oportunidades y de tentaciones, de sufrimientos y de paz; puede ser vivida con resignación fatal y hasta con rechazo, o, al contrario, como crecimiento en libertad que dispone de sí misma

entregándose. En sosiego o en inquietud, será siempre la culminación de una vida largamente gestada. Hasta que nazcamos del todo en Dios.

Para la reflexión...

Ancianidad y plenitud

- *En primer lugar, ¿encuentras realista la visión ofrecida en este capítulo?*
- *En el aprendizaje del envejecimiento y en el tratamiento de los ancianos ¿sobre qué experiencias saludables creemos que deberíamos poner el acento?*
- *Escoger uno de los capítulos de este tema para tratar de profundizarlo más y de sacar aplicaciones prácticas.*
- *Puesto que el tema ha sido abordado de forma necesariamente incompleta, ¿qué añadirías?*

A modo de recapitulación

- *¿Se ha transmitido una o varias visiones de la ancianidad? ¿En qué estás de acuerdo o en desacuerdo?*
- *¿Con qué contenidos y sugerencias te quedarías?*
- *De cara al aprendizaje del envejecimiento y al tratamiento de los ancianos ¿cuáles serían los puntos a tener más en cuenta?*
- *La lectura de esta sección y la reflexión compartida ¿te han motivado a buscar algo nuevo? ¿Cambio de actitud con respecto a tu propio envejecimiento, con respecto a los ancianos de la comunidad, con respecto a las perspectivas de futuro?*

*Las personas mayores en la familia, integración y colaboración*¹⁸

Rosario Paniagua Fernández

*"Saber envejecer es la mayor de las sabidurías
y uno de los más difíciles capítulos del arte de vivir"*
(Enrique Federico Amiel)

1. Las personas mayores hoy

Desde finales del siglo XX y principios del siglo XXI estamos asistiendo a un imparable proceso de envejecimiento que ha cambiado la fisonomía de las sociedades, esto añade a la población un activo incalculable por la experiencia acumulada de los mayores, y un caudal de conocimientos que no se puede obviar, pues si no se considera este activo, las pérdidas son para todos, para los mayores y para las medianas y jóvenes generaciones.

El umbral del envejecimiento ha de ser matizado, pues el clásico dique a los 65 años, se ve modificado por el aumento de la esperanza de vida, por las condiciones favorable en las que las personas llegan a la edad de jubilación, y el grupo de prejubilados a consecuencia de la crisis, que engrosan esta población en muy buenas condiciones y dispuestos a ayudar a la familia, y seguir contribuyendo activamente a la marcha de la sociedad desde múltiples actividades de voluntariado, cultura permanente y pastoral activa desde la creencia. Lo que se concluye que cada vez se llega mejor a la "jubilación" en mejores condiciones y con una repercusión favorable en la sociedad y en la familia extensa.

Estamos pues ante un *nuevo rostro* de la vejez, que en nada se asocia a dependencia, enfermedad, senectud. Sin olvidar que cuando estas situaciones aparecen, habrá que desplegar todos los recursos sociales y humanos para hacer frente a las necesidades que presenten, para que no se vea mermada la calidad integral de vida de los mayores en esas circunstancias.

El grupo de personas mayores crece y crece además por sus extremos: el anticipatorio, fenómeno de ser mayor antes de tiempo, con menor edad por las

¹⁸ Revista "Familia" 50 (2015) 157-172.

circunstancias que hemos señalado, y por el final, en un proceso cada vez más dilatado en el tiempo por la prolongación de la esperanza de vida. Hoy día ser centenario no es noticia, y que coincidan cuatro generaciones no supone gran novedad.

Este envejecimiento progresivo, lo entendemos como un triunfo social que permite a un gran número de personas alcanzar la llamada cuarta edad, más de 85 años de una forma natural. Los jubilados más jóvenes desde los 65 años, gozan de autonomía personal, con garantía de pensiones y con unas justas necesidades de integración en la sociedad. Este segmento no son ancianos ni por edad ni por falta de competencia en líneas generales, son personas que ya no buscan ni necesitan el éxito laboral, pero sí buscan la solidaridad, el servicio, la aportación generosa a la familia amigos, vecinos lo que se viene en llamar la ayuda prestada desde las *redes informales*. La longevidad creciente, junto al decrecimiento por la falta de nacimientos, otorga al grupo de mayores una importancia sin precedente en la historia de la humanidad. Pues el envejecimiento está alcanzando a países en desarrollo, lo que supone una novedad.

Queremos señalar asimismo que lejos de la creencia estereotipada de que todos los mayores son iguales, las diferencias individuales no solo no disminuyen a medida que se envejecen, sino que llegan a aumentar. Además de las diferencias de partida entre las personas (motivadas por el género, el estatus social, el entorno familiar, los valores, el modo de vida etc.) A lo largo de la vida los diferentes eventos, van moldeando a las personas de manera diferente incluso al interior de la misma familia. Los mayores han vivido acontecimientos históricos y sociales que solo ellos, por el hecho de haber vivido más, han podido conocer, eso los vincula con el grupo etario “*saben de los que están hablando*”, pero la variabilidad dentro del mismo contexto biográfico, familiar y geográfico está presente y se mantienen las diferencias. El colectivo de personas mayores incluye tres décadas y en él encontramos perfiles de personas muy variadas.

Pese a este nuevo perfil de las personas mayores en la actualidad, está presente también el denominado *edadismo*, entendido como la exclusión que padecen las personas solo por razones de edad. Tal concepto ha estado en uso desde los años setenta del siglo pasado y su principal difusor ha sido Sagrera. Simular la juventud física y social de los mayores, es lo que se viene en llamar “hacerse pasar,” se trata de ocultar la edad o importar una juventud, que no se tiene para evitar las consecuencias negativas y la pérdida de estatus social asociadas a la edad. Encubrir la propia edad es lo que Goffman denomina “portador de un estigma invisible”, lo que genera un esfuerzo agotador por mantenerlo un tiempo, en contra de las señales físicas naturales que ocasiona cumplir años, y que de otro lado tienen la belleza de la naturalidad y del paso inexorable de los años. Un nuevo término acerca del ocultamiento de la edad, al precio que sea es el que se viene en llamar la *gerascofobia*, utilización de cirugías, dietas y medios agresivos para no aparentar la edad que se tiene, incluso a edades muy tempranas.

Frente a estos conceptos que llevan a la no asimilación de la edad, vivida esta como una desgracia, surge con fuerza el concepto del *envejecimiento activo* definido por la OMS como: *el proceso por el que se optimizan las potencialidades de bienestar físico y social y mental con el objetivo de ampliar la calidad de vida en la vejez*. Se trata de un concepto de naturaleza preventiva, que supone implicar a todos los grupos de edad en el envejecimiento activo durante el transcurso vital. La Comisión Europea hace hincapié en un enfoque participativo que proporcione a todos los ciudadanos oportunidades adecuadas para el desarrollo de sus propias modalidades de actividad, y desplaza el foco de atención de las personas mayores, como grupo de la totalidad de la ciudadanía, al considerar que el envejecimiento es un proceso constante de todas las personas.

En suma, el cumplir años no tiene porque asociarse a una desgracia sino todo lo contrario; están en esa situación las personas que han coronado su vida con más años de lo que podía ser esperable hace unas décadas, y tienen ahora la oportunidad de relacionarse, seguir aprendiendo, darse a la familia y a causas por las que merece la pena luchar, de recuperar lazos de amistad, no perder la curiosidad por el mundo y tener ocupada la mente, entre otras cosas. Es la situación de aquellas personas que entienden que les ha tocado vivir, que pueden hacerlo y que tienen ganas de ello. Aprender y enseñar cosas nuevas es la mejor medicina contra la soledad y el tedio, es la mejor manera de demostrar y demostrarse que nunca es tarde, que merece la pena vivir y que el objetivo de las actividades y ayudas prestadas, a la familia en nuestro caso, no estriba en la recompensa exterior sino en la íntima satisfacción de seguir creciendo y haciendo crecer

“El conocimiento carece de valor si no se lleva a la práctica”.
(Heber J. Grant)

2. Las personas mayores en la familia: algunas cuestiones

Para comenzar, si hacemos una mirada al Antiguo Testamento nos encontramos en Proverbios 16,31: *cabellos blancos son corona de honor y camino de la justicia*. En Job 12, 12: *¿No está entre los ancianos el saber, en los muchos años, la inteligencia?*

En todas las culturas los mayores han tenido prestigio simbólico; en el mundo griego, sobre todo en la cultura homérica, los mayores gozaban de una gran consideración, rango social y político. Platón decía que solo por la edad el mayor debía ser considerado sujeto de jerarquía y autoridad. Aristóteles equipara al *presbíteros*, anciano, con el *sofos*, sabio; incluso algunas *polis* o ciudades estaban gobernadas por un Consejo de Ancianos. Los mayores eran los depositarios del saber y del conocimiento como producto de la experiencia y el paso de los años. Entendiendo por experiencia: *práctica prolongada que proporciona conocimiento o habilidad para hacer algo. Conocimiento de la vida, adquirido por las circunstancias o situaciones vividas* La referencia implícita a los mayores es meridiana.

Hoy, en la era de las nuevas tecnologías, parece que la sabiduría del mayor es prescindible frente al ímpetu y la velocidad de la juventud, si eliminamos su sabiduría estamos desposeyendo de valor al mayor, lo estamos apartando del papel de mediador- sabio- entre las generaciones. Pero no hay que desestimar la *creatividad* de los mayores en el espacio familiar, en donde todas las personas pueden transmitir su esencia y su experiencia.

Los mayores son capaces de encontrar soluciones ingeniosas ante los retos que plantea la vida; esto se presenta cotidianamente en el proceso de envejecimiento y forma parte del ámbito de la creatividad. Los mayores poseen un gran bagaje para lograr múltiples y logradas creaciones a partir de su experiencia. Tiziano pintó su retrato con noventa años, Goethe terminó el *Fausto* con 80, Cousteau investigó el océano con más de ochenta, Picasso desarrolló su creatividad hasta los 92 años. Los mayores pueden, sin dificultad, roturar nuevos caminos si están motivados y encuentran refuerzos alrededor. Esta riqueza creativa reside en el interior de las familias, en el interior de los núcleos de convivencia.

En la actualidad la familia se desenvuelve en torno al núcleo primario, padres e hijos, ha desaparecido la familia de la “casa grande”, casi patriarcal, en la que compartían con naturalidad alimentación, recreación y experiencia, padres, hijos, abuelo, incluso tíos y primos. En este escenario, el mayor era una figura importante, se vivía reclamado por los otros para orientar, aconsejar y cumplir un rol de transmisión de cultura que era irremplazable.

Los que conocían el pasado lo enseñaban a los que no lo sabían, había una narración, una épica muy enriquecedora, los mayores eran la *memoria viva* de las familias, de las sociedades y desde ahí juzgaba las formas de vida, el mayor tenía prestigio por el mero hecho de saber más. Pero esto ha cambiado por las nuevas tecnologías, los jóvenes superan a los mayores en el manejo de las redes sociales, y poco acuden a los mayores para beber y aprender el caudal de experiencia que poseen por haber vivido y experimentado más cosas.

Los mayores se consideran más lentos a la innovación en la que están inmersos los jóvenes nietos desde muy corta edad. Pero los mayores además de otros haberes innegables, tienen tiempo y ganas de compartirlo, hacen verdaderos esfuerzos por entrar en el mundo moderno de las tecnologías y romper la brecha digital que los aísla. Un motivo para ello es poder conectar por internet con los nietos que están lejos por razones de estudios, la generación *Erasmus*.

La presencia frecuente del mayor en la familia extensa va en aumento, por la pronta jubilación en magníficas condiciones, la incorporación de la mujer al mundo laboral, la nueva estructura familiar hace imprescindible la presencia de los abuelos en el acompañamiento de nietos constituyendo un activo a considerar en la actualidad. Abuelas y abuelos han adquirido un lugar fundamental en la crianza y educación de los nietos, al representar papeles de “casi” padres, amigos, tutores, maestros, acompañantes habituales desde los primeros años de vida. Y esto unido a

actividades de carácter altruistas, proporciona un sentido de identidad y utilidad social. Muchos desarrollan tareas en los colegios de los nietos como grupo de abuelos, promoviendo actividades intergeneracionales.

Los mayores poseen un enorme potencial para mediar en los conflictos familiares y ejercer la *mediación* cuando surgen conflictos intergeneracionales, que bien enfocados, pueden ser una fuente de enriquecimiento para todos. Los mayores pueden liderar cambios, pueden desarrollar competencia y talentos para la gestión pacífica del conflicto, y cambiar las relaciones de convivencia en el ámbito comunitario y familiar. La cultura de la mediación se inscribe en la cultura de la paz, el respeto, la tolerancia. La mediación es un método pacífico de resolución alternativa de conflictos en donde un “tercero” neutral, facilita que las dos partes dialoguen. Todo ello mejora la calidad de vida de los mayores, aumenta el bienestar y ocupan activamente su tiempo, favoreciendo la satisfacción personal y poniendo en juego su generosidad y experiencia. Es una forma de aprovechar el aprendizaje vital de la gente mayor al servicio de los más próximos y de la comunidad. Hablamos de mediador *natural*, no profesional, persona que por su posición y reconocimiento es capaz de mediar entre partes en conflicto, favoreciendo el dialogo y el acercamiento; escucha y enseña a escuchar, es asertivo y contribuye a que los otros puedan serlo, entre otras ventajas.

Es pertinente aquí hablar también del *empoderamiento (empowering)*, Cusack lo define como: *las acciones destinadas a otorgar a las personas (mayores) un mayor control sobre sus propias vidas, así como un papel más importante en la toma de decisiones que tiene lugar en la comunidad, en las organizaciones a las que pertenecen (en la familia)*. Lo que quiere decir que en la vejez las personas mayores han de tener responsabilidades, son capaces de aportar una importante contribución a la sociedad, a la familia, y a la educación de los nietos, tienen un importante papel de consecución de ese objetivo. Promover asimismo el liderazgo de los mayores en cuestiones concernientes a ellos, y no esperar soluciones desde fuera a sus problemas y reivindicaciones. Desde esta perspectiva hay una amplia plataforma de movimientos de mayores dirigidos por ellos.

Los mayores en la familia y en la sociedad, pueden ejercer nuevas responsabilidades si se les da la oportunidad, y esto los va vinculado estrechamente al envejecimiento productivo, en donde los mayores son considerados como agentes de cambio positivo en la comunidad, en la familia, en la sociedad en general innovando nuevos roles según sus competencias. Esto repercute de forma altamente positiva en los propios mayores y tiene un impacto favorable.

No hay que olvidar el trabajo oculto e intramuros de *mayores cuidando a mayores* en la familia, tema que completaremos más adelante. El envejecimiento favorece la aparición de enfermedades que presentan unas peculiaridades causales y evolutivas distintas a otras edades. Son de origen multicausal en donde los factores físicos, psíquicos, sociales y ambientales son más relevantes. La enfermedad de los mayores

tiene un curso largo y se convierten en proceso crónico, dada la escasa capacidad del organismo para restablecerse.

En la enfermedad se requieren cuidados permanentes, sobre todo cuando hay pérdida de autonomía, de la capacidad para valerse por sí mismos en los desplazamientos y en los cuidados personales, es una situación compleja en la que se precisa ayuda instrumental y humana, lo que hoy se llama estado de *dependencia*. El propósito de la geriatría y la gerontología es retrasar la aparición de esta situación, esta es sin duda uno de los principales problemas de nuestra sociedad envejecida. Esto tiene una gran repercusión en la familia y hay que solventarlo con los recursos de que se disponga. Muchos mayores son atendidos en la familia según el denominado “modelo mediterráneo” y en muchas ocasiones el cuidador principal es una persona mayor. Todo lo dicho y más es la contribución de las personas mayores al interior de la familia, pero vamos a proseguir ahondando en el tema propuesto en este artículo.

*“A medida que un hombre se va haciendo mayor,
logra algo más valioso que la admiración:
logra el discernimiento para estimar las cosas en su justo valor”.*
(Samuel Johnson)

3. Acerca de la integración de los mayores en la familia

Precisamos el término *integración* como acción o efecto de integrar e integrarse, constituir un todo, completar un todo hecho con las partes, o hacer que alguien pase a formar parte de un todo. Hemos querido señalar el concepto, pues estar integrado significa formar parte de un todo y no prestar unas colaboraciones puntuales, cuando son precisas, sin que se cuente con ellos en la marcha de la unidad familiar. Los abuelos son una parte más de la familia no personas que vienen a colaborar sin más.

Siguiendo con el concepto de integración, señalamos que el desarrollo del género humano pide que las edades se *encuentren*, que caminen juntas, que se hablen, que se escuchen, que se beneficien mutuamente. No es entendible el planteamiento segregado de cada edad, aunque hay espacios y actividades que así lo requieran, pero la riqueza de vivir pasa por la integración de personas de distintas edades, el contacto de los mayores con los jóvenes es significativo para el bien vivir y el bien estar de ambos, la integración proporciona afecto, comprensión, seguridad y relaciones de calidad.

En la vida de todas las personas hay un imperativo *el ser con, estar con, vivir en comunicación*, esto es imprescindible para el desarrollo personal en cualquier edad, *somos en tanto que somos para los demás...* la comunicación e integración de unos con otros son la sal de la vida, sin ella no crecemos ni hacemos crecer a los otros. Las personas para subsistir necesitan de bienes materiales y otros bienes intangibles que

actúan como nutrientes de primera necesidad, el afecto, la comunicación, la complicidad. Estamos abocados a dar y recibir, caminamos en la necesidad de estrechar lazos, y favorecer la reciprocidad, las personas de todas las edades se desarrollan en el intercambio y los compromisos mutuos, y de esto no está excluido ningún tramo de edad. La verdadera integración culmina en la participación en la colaboración, por ello el papel activo de los mayores en la familia, se tornará positivo si se cuenta con ellos para opinar, pensar, decidir y ayudar... todos los elementos que constituyen el *estar presentes* en un contexto, el familiar en nuestro caso.

Las edades se encuentran, se cruzan, es lo normal en la sociedad, también en el interior de la familia, obviamente hay intereses particulares por edades, y estos pueden convivir sin dificultad con intereses comunes que unan al grupo familiar, y a este con el entorno externo inmediato o más remoto, *lo que significa apertura, significa vida*. Todo ello mantiene a los mayores activos, vivos, anclados en la realidad, y favorece el desarrollo personal pues para eso no hay edad. Posibilita la creencia que es posible *seguir vivos*, en definitiva, viviendo y viviendo con y para otros. Todo ello mejora la calidad de vida de los mayores facilitándoles la expresión ante los demás.

Está superada la imagen de los mayores grises, sin proyectos, sin expectativas, se ha quedado como estereotipo negativo que hay que erradicar. La *relación* en la familia otorga vitalidad a todos, es un modelo necesario de convivencia, un dinamismo que da sentido a la existencia humana, es una sana actitud ante la vida. La esencia de las personas, a cualquier edad, pasa por *conectarse* con el entorno y el más natural de ellos es la familia, en ese ámbito se da la expresión, se emprende, se innova, pues vivir es crear y del mismo modo al crear instauramos una nueva forma de vivir.

Es un éxito mantener a las personas conectadas intergeneracionalmente y fomentar las vivencias que nutren, por las que vale la pena vivir; así la vida es un continuo proyecto. Lo que otorga salud al mayor es mantener una actividad mental, física y productiva y eso se logra en relación, con lazos familiares y sociales en general. Es notable el beneficio de pasar en familia *ratos de ocio y tiempo libre, no solo hacer presente a los abuelos para ayudar*. De ello derivan buenos estados de ánimo, de armonía interna, satisfacción, autoestima, alegría y todo ello es fundamental para un buen envejecimiento.

El ambiente familiar ha de ser un ámbito de auténtica libertad, de compartir las luces y sombras que se van presentando, se habla y se escucha, con ello aumenta la motivación y el sentido de pertenencia de todos sin exclusión, de este modo se vive la autorrealización siendo fuente de alegría.

Damos un paso más en la *integración* de los mayores en la familia, y es la sugerencia de *programas educativos intergeneracionales* con las consiguientes ventajas para todos los participantes tales como:

- Anima a jóvenes y mayores a acabar con mitos y estereotipos que tienen sobre el otro grupo.
- Crea vínculos entre generaciones, al tiempo que descubren que son diferentes en cuanto a inquietudes, problemas, retos, temas pero que pueden compartir tareas de las que todos van a salir beneficiados.
- Ofrece oportunidades en cuanto a intercambio de servicios, consejos, orientaciones de una generación a otra.
- Fomenta la comprensión entre generaciones y dispone de interpretaciones alternativas en diferentes historias vividas, acerca de unos mismos fenómenos.

Esas actividades intergeneracionales se entienden como actividades planificadas que incrementan la cooperación, la integración y el intercambio entre las generaciones. De este modo podemos encontrar programas que potencien el aprendizaje de los mayores a partir de los jóvenes o viceversa; en cualquier caso siempre es un aprendizaje bidireccional, que implica, además de aprender juntos, el acercamiento de una generación a otra respetando los diferentes puntos de vista y eso es siempre un valor. El vivir estas experiencias tiene una repercusión muy positiva al interior de las familias. Se crea una nueva filosofía, un nuevo lenguaje, una nueva manera de vivir juntos.

Las personas mayores que se viven *integradas* en la familia obtienen muchos beneficios personales, por ejemplo:

- Viven una existencia más plena aprendiendo a mirar el mundo de una forma nueva.
- Se fomenta la tolerancia y la paciencia de una forma gradual con avances progresivos.
- Ayuda a mantener una actitud de apertura y humildad.
- Amplía su visión del mundo, de sí mismo, de los demás.
- Deja brotar lo mejor de sí mismo, pone en funcionamiento nuevas habilidades y destrezas comunicativas
- Aprende a valorar las situaciones cotidianas desde distintas perspectivas
- Deja abrir la maleta de la sabiduría, el conocimiento y la experiencia y la pone al servicio de los demás
- Disminuye el sentimiento de vacío e insatisfacción y puede canalizar la imperiosa necesidad de hacer algo por los demás.
- Busca la inspiración y la oportunidad para ayudar a los otros en las situaciones cotidianas.
- Observa la realidad desde otros parámetros y la aprehende para seguir creciendo.
- Fomenta la actitud lúdica y creativa.
- Aumenta la expresión de capacidades, y la manifestación de sentimientos gratos y llenos de vitalidad que plenifican la vejez .
- Aumenta y consolida la sana autoestima.
- Deja entrar la gratitud, la felicidad que los otros pueden proporcionarle.

- Se abre a dar y recibir amor, acoger lo bueno que los demás regalan
- Saborea la vida en lo que tiene de hermosa y válida.
- Sigue aprendiendo el arte de vivir.

4. Acerca de la 'colaboración' de los mayores en la familia

Precisamos el término *colaboración* como proceso en el que se suman los quehaceres y afanes de varias personas para lograr un fin común, que sería muy difícil lograrlo de forma individual, se entiende como una tarea *cooperativa* de equipo en donde cada uno asume su papel. Se trata de cooperar activamente en el logro de unos objetivos, en nuestro caso el cuidado y educación de los miembros de la familia.

En las últimas décadas en las ciencias sociales asistimos a un cambio de paradigma en relación a la vejez y las personas mayores, hoy se percibe en términos mucho más positivos a los mayores, resaltando sus posibilidades de desarrollo y su potencial contribución a la familia, a la sociedad en su conjunto, como hemos venido señalando. En la conjunción de ambos aspectos del desarrollo personal y la contribución a la sociedad, encontramos la idea de colaboración, la idea de *generatividad*, un concepto que procede de la propuesta de Erikson que, según este autor, es la tarea propia de las personas de mediana y avanzada edad, de dar a los demás lo que se ha aprendido y experimentado en la vida.

La capacidad generativa de las personas es inagotable en edades avanzadas y se materializa a través del voluntariado, la participación cívica y de forma muy señalada con los nietos. En este sentido la educación informal con los nietos, es una forma muy clara de generatividad, los mayores adquieren competencias que les habilitan para tener un papel activo en la familia. Los mayores, con el paso de los años, tienen pérdidas hay cambios importantes, pero hay capacidades conservadas que, si se trabajan, se mantienen de una forma muy positiva y listas para regalar

Junto a la generatividad está la *abuelidad* como la suma de elementos afectivos, axiológicos y de cuidados que el abuelo regala a los nietos; este papel es de vital importancia, están liberados de la responsabilidad educativa de primera fila, que es atributo de los padres, juegan a la carta de la buena ventura, de la sabiduría, de la sana complicidad. El abuelo ofrece placer sin correcciones muy severas, está en primer lugar el afecto, las relaciones de proximidad y el contacto de carácter expresivo. La influencia de los abuelos en los nietos es capital en la sociedad de las prisas y la velocidad, en donde prevalece la necesidad de producción y de consumo. La figura del abuelo se inserta al interior de las familias como elemento de estabilidad, y nexo intergeneracional.

La madurez habilita para la función de apoyo a otros, lo que estimula a los mayores, con ello se sienten deudores de las nuevas generaciones para transmitir vida y los valores de siempre como el mejor de los legados.

Con la progresiva incorporación de la mujer a la vida laboral se ha incrementado el acercamiento de los abuelos a los nietos, lo que constituye un valor incalculable para el desarrollo afectivo de ambas partes. Los países en donde más se ejerce la abuelidad son Italia, Portugal, Grecia y España. Dice Boyard Taylor: *en el camino hacia la casa de la verdad, solo hay una puerta: la de la experiencia*. Algunas precisiones acerca de los mayores.

- El mayor, por haber vivido mucho tiene una capacidad de filtrar lo importante y desechar lo no importante de la vida, y eso lo transmiten a generaciones jóvenes que no tienen la jerarquía bien ordenada por falta de experiencia.
- El mayor focaliza su mundo de intereses y valores que le merece la pena. Tiene un arsenal de recuerdos, de reminiscencia que actúa como un interesante fondo de experiencia ante los que no la tienen por no haber vivido años.
- El mayor presta una colaboración en la familia muy singular como singular ha sido su trayectoria biográfica, cultural, axiológica. Se llega a la edad adulta de forma diferenciada y desde ahí regalan a otros su sabiduría y experiencia, tiene ese espesor histórico disponible en función de lo que han vivido.
- El mayor ofrece un bagaje particular, derivado de lo que ha sido su oficio o profesión, ahí el mayor se vive seguro y con ganas de transmitir generativamente.
- El mayor tiene un *conocimiento experto* en donde se incluyen las aficiones arraigadas a lo largo de la vida, por las que siente auténtica complacencia al transmitir las a los nietos, a veces hay generaciones enteras con una determinada afición (colecciones, tradiciones, negocios etc.) con ello se sigue la cadena generacional de una forma natural.
- El mayor no solo transmite lo que ya sabe, sino también *lo que va sabiendo* en esta apertura sana de vivir en continuo aprendizaje, de aquellas habilidades o temáticas de su interés, que ahora, libre de compromisos profesionales, crianza y educación, dispone además de un bien escaso en otro tiempo, ahora tiene *tiempo*.
- El mayor posee sabiduría por haber vivido más y poseer un “conocimiento experto” (Baltes). La sabiduría como conjunto de conocimientos sobre aquellos asuntos fundamentales de la vida, como la percepción de la vida en su conjunto, una vida experimentada.
- El mayor es depositario de una experiencia vital que es altruista, necesita ser comunicada, de lo contrario se consume en sí misma y la persona se siente incompleta al no haber transmitido a los más jóvenes los soportes que sustentaron su vida, que son pocos, pero muy válidos.
- El mayor cuida a otros mayores cuando la enfermedad o la incapacidad se hacen presentes en la familia. Ejerce una donación sin límites, una actividad generosa y silenciosa intramuros que no es pagada económicamente ni reconocida socialmente. La desempeñan muchas mujeres mayores, por la mayor longevidad de estas y por tener incorporado el rol de cuidar. Estas tareas no son consideradas productivas, no se evalúan los costos por parte de la Administración. Estamos hablando de una actividad que nace

del amor, plagada de afecto, esfuerzo y amor oculto que sería objeto de mayor consideración.

5. Notas finales

En la presente entrega hemos reflexionado sobre las personas mayores y la familia, haciendo especial hincapié en la integración y colaboración de estas en el núcleo familiar; concluimos con las siguientes consideraciones.

1. El envejecimiento de la población es uno de los fenómenos más destacables en la sociedad desde finales del siglo XX y este es imparable.
2. Las personas acceden a este grupo etario en mejores condiciones que en generaciones precedentes.
3. El potencial de ayuda de estas personas está considerado hoy como un activo importante en el interior de la familia y en la sociedad en general.
4. El medio natural de desenvolvimiento de las personas, no el único, es el familiar, donde se tejen las redes más sólidas de relaciones afectivas y de colaboración.
5. Hemos querido especificar en el trabajo la diferencia entre integración y colaboración.
6. Entendemos por integración formar parte de un todo, la conciencia de pertenencia, en donde todos son igualmente importantes, así las personas mayores se viven conexas con su núcleo primario de relación.
7. La colaboración es la ayuda prestada con un carácter bidireccional, en función de necesidades, pero siempre en el marco de la integración previa, y no como un servicio aislado sin vínculo significativo en el interior de la unidad familiar.
8. Apostamos porque las edades se encuentren, caminen juntas, vivan en conexión pues de ahí solo van a derivar beneficios para los mayores y para las jóvenes generaciones. Pues de lo contrario...concluimos con Pascal: *No hay nada tan duro para el hombre como el reposo completo, sin pasión, sin ocupación, sin distracción ni meta. Entonces es cuando percibe su insignificancia, su aislamiento, su insuficiencia, su subordinación, su impotencia y su vacuidad* (Pascal) Y esto no lo deseamos para nuestros mayores, sino todo lo contrario como hemos venido señalando a lo largo de nuestro presente trabajo.

🎯 Lectio Divina

«*Pedid y se os dará...*»

Orar es apostar por la bondad del Padre

Juan José Bartolomé¹⁹

Lectio sobre Lc 11,9-13

Lucas ha tomado la breve colección de sentencias de su fuente (Lc 11,9-13; cf. Mt 7,7-11; EvTom 92-94) y, al introducirla con la fórmula «yo os *digo*» (cf. Lc 16,9), la convierte en eficaz confirmación del mensaje de la parábola precedente, la del amigo inoportuno (Lc 11,5-8). Ambas, parábola y ejemplos, se apoyan en relaciones humanas fundamentales, la parábola en la amistad; los dichos, en la familia. La argumentación ahora es directa: no se narra un hecho, se hacen afirmaciones contundentes. Lo que da más contundencia al razonamiento: amor paterno incluye, y exige, más que amor de amigo.²⁰

Se alienta así en los discípulos a confiar en Dios cuando recen, asegurándoles ahora que van a ser atendidos por un Padre, que es no es sordo a quien le implora. La confianza de ser escuchado no se basa tanto en la necesidad del que pide ni en su insistencia, sino en la bondad del que escucha; de la amistad como base de la petición se pasa a la paternidad. Pero la responsabilidad del hacer oración recae en el orante: la promesa de ser escuchado ha de estimular la reiterada petición.

Lectura

Jesús exhorta con énfasis evidente a una oración repetida, por confiada; en cierto modo, se supera la motivación de la parábola precedente: el orante será atendido no por su impertinencia, sino por el natural bondadoso del Donante. El estilo es las frases es proverbial; la recomendación se apoya en hechos de la vida ordinaria, formulando leyes universales que la experiencia confirma.

¹⁹ Texto inédito para Forum.com.

²⁰ La paternidad añade al afecto de amigo la procreación, la patria potestad, el cuidado y protección permanente. Cf. W. GRUNDMANN, *Das Evangelium nach Lukas*, Theologischer Verlag, Berlin, 1969, 235.

El conjunto presenta dos partes: Lc 11,9-10 (cf. Mt 7,7-8) promete, de modo genérico, éxito a quien lo busca de verdad, por medio de un triple paralelismo; Lc 11,11-12 (cf. Mt 7,9-11) presenta dos ejemplos de tono sapiencial que sirven para ilustrar, a fortiori, la bondad de Dios (Lc 11,13). El uso reiterado del verbo *pedir* (Lc 11,9.10.11.12.13) descubre el motivo central de la exhortación.

«⁹ Pues yo os digo a vosotros:

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.

¹⁰ *Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abre.*

¹¹ *¿Y qué padre entre vosotros, si su hijo le pide un pez, le dará una serpiente en lugar del pez?* ¹² *¿O, si le pide un huevo, le dará un escorpión?*

¹³ *Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?»*

Pedir, buscar, llamar, aunque en la práctica funcionen como sinónimos, son metáfora de algunos rasgos típicos de la oración, que en sí mismos denotan cierto progreso en la petición: buscar radicaliza la petición; llamar confirma la búsqueda. A los tres modos de pedir se asegura una recompensa apropiada. Es relevante en la formulación de la triada el contraste verbal: se ha de pedir, buscar y llamar ahora, y no es opcional (tres imperativo de indicativo); será dado, hallado y abierto solo después (tres futuros pasivos). La pasiva alude a la actuación de Dios; el futuro es el tiempo posterior a la oración.

Lc 11,9 no señala condición alguna para el éxito, basta la actuación requerida: hay que pedir para recibir. Es, por tanto, una llamada a la confianza, un invitación a la oración. Toda súplica al Padre, en cualquier forma que se haga, acaba por ser atendida, una convicción típicamente judía (Eclo 7,10; cf. Bill I, 450-458).²¹ Pero sólo pedirá quien no tiene, buscará quien algo le falta, porfiará por entrar en casa quien aún no está en ella. La oración incesante nace de un estado de carencia reconocida, de situaciones de pobreza confesada.

Lc 9,10 ratifica lo dicho, repitiendo las actuaciones requeridas y universalizando los protagonistas. Pero, la razón aducida, en apariencia evidente, no se compadece bien con la experiencia diaria. Mal entendería quien pensara que basta con pedir para recibir, buscar para encontrar, llamar para ser recibido. Por paradójico que pueda parecer, Dios ya sabe lo que necesitamos (Mt 6,8), pero quiere que se lo pidamos. Su deseo es que deseemos de Él lo que nos falta, porque está dispuesto a

²¹ La libertad soberana de Dios no se sujeta, ni se limita, a la plegaria y los deseos del orante, cf. Is 65,1; Rom 10,20. Es cierto, pero también lo es que, por su natural compasivo, Dios “se aflige por causa de aquel que le comunica sus aflicciones” (Orígenes, citado por F. BOVON, *El evangelio según san Lucas. II* (Lc 9,51-14-35), Salamanca, 2002, 188).

concedérmolo.²² Dios quiere que perseveremos en la oración de petición para que Él pueda seguir siendo nuestro Padre: suplicar a Dios es un derecho de sus hijos. Decisivo no es lo que vamos a conseguir, pues tenemos en Dios mucho más, todo un Padre. Lo que importa es la permanente actitud de búsqueda, que, a la base, supone reconocer nuestra propia indigencia. Nuestra petición va así alimentada por nuestra pobreza y guiada por la confianza de hijos.

De forma aún más directa, pero cambiando de perspectiva, sigue Jesús animando a confiar en el poder de la oración. Ya no insiste en la práctica repetida, subraya una cualidad del Dios que escucha, su paternidad (Lc 11,11), al compararlo con otros padres no tan buenos. Y sobre ella fuerza con arte su argumentación: si un padre como vosotros (en vez del vosotros de Mt 7,11), que no llega a bueno de verdad, es siempre bueno con el hijo que le pide alimento, mucho mejor será el Padre celeste. La argumentación procede *a minori ad maius*. Ni siquiera un padre malo se burla, cruel, de sus hijos o es capaz de, engañándolos, hacerles daño; mucho menos, el buen Dios. Curiosamente no se da prueba alguna de la maldad de los padres, ni se atribuye al maligno; resulta ser dato de experiencia. Los hombres, incluidos los padres, pueden ser buenos (Lc 11,11-12) y malos (Lc 11,13). La paternidad de Dios bueno, en cambio, es base indefectible de la confianza del orante.

Lucas, que evoca con sus ejemplos el alimento habitual de la gente que vivía junto al lago de Galilea, ha introducido dos significativos cambios en su fuente (Mt 7,9-10). Suprime la antítesis «*pan-piedra*» (Mt 7,9), y añade una nueva «*huevo-escorpión*», inspirándose quizá en cuanto Jesús había prometido ya a sus discípulos misioneros (Lc 10,19).²³ La diferencia estriba no sólo en las imágenes, sino también en el contraste entre lo que se pide y lo que se recibe; se desea algo esencial, se concede lo que pondría en peligro la vida. Al asociar el escorpión a la serpiente, Lucas manifiesta que se trata de un don nocivo y que se daría con malicia. Además de ser fácilmente confundibles, por su parecido, sobre todo, para un niño, son dos animales nefastos y pueden ser mortales: son todo lo contrario al alimento pedido; la crueldad de las situaciones imaginadas es obvia.

Lucas consigue así dar mayor fuerza al contraste entre lo deseado (pescado, huevo), alimento habitual y útil para la salud, y lo concedido (serpiente, escorpión), mortalmente peligrosos para cualquiera, en particular para niños. El cambio que ha introducido resalta aún más con un nuevo contraste, cuya fuerza está en evidenciar un hecho de experiencia: ni siquiera padres malos son capaces de provocar males a los suyos; da por supuesto que quien no es bueno no deja de hacer bien - «*dar cosas buenas*» - a cuantos ama (Lc 11,13). “Jesús hace aquí una constatación positiva y

²² Comentaba Agustín que Dios no da por cansancio, para librarse del orante importuno, sino por deseo de dar; si se demora, es para que se desee y se aprecie su don (cf. *Salmo 105: PL 38, 618-625*).

²³ La tradición textual de Lc 9,11 ofrece dos textos, uno corto (pez-serpiente, huevo-escorpión), otro más largo (pan-piedra, pez-serpiente, huevo-escorpión). La mayoría “considering the longer readings to be the result of scribal assimilation to Matthew, preferred the shorter reading” (B. M. METZGER, *A textual Commentary on the Greek New Testament*, United Bible Societies, London – New York, 1975, 157).

llena de sabiduría huana. Dentro del corazón del hombre, no ha sido totalmente viciado, normalmente, el orden de la creación”.²⁴ De hecho, incluso siendo malos «saben» dar buenos dones a sus hijos: quienes no son buenos logran hacer el bien a los que aman.

Tanto Mateo como Lucas (Lc 11,13; Mt 7,11) recurren al futuro para expresar la respuesta de Dios a la oración de sus hijos: «*el Padre del cielo dará*». La oración preside el presente, la concesión está por venir; orar es, pues, un ejercicio de esperanza activa. Lucas modifica profundamente el sentido de la promesa de Jesús: a quien ruegue el don del Padre no son «*cosas buenas*» (Mt 9,11) sino – nada más y nada menos – que «*el Espíritu*», lo bueno por antonomasia, el don supremo con el que Dios puede enriquecernos.²⁵ Nada podemos recibir que sea mejor²⁶ y en todo lo bueno que recibimos está presente el Espíritu del Padre.²⁷ Intensifica hasta el extremo la oposición entre lo que da un padre terreno, que no consigue ser malo con sus hijos, con lo que da el Padre celestial, el Espíritu Santo, si se le pide.

Si la parábola anterior la amistad era la clave, ahora la exhortación se basa en la relación familiar: Dios es más que un amigo importunado, es todo un Padre y siempre bueno. El amigo nos puede estar cercano y listo para ayudarnos..., si sigue queriéndonos; la relación de amistad es opcional, nace y desaparece libremente. El padre nos genera, se responsabiliza de nuestra vida y la protege, naturalmente.

Jesús anima a sus discípulos a orar, anclando sus esperanzas de ser escuchados no sólo en la bondad del Padre del cielo (Lc 6,35), que excede la mejor de las expectativas que un hijo pueda albergar, sino, sobre todo, en la bondad del don que Dios está dispuesto a dar: su Espíritu, no ya un buen don, sino el mejor de los posibles (Hch 1,8; 2,4). Al que ora como hijo Dios no le da cualquier bien, está no son dispuesto a darle su propio Espíritu, el mismo que hizo posible la concepción de su Hijo (Lc 1,35) y el que descendió sobre él en el bautismo (Lc 3,22), el prometido a sus discípulos (Lc 24,49; Hch 1,4) y el que generó la iglesia (Hch 2,1-21). ¿Hay mayor don? Cuando Dios da, nada tiene mejor que dar que a sí mismo.

Los hijos de Dios, cuando rezan no deben aspirar a obtener buenos dones (Mt 7,11), sino el mejor de los dones, ese Espíritu que los hace hijos. El orante tiene que aprender a renunciar a bienes que o Dios no le quiere conceder o Él no los considera suficiente buenos para darlos. Así, cuando acepte lo que reciba de Dios, crecerá su confianza en Él, aunque no haya conseguido lo que pidió.²⁸ El Espíritu es el don

²⁴ BOVON, *Lucas II*, 195.

²⁵ La afirmación es excepcional en Lucas, quien “no concibe su difusión más que después de la obra realizada por Jesucristo. Si Jesús vive ciertamente del Espíritu (desde el seno materno: 1,35, y desde el bautismo: 3,22), los discípulos sólo gozarán de él después de Pentecostés” (BOVON, *Lucas II*, 197).

²⁶ “Human bounty is still only a trifle in comparison with that of the heavenly” (FITZMYER, *Luke (X-XXIV)*, 914).

²⁷ “El don del Espíritu de Dios puede presentarse bajo la forma del pan de cada día, de un afecto humano o de un acontecimiento feliz” (BOVON, *Lucas II*, 198).

²⁸ “Die Wahl dieser Formulierung (statt ‘Gutes’, Mt) trägt vermutlich der Erfahrung Rechnung, dass

mejor que pudiera desearse. Es don del Padre para quien lo desea, lo encuentra quien lo busca y se le concede a quien lo pide.

Meditación

Tanto desea Jesús que sus discípulos oren continuamente que pasa ahora a apoyar su exhortación en su propia autoridad y con argumentos sacados de la experiencia. Es obvio que para obtener o hallar algo, hay que pedir y buscar, que no se entra en una casa si antes no se llama a la puerta. Pero no siempre, ni por mucho que se repitan las actuaciones mencionadas, queda asegurado conseguir enseguida lo que se pretende. Que sea necesario pedir previamente no garantiza que se vaya a alcanzar automáticamente lo deseado.²⁹

Jesús lo da a entender al formular, recurriendo al futuro y en voz pasiva (Lc 11,9), el éxito de la súplica. No defrauda las expectativas de quienquiera que rece («*todo el que pide*»); confirma que será atendido (Lc 11,10), sin precisarle con exactitud cuándo: el porvenir, un futuro abierto e indeterminado, es el tiempo de la concesión. Jesús quiere que los suyos recen con la certeza de que serán escuchados, sí; pero no les garantiza que sea *cuando* ellos lo piden, ni tampoco les promete siquiera que se les conceda *lo que* ellos tanto desean. Han de desear lo que piden; no es seguro que obtengan lo que desean. Jesús ha empeñado su palabra de que para obtener hay que pedir; pero no afirma que se recibe cuanto que se pide, que siempre encuentra el que busca o que no dejará de ser acogido quien llame.

Para ser escuchado por Dios, hay que hablarle. Solo puede contar con ser respondido quien se dirige a él. Jesús exhorta, pues, a perseverar en una oración que no cese, aun en el caso de que no consiga inmediatamente lo que pide. Prometiéndole que será escuchado estimula la perseverancia del que ora. Pero no es la eficacia de la oración lo que Jesús asegura; exhorta, más bien, a persistir en ella. Además, y a menudo no se repara en ello, ha declarado con rotundidad que no es quien pide el que consigue, sino que hay que rogar para que se le otorga: el que llama no abre, se le permite entrar. Imprescindible es pedir; recibir será siempre don.³⁰ El acento, pues, está en

die Bitten um andere Gaben nicht immer erhört werden... Die ganz der Lehrweise Jesus entsprechenden Worte sind ... eine wieder beherzigenswerte Aufforderung, sich durch angeblich entgegenstehende Erfahrung nicht vom Bittgebet abhalten zu lassen" (J. KREMER, *Lukasevangelium*, Kommentar zum Neuen Testament mit der Einheitsübersetzung, Echter Verlag, Würzburg, 1988, 126).

²⁹ "No has recibido nada porque no has llamado; llama, [Dios] desea dar. Y difiere darte lo que desea darte para que, al diferírtelo, lo desees más ardientemente, no sea que, otorgándotelo luego, te parezca cosa vil" (AGUSTIN, *Sermón* 105, 3: PL 38, 619).

³⁰ "Quiso que orases para darte sus dones cuando los desees, a fin de que no te parezca sin valor lo que te haya dado, puesto que es él mismo quien te ha inspirado ese deseo" (AGUSTIN, *Sermón* 56, 4: PL 38, 380).

las promesas, que se realizarán en un futuro..., si en el presente no se deja de reiterar la petición: “pedimos por nuestra miseria, para suscitar su misericordia”.³¹

Busca quien algo le falta, quien no está satisfecho consigo mismo, quien anhela algo más, mejor, de cuanto ha alcanzado. Suplica algo quien no lo posee. Requerir lo que no se tiene descubre las propias carencias y el poco rubor que produce su pobreza: “el que quiere mendigar tiene que hacerlo sin vergüenza. La vergüenza es un utensilio inútil en la casa de un pobre mendigo”.³² Orar no puede depender tampoco de las ganas, pues surge de la necesidad, de lo que se desea obtener y tanto se echa en falta. Quien ruega ha de saberse no solo necesitado sino sobre todo incapaz de procurarse lo que desea. Por eso pide. Y por eso, mientras se mantenga su penuria tendrá que mantenerse en oración. Mientras andemos necesitados, necesitaremos a Dios.

Animándonos a acudir a Dios, Jesús, es cierto, nos recuerda nuestra pobreza radical, nuestra dependencia constitutiva; pero, sobre todo, nos desvela la disposición de Dios a concedernos su auxilio: “ciertamente no nos exhortaría tanto a pedir si no quisiera dar”. “Avergüéncese la desidia humana – añadía san Agustín -. Más dispuesto está él a dar que nosotros a recibir; más ganas tiene él de hacernos misericordia que nosotros de vernos libres de nuestras miserias. Y quede bien claro: si no nos libera de ellas, permaneceremos siendo miserables. El que nos exhorta, lo hace pensando en nuestro bien... Cumplamos con quien promete [Jesús] y alegrémonos con quien nos da [Dios Padre]”.³³

No solo está bien dispuesto a dar nuestro Padre, si se le demanda reiteradamente, sino que nos dará mejores dones que apetecemos. Cuanto Dios nos da no es bueno porque nos haga o venga bien, sino porque procede de Quien es bueno de verdad (Mc 10,18). Nos puede defraudar lo que recibimos, porque no es lo que pedimos y creímos necesitar; pero siempre lo que se nos da es mejor de lo que esperábamos o pudiéramos soñar. Y no es que no se permita darnos cosas malas o nocivas, es que siempre piensa concedernos lo mejor que tiene, a sí mismo: cuando da, el Padre no tiene nada mejor que darnos que su propio Espíritu.

A veces parece que Dios no atiende nuestras plegarias, porque no vemos satisfechos nuestras necesidades ni sanan nuestras heridas. ¿No será que por querer a toda costa lo que pedimos, no le permitimos que quiera darnos lo que le plazca? ¿No estamos renunciando a lo más grande y duradero por obtener lo mínimo y precedero? Y dejamos la oración, porque no conseguimos lo que anhelamos. ¿A qué nos sirve seguir pidiendo, ni no logramos que se haga nuestra voluntad? Tanto echamos en falta lo que no tenemos, que no gozamos de cuanto él ya nos ha dado. La confianza que Jesús espera de sus discípulos, cuando rezan, no se materializa si se persiste en el ruego; se realiza, más bien, si pedimos seguros de recibir más, y mejores, dones.

³¹ AGUSTIN, *Sermón 105: PL 38*, 618.

³² LUTERO, *Vermahnung zum Sakrament des Leibes und Blutes unseres Herrn: WA 30.2*, 622.

³³ AGUSTIN, *Sermón 105,1.2: PL 38*, 618-619.

¿Por qué cesar de mendigar, por qué no dejar de pedir lo creado, si el Creador está dispuesto a entregárenos completamente?. “Ensancha, ¡oh avaro!, el saco de tu codicia y halla algo mayor, algo de más valor, algo mejor que Dios. ¿Qué no tendrás teniéndole a él? Acumula a tu lado cuanto oro y plata te sea posible; excluye a tus vecinos; poséelo ensanchando tu posesión; llega hasta el confín de la tierra. Adquirida la tierra, añade los mares. Sea tuyo todo lo que ves y también lo que, al estar bajo el agua, no ves. Una vez que tengas todo esto, ¿qué tendrás, si no tienes a Dios? Así, pues, si teniendo a Dios el pobre es rico, y no teniéndolo, el rico es un mendigo, no le pidas otra cosa distinta de él. ¿Y qué no te dará cuando él mismo se da? ¿Y qué te dará, si él mismo no se da? Pedid, pues, el Espíritu bueno”.³⁴

Oración

Con razón, Señor, me animas a pedir para alcanzar, a buscar para hallar, a llamar para entrar. Pues sabes que Dios, Padre nuestro, está dispuesto a dar, pero a quien le reclame; a dejarse encontrar solo de quien ande en su búsqueda; a acoger en el hogar de su corazón a quien desee de veras toparse con él. Creo que, en el fondo, lo que esperas de mí no es tanto que rece mucho, cuanto que sea más consciente de esa radical carencia que me constituye, de esa deficiencia en la que consisto. Pues no me merezco su bondad por mi perfección, aspiraré a lo sumo a su misericordia dada mi miseria.

Pero no me quejo: si lo que me falta es el vínculo que me une al Padre, lo doy por bueno, por más mal que me haga. Necesitarte, Dios mío, para vivir satisfecho, precisar de ti para sentirme completo lo considero gracia inmerecida, nunca maldición. Por ello acudo a ti, cuando algo/alguien me falta; por eso, te echo en falta a ti, deseo tenerte y te busco, siempre que pierdo algo/alguien importante para mí. Tú me salvas de mí, tú que cabes en mi pequeñez y la colmas.

Acepto, aunque no siempre de buen grado, lo reconozco, que no me des siempre, ni enseguida, lo que pido; que no me encuentres cuanto te busco, ni me abras tras llamar. No soy yo tu señor y tú mi siervo. Te retrasas en responderme para que te siga deseando; no me abres, para tenerme a la puerta deseando entrar en tu presencia. Y no me concedes lo que deseo para que no me haga la ilusión de que tú haces mi voluntad. Aplazando esa respuesta, que has asegurado me darás, quieres forzarme a mantenerme cada vez más necesitado de ti. ¿Cómo podré confesar que te necesito, si no te deseo cuando no te poseo?

Quien espera de ti algo que anhela no te ha perdido del todo, aunque aún no te haya alcanzado. Seguiré pidiéndote, buscándote, llamándote, porque no te tengo y me faltas. Me duele, Señor, tener que pedir, buscar y llamar, porque con ello se ensancha la conciencia de no tenerte. Que sigas ausente en mí es lo que me lleva a

³⁴ AGUSTÍN, *Sermón* 105 A. 2: PLS 2 771.

desearte más. Agrandas mi nostalgia de ti para que no deje de acudir a ti. Conviertes mis carencias en motor de mi búsqueda de ti.

Tú, Padre mío, sabes bien cuánto me consuela, cuánta compañía y solaz me procura cuando me siento solo, saberte que estás siempre dispuesto a darme más de cuanto deseo, bienes mejores de los que echo en falta. Tus ganas de dar exceden mi capacidad de recibir; tus dones empequeñecen mi poquedad. Si te pido lo que necesito como hijo tuyo, lo que me des, aunque no sea lo que deseaba, será siempre mayor y mejor de cuanto pueda imaginar. Porque tú te das en tus dones, te entregas a ti mismo en cuanto donas.

Tengo que aprender a considerar los bienes que me concedes como tu los ves. No te mostraría agradecimiento si, por no otorgarme exactamente lo que he pedido, no estimara buenos tus dones. Conviertes en bueno lo que das, aunque no sea lo que creemos necesitar o, incluso, no nos caiga bien. Conviértete en bueno a mí, y sepa yo valorar lo que tienes a bien en dar como lo mejor que puedo obtener de ti. ¿Cómo podría vivir seguro de tu amor paterno, si no tengo por inmejorables los dones que quieras concederme?

Dame, Padre, tu Espíritu, ese aliento vital que te inunda, que te acompañó en la creación y que hizo a tu Hijo hijo de María. Es lo más de ti que me puedes conceder. Y es lo que me has prometido, si consigo mantenerme fiel orando hasta que Jesús vuelva. Con tu Espíritu mi espera, en su ausencia, estará llena de ti.

El anaquel

Una nueva edición del Misal Romano en español

José Antonio Goñi

Acaba de ver la luz la nueva edición del *Misal* en lengua española para las diócesis de España según la tercera edición típica latina, que se publicó en 2002, aunque en el año 2008 se le hicieron algunas modificaciones en el texto latino. Su entrada en vigor está fijada para el I domingo de Cuaresma de 2017, 5 de marzo. El volumen recién publicado, con una muy cuidada edición y encuadernación, cuenta con 1382 páginas (20 X 28 cm.).

1. Una nueva traducción

Una de las principales «novedades» que ofrece la tercera edición del *Misal* en lengua castellana es la revisión de la traducción existente y la incorporación de la traducción oficial de la Biblia de la Conferencia Episcopal Español.

1.1. Oraciones

Han sido varios años de laborioso trabajo llevados a cabo por la Comisión Episcopal de Liturgia para preparar un texto fiel al *Misal* latino con una traducción literal de sus oraciones y rúbricas, según lo establecido en la Instrucción sobre el uso de las lenguas vernáculas en la edición de los libros de la liturgia romana *Liturgiam authenticam* (28 de marzo de 2001) de la Congregación del Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos.

Además, el texto final ha sido posteriormente revisado por un profesor que es miembro de la Real Academia Española, a fin de subsanar posibles errores o usos inapropiados del vocabulario.

1.2. Textos bíblicos

La nueva edición del *Misal* recoge en sus antífonas de entrada y comunión, y en las pocas lecturas y evangelios que contiene, el texto bíblico oficial de la Conferencia

Episcopal Española,³⁵ aprobada por el episcopado español en 2008 y concedida para su uso litúrgico por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos en 2010 y 2014.

2. «Ordenación General del Misal Romano»

La *Ordenación General* que encabeza el *Misal Romano*, corresponde a la última versión de la misma, *editio typica tertia emendata* de 2008. Este documento que recoge los principios doctrinales –teológicos y litúrgicos–, junto con las normas disciplinares, así como las dimensiones pastoral y espiritual de la eucaristía, sufrió modificaciones reseñables entre su segunda y tercera edición, 1975 y 2002 respectivamente.

3. Propio del tiempo

En propio del tiempo se han añadido algunas oraciones y formularios de misas:

- una nueva oración colecta para el día 20 de diciembre;
- una misa para la vigilia de Epifanía;
- para el tiempo de Cuaresma se han incorporado oraciones sobre el pueblo que pueden emplearse en la bendición final;
- una oración colecta para el viernes la semana V de Cuaresma –conocido tradicionalmente como viernes de dolores- que conmemora a la Dolorosa;
- una oración de temática bautismal para el sábado también de la semana V de Cuaresma;
- se añaden once colectas nuevas en el tiempo de Pascua para evitar las repeticiones;
- la solemnidad de la Ascensión se ha enriquecido con una misa para la vigilia y una segunda colecta alternativa para la misa del día;
- y algunas oraciones del tiempo ordinario han sido retocadas.

4. Ordinario de la misa

En el ordinario de la misa:

- se han ajustado las conclusiones de los prefacios a la variedad que hay en el *Misal* latino, ya que en castellano se había optado por utilizar unos pocos que se repetían;
- se ha añadido un nuevo prefacio para los mártires;

³⁵ *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*, Madrid 2010.

- en las palabras del relato de la institución aparece la expresión «por muchos» en la consagración del cáliz en lugar de «por todos los hombres», tal y como dispuso el papa Benedicto XVI;
- en las plegarias eucarísticas II, III y IV se ha incluido el nombre de san José, según estableció la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, en 2013;
- se ha cambiado el orden de las cuatro variantes de la plegaria eucarística V, que ahora son las plegarias eucarísticas que pueden usarse en las misas por diversas circunstancias: la cuarta, titulada *La Iglesia en camino hacia la unidad*, pasa a ser la primera, desplazando un puesto el resto, que han quedado con los siguientes títulos: la segunda *Dios guía a su Iglesia por el camino de la salvación* (antes *Dios guía a su Iglesia*), la tercera *Jesús, camino hacia el Padre* (antes *Jesús, nuestro camino*), y la cuarta *Jesús, que pasó haciendo el bien* (antes *Jesús, modelo de caridad*);
- se han añadido textos a las bendiciones solemnes y realizado cambios en las oraciones sobre el pueblo;
- se han incluido nuevas fórmulas de despedida para decir antes del «Podéis ir en paz»;
- el apéndice latino se ha puesto en forma de separata para disminuir las páginas del volumen y facilitar un uso cómodo cuando haya que celebrar en esa lengua.

5. Propio y común de los santos

En el santoral hay cuatro nuevos formularios para las memorias obligatorias incorporadas desde la segunda edición típica latina de 1975:

- 14 de agosto: San Maximiliano María Kolbe, presbítero y mártir;
- 20 de septiembre: Santos Andrés Kim Taegon, presbítero, y Pablo Chong Hasang, y compañeros, mártires;
- 23 de septiembre: San Pío de Pietrelcina, presbítero;
- 24 de noviembre: Santos Andrés Dung-Lac, presbítero, y compañeros, mártires.

Y otras dieciocho colectas nuevas para memorias libres que se han añadido al Calendario Romano General desde su edición anterior:

- 3 de enero: Santísimo Nombre de Jesús;
- 8 de febrero: Santa Josefina Bakhita, virgen;
- 23 de abril: San Adalberto, obispo y mártir;
- 9 de septiembre: San Pedro Claver, presbítero;
- 28 de abril: San Luis María Grignon de Montfort, presbítero;

- 13 de mayo: Bienaventurada Virgen María de Fátima;
- 21 de mayo: Santos Cristóbal Magallanes, presbítero, y compañeros, mártires;
- 22 de mayo: Santa Rita de Casia, religiosa;
- 9 de julio: Santos Agustín Zhao Rong, presbítero, y compañeros, mártires;
- 20 de julio: San Apolinar, obispo y mártir;
- 24 de julio: San Sarbelio Makhlûf, presbítero;
- 2 de agosto: San Pedro Julián Eymard, presbítero;
- 9 de agosto: Santa Teresa Benedicta de la Cruz, virgen y mártir (Europa es fiesta por ser patrona);
- 12 de septiembre: Santísimo Nombre de María (en España se ha denominado Dulce Nombre de María, por concesión de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos en 2014);
- 28 de septiembre: Santos Lorenzo Ruiz y compañeros, mártires;
- 11 de octubre: San Juan XXIII, papa;
- 22 de octubre: San Juan Pablo II, papa;
- 25 de noviembre: Santa Catalina de Alejandría;
- 9 de noviembre: San Juan Diego Cuauhtlatoatzin;
- 12 de diciembre: Bienaventurada Virgen María de Guadalupe.

Figuran también tres nuevas memorias concedidas para España, las dos primeras libres y la tercera obligatoria:

- 24 de septiembre: Bienaventurada Virgen María de la Merced.
- 5 de noviembre: Santa Ángela de la Cruz Guerrero González, virgen;
- 6 de noviembre: Santos Pedro Poveda e Inocencio de la Inmaculada, presbíteros, y compañeros, mártires.

Se han completado los formularios de algunas celebraciones de los santos, incorporando la oración sobre las ofrendas y la oración después de la comunión así como las antífonas de entrada y comunión.

Se han retocado algunas de las oraciones ya existentes, principalmente colectas.

El *Misal* contiene el prefacio de la fiesta de Santa María Madalena (22 de julio), elevada de memoria a fiesta el 3 de junio de 2016.

Se han unificado los títulos de las fiestas marianas, adoptando la expresión que encontramos en la visitación de María a su prima Isabel: bienaventurada («*beatam me dicent omnes generationes*» – «bienaventurada me dirán todas las generaciones» [Lc 1,48]), y que es la que emplea el *Misal* latino. Así en lugar de *Nuestra Señora de Lourdes*, se denomina *Bienaventurada Virgen María de Lourdes*.

También se ha adoptado el criterio latino en el título de las celebraciones de varios santos. Hasta ahora se ponía «san» a cada uno, y ahora se pone en conjunto «santos», por ejemplo: *Santos Cirilo, monje, y Metodio, obispo*, en lugar de *San Cirio, monje, y san Metodio, obispo*.

En el común de los santos: han pasado de siete a once las misas de la Virgen María; se ha añadido un nuevo formulario en el común de varios mártires; se han sistematizado las misas de pastores; y se ha introducido un nuevo formulario para un monje y otro para una monja.

También se ha cambiado el nombre del formulario *santos que se han consagrado a una actividad caritativa*, pasándose a llamar ahora *santos que practicaron obras de misericordia*.

6. Misas rituales

En las misas rituales se han reorganizado los formularios relativos a las etapas de la iniciación cristiana, a la unción y al viático, al sacramento de orden y al sacramento del matrimonio. Se ha introducido una referencia rubrical para la misa de institución de lectores y acólitos.

7. Misas por diversas necesidades

Las misas por diversas necesidades se han estructurado en tres bloques, en lugar de cuatro como hasta ahora: *Por la Iglesia*; *Por las necesidades públicas*; *Por diversas necesidades*. Y han pasado de cuarenta y seis a cuarenta y nueve misas, estando los nuevos formularios incorporados en el número 11 (*en los aniversarios del matrimonio*) y en el número 39 (*para pedir la continencia*).

8. Misas votivas

Las misas votivas han pasado de dieciséis a diecinueve al haber añadido los siguientes formularios: *Divina Misericordia*; *Nuestro Señor Jesucristo Sumo Sacerdote*; y *San Juan Bautista*.

9. Misas de difuntos

En las misas de difuntos han sido objeto también de una nueva organización, si bien los capítulos pasan de cinco a cuatro, desapareciendo el capítulo V titulado *En las exequias de los niños* que se ha incorporado al capítulo I, titulado *En las exequias*.

En más de treinta oraciones figura el término «alma» que en la edición precedente había desaparecido.

10. Apéndices

Finalmente, en el apéndice se ha añadido la bendición del cáliz y de la patena dentro de la misa.

11. Música

Se ha logrado incluir todo el ordinario de la misa musicalizado, deseo que en las ediciones anteriores nunca se pudo realizar. Tres CDs con todas las partes cantables del ordinario así como los prefacios para facilitar su aprendizaje acompañan al *Misal*.

La melodía del «Amén» de respuesta de la asamblea al saludo inicial, a las oraciones, a la doxología, etc. se ha puesto con la melodía popular que está extendida en nuestras comunidades (sol; la), en lugar de la melodía gregoriana tradicional (sol; sol – la).

En la liturgia de la Palabra se han incluido tres sencillos modelos melódicos para el canto de las lecturas (primera, segunda y evangelio), que complementan los tonos gregorianos tradicionales para el canto de las lecturas. Además, en el evangelio se imita la misma cadencia del relato de la institución, estableciendo así un paralelismo musical entre el culmen de la liturgia de la Palabra (evangelio) y el de la liturgia eucarística (consagración); lo mismo se ha hecho con la aclamación del evangelio poniendo una fórmula alternativa en paralelo a la aclamación tras la consagración. Se ofrecen veinte fórmulas salmódicas para poder cantar los salmos responsoriales que se encuentran en el *Leccionario* y diez para el canto del versículo antes del evangelio.

Se han incluido ocho modelos para la respuesta cantada de la oración de los fieles. Se han adaptado musicalmente las aclamaciones y respuestas de la consagración que han variado conforme a la nueva traducción de los textos. Se ofrecen dos modelos para el canto del Padrenuestro: el ya popularizado y otro adaptado del *Pater noster* gregoriano. En el rito de conclusión se ha añadido la forma musicalizada de la bendición sencilla, la bendición episcopal y dos modelos melódicos para las bendiciones solemnes, uno más popular y otro adaptado del gregoriano.

Se han añadido diferentes fórmulas de despedida musicalizadas (*ad libitum*), así como la despedida propia de la octava de pascua con el doble aleluya.

Figuran también la aclamación de Viernes Santo: «Mirad el árbol de la cruz...», la aclamación de la Vigilia Pascual «Luz de Cristo» (con dos posibilidades melódicas), una versión larga del Pregón Pascual y otra breve, y el aleluya pascual con la melodía que figura en el *Misal* latino.

El legado de Lutero³⁶

Juan Manuel de Prada

I. En breve comenzarán los fastos del quinto centenario del llamado Día de la Reforma, en el que Lutero clavó sus célebres 95 tesis en la puerta de una iglesia de Wittemberg. Aquellas tesis, que romperían la unidad de la fe, cambiarían también traumáticamente las concepciones filosóficas, políticas, económicas y culturales vigentes, hasta el punto de convertir la protesta luterana en uno de los hechos más importantes de la Historia. La llamada Reforma, a diferencia del cisma de Oriente, no fue una mera controversia eclesiástica, sino que supuso un expreso rechazo del Dogma y la Tradición, así como una negación del valor de los sacramentos. Y los dogmas religiosos no son, como el ingenuo (creyente o incrédulo) piensa, meras entelequias sin consecuencias sobre la realidad, sino condensación de verdades sobrenaturales que ejercen un influjo muy hondo sobre nuestra vida. No se puede cortar el tallo de un rosal y pretender que los pétalos de la rosa no se marchiten.

Durante todo un año, vamos a recibir un bombardeo apabullante sobre las presuntas bondades del legado luterano. Nosotros, en la serie de cuatro artículos que hoy iniciamos, ofreceremos a las tres o cuatro lectoras que todavía nos soportan un modesto antídoto contra tal avalancha. Ciertamente, la Reforma de Lutero llegó cuando la decadencia de la Iglesia (minada por el concubinato del clero, la rapacidad y avaricia de muchos religiosos y la simonía institucionalizada) alcanzaba cotas lastimosas. Pero no se pone remedio a los errores cayendo en uno más grande; y la parábola evangélica del trigo y la cizaña ya nos advierte contra el peligro de arrancar la cizaña antes de tiempo (que fue, exactamente, lo que quiso hacer Lutero, logrando tan sólo desperdigarla).

Al fondo de aquel furor reformista de Lutero palpitaba el fracaso espiritual de un hombre que había hecho esfuerzos ímprobos por alcanzar la unión con Dios. Pero todas sus sacrificios, penitencias y abnegaciones habían sido en vano; y seguían abrasándolo las concupiscencias más torpes (en cuya descripción, por pudor, no entraremos), que le causaban enorme angustia y ansiedad. Lutero consideró entonces (haciendo una proyección teológica de sus propias debilidades) que el hombre pecador nada podía hacer por alcanzar la salvación. Así fue como concluyó que Cristo ya había sufrido por nuestros pecados; y que, por lo tanto, ya estábamos perdonados. De modo que, para salvarnos, bastaba con que se nos aplicasen los méritos de Jesús por medio de la fe.

Esta justificación a través exclusivamente de la fe se funda en una concepción pesimista de la naturaleza humana, que niega la libertad humana para vencer las tentaciones y también la gracia de los sacramentos. El hombre luterano, sin capacidad para sobreponerse al pecado y alumbrado por la sola fide, suprime la mediación de la Iglesia; y será su conciencia, iluminada por el Espíritu Santo, la que ordene su propia vida religiosa e interprete libremente las Escrituras. Y, como escribió el gran Leonardo Castellani con su habitual gracejo, «desde que Lutero aseguró a cada lector de la Biblia la asistencia del Espíritu Santo, esta persona de la Santísima Trinidad empezó a decir unas macanas espantosas». El libre

³⁶ Artículo publicado en cuatro partes en ABC los días 22, 27 y 29 de agosto y 3 de septiembre de 2016.

examen luterano desató la enfermedad de la inteligencia denominada diletantismo, que luego ha contagiado, por proceso virulento de metástasis, toda la cultura occidental, primeramente con los ropajes del fatuo endiosamiento intelectual, por último con los harapos lastimosos del deseo de saber sin estudiar y la soberbia de la ignorancia. Las consecuencias de la Reforma luterana en el plano filosófico y moral no se harían esperar.

II. Al afirmar el principio del libre examen, que atribuye al hombre una facultad omnímoda para ordenar su vida religiosa, Lutero anticipa el imperativo categórico de Kant, que proclamaría la suficiencia absoluta de la voluntad humana para emanar normas de conducta, erigiéndose así el hombre en único legislador y árbitro de su vida moral. A la vez, con su tesis del servo arbitrio, que juzga al hombre incapaz de elegir el bien, Lutero se convierte involuntariamente en promotor del nihilismo filosófico y ético.

Lutero, discípulo de los nominalistas Wesel y Biel, injertó en el pensamiento de sus maestros un asfixiante pesimismo antropológico. Juzgaba que la inteligencia humana, tarada por el pecado original, estaba incapacitada para abstraer lo universal y pensar las cosas del espíritu; pero, al mismo tiempo, consideraba que era muy apta para desenvolverse con pragmatismo en el mundo. Inevitablemente, un hombre dispensado de discernir un orden moral objetivo puede refugiarse en su conciencia subjetiva. El bien ya no será una categoría que el hombre discierne a través de la razón, sino lo que en cada momento determine que es bueno (o, dicho más descarnadamente, lo que le convenga), y el mal lo que entienda que es malo (o sea, lo que le perjudique). Danilo Castellano observa con perspicacia que esta consideración de la conciencia permitirá luego a Rousseau afirmar en el Emilio que «la conciencia es la voz del alma, como las pasiones lo son del cuerpo». Esta conciencia, reducida a mera pulsión subjetiva, acabará conformando al hombre de nuestra época, un amasijo instintivo sin guía ni freno, huérfano de razón y responsabilidad. Un hombre que guía sus decisiones (que, inevitablemente, ya no serán morales) por la pura espontaneidad, que es la que le permite afirmarse y ser “auténtico”, y hasta creer (*risum teneatis*) que es libre como el viento, aunque sólo sea esclavo de sus pasiones. Y de la conciencia instintiva al subconsciente freudiano hay un solo paso.

Inevitablemente, esta concepción luterana del hombre, incapacitado para abstraer lo universal, impondrá el abandono de la metafísica, que posteriores corrientes filosóficas declararán inaccesible (y, con el tiempo, inútil). Como luego afirmaría Hegel, «la verdadera figura en que existe la verdad no puede ser sino el sistema científico de ella». Es decir, cada escuela filosófica debe crear un sistema que se erija en la verdad (por supuesto, refutada por la siguiente escuela). Así, se concluye en la extravagancia de pensar que la razón humana es suficiente para dar fundamento a toda la vida del hombre, quedando excluido el orden sobrenatural. Y, con el tiempo (porque los sistemas filosóficos, al faltarles el sustento de una verdad universal, se tornan pendulares), se concluye en la extravagancia contraria, según la cual la razón humana carece de autoridad para fundamentar la vida, lo que desembocará en los sucesivos escepticismos, relativismos y nihilismos del pensamiento contemporáneo.

Como sostiene Belloc en Europa y la fe, «al negarse la realidad y hasta el ser, se crean sistemas que se mueven en un vacío atroz, para asentarse finalmente en una negación y desafío universales lanzados contra toda institución y todo postulado». La desaparición del saber metafísico acaba degenerando en la búsqueda de verdades “sociológicas”, siempre coyunturales y cambiantes, carentes de fundamentación real. Y, tarde o temprano, propicia malformaciones y excrecencias irracionales; pues, allá donde falta la metafísica, afloran

como setas un sinfín de supersticiones enloquecidas, fanáticas e imprevisibles. Y surgen entonces, inevitablemente, conceptos políticos morbosos. Porque el legado de Lutero tiene también, por supuesto, consecuencias políticas.

III. Si la inteligencia humana, tarada por el pecado original, está incapacitada para abstraer lo universal, no pude aspirar a entender las leyes de la política. De este modo, la doctrina de Lutero se convierte en legitimadora del Estado moderno, concebido como instrumento para ordenar la vida social y reprimir la intrínseca maldad humana, convirtiendo sus leyes positivas en norma ética. Frederick D. Wilhemsen nos hace reparar en la paradoja de que Lutero, que empezó azuzando la rebelión de los campesinos alemanes contra sus príncipes (pensando que los campesinos lo apoyarían en su lucha contra Roma), acabase exhortando a los príncipes a aplastar del modo más inmisericorde las revueltas campesinas (después de que los príncipes abrazasen con su doctrina). «En último término –escribe Wilhemsen--, el luteranismo predica que el ciudadano tiene que obedecer al príncipe en todo, de una manera ciega, pues el cristiano sabe que la autoridad del príncipe viene de Dios, pero no sabe nada de la ley natural, debido a la corrupción de su razón, el único instrumento capaz de descubrir esa ley».

Por supuesto, la monarquía ya había tenido tentaciones de hacerse absoluta antes de Lutero. Pero los reyes estaban limitados por una ley humana, la costumbre, y por una ley divina que no podían conculcar. Ambas barreras serán anuladas por Lutero, que en su obsesión por combatir al papado convierte al rey en representante de Dios en la tierra, afirmando que todo auténtico cristiano está obligado a someterse incondicionalmente a él. La monarquía, antes de Lutero, se había acomodado a la sentencia de San Isidoro ("Rex eris si recte facias; si non facias, non eris"); y así había llegado a ser, en palabras de Donoso, «el más perfecto de todos los gobiernos posibles, por ser uno, perpetuo y limitado». Al apartar esos límites que constreñían al monarca, Lutero insta la deificación del poder civil. El monarca se convierte en objeto de adoración ciega; su poder ya nunca más se asentará en la "auctoritas" ni en la "potestas", sino que será puro ejercicio de la fuerza sin restricciones (o sin más restricciones que los reglamentos que él mismo evacua, sometidos a su conveniencia y capricho).

Así se corrompe el principio de autoridad, hasta su confusión con la mera fuerza despótica. Este quebrantamiento del orden político –afirma Belloc-- iba a tener un efecto explosivo: el poder que mantenía las cosas unidas se convertirá a partir de ese momento en un poder que separa cada una de las partes componentes. En efecto, el poder absoluto mostrará pronto, bajo una falsa fachada unificadora, su íntima vocación disgregadora, haciendo de la disputa por el poder, la tensión social y la guerra constante el clima natural de una Europa dividida.

Por supuesto, la doctrina luterana sobre la soberanía absoluta de los reyes será la que luego, convenientemente desplazada de sujeto, fundamentará el principio de la soberanía popular. La omnipotencia del príncipe se convierte en voluntad popular soberana, cuya esencia sigue siendo la fuerza despótica, capaz de determinar mediante mayorías el bien y la verdad según su conveniencia y capricho.

Wilhemsen sostiene que «la pasividad del alemán frente a su gobierno, sea éste monárquico, imperial, republicano o nazi, refleja una teología y una religión cuya negación de la ley natural exige que el hombre obedezca pasivamente, sin preguntar el "por qué"». Sospecho que esta reflexión que Wilhemsen circunscribe al alemán podría extenderse en general al

hombre contemporáneo, que creyéndose más soberano que nunca está en realidad sometido pasivamente a poderes ilimitados que ya no controla. Empezando por el poder del Dinero, que el protestantismo liberó.

IV. La rebelión de Lutero daría alas a otro clérigo levantisco, Calvino, que como él afirmó la depravación de la naturaleza humana y negó que el hombre tuviera libre albedrío. Calvino añadió, sin embargo, una dimensión nueva a la doctrina luterana, afirmando la monstruosa doctrina de la predestinación. Pero, aunque el hombre nada pueda hacer por salvarse, puede –según Calvino– saber anticipadamente cuál es su destino, pues la prosperidad material se erige en signo de afecto divino. Esta doctrina abominable desataría la avaricia de los pudientes, que empezaron a agitar a las masas contra el Papado; y, mientras las masas estaban entretenidas agitándose y disfrutando de la anarquía moral generada por la ruptura con Roma, los ricos las despojaron de sus tierras. «Siempre resulta ventajoso para el rico – afirma Belloc– negar los conceptos del bien y del mal, objetar las conclusiones de la filosofía popular y debilitar el fuerte poder de la comunidad. Siempre está en la naturaleza de la gran riqueza (...) obtener una dominación cada vez mayor sobre el cuerpo de los hombres. Y una de las mejores tácticas para ello es atacar las restricciones sociales establecidas». A los hacendados y poseedores de grandes fortunas les había llegado, en efecto, una gran oportunidad con la Reforma. En todos los lugares donde la riqueza se había acumulado en unas pocas manos, la ruptura con las antiguas costumbres fue para los ricos un poderoso incentivo. Hicieron como si su objetivo fuese la renovación religiosa; pero su verdadero fin era el Dinero. Y así lograron que su desmesurado afán de lucro resultase menos insoportable a los ojos de los pobres, entretenidos con el caramelo de la renovación religiosa. La doctrina católica habría combatido el industrialismo y la acumulación de riqueza; pero el protestantismo hizo del afán de lucro un signo de salvación.

Y, mientras crecía el afán de lucro, se consumó el “aislamiento del alma”, que Belloc considera con razón el más nefasto legado de la Reforma y define como una «pérdida del sustento colectivo, del sano equilibrio producido por la vida comunitaria». En efecto, el protestantismo introdujo un aislamiento de las almas que, además de gangrenar la teología, la filosofía, la política, la economía y la vida social, destruyó la unidad psíquica de la persona. Pues, al cuestionar toda institución humana y toda forma de conocimiento, abocó a los seres humanos a un desarraigo creciente y a una exaltación del individualismo cuya estación final es la desesperación, como comprobamos en las sociedades modernas, integradas por individuos enfermos de solipsismo y, a la vez, estandarizados y amorfos. Y la disolución de la religión colectiva facilitaría, en fin, el encumbramiento de sucesivas idolatrías sustitutivas, llamadas pomposamente ideologías, cuyo cáliz amargo seguimos hoy apurando hasta las heces.

Y, para terminar –*last, but not least*–, no podemos dejar de referirnos, entre las consecuencias del luteranismo, a su iconoclasia furibunda, que generaría un arte inane y acabaría desembocando en el feísmo más exasperado, puro vómito de una esterilidad engreída, que denominamos eufemísticamente “arte contemporáneo”. Si la tradición católica, en su esfuerzo por penetrar mejor el contenido de la Revelación, había fomentado un arte riquísimo que halla su paradigma en la belleza inmaculada de María, la reforma protestante, al declarar la ilicitud del culto a la Virgen y a los santos engendraría un arte fosilizado y deshumanizado, cuando no vesánicamente nihilista.

Todas estas delicias del legado luterano, y algunas más que se nos quedan en el tintero, vamos a celebrar en este centenario tan divino de la muerte que se nos viene encima.



La levedad de los días

27 de enero de 2017

El traje de la elegancia y del buen gusto

Tengo que reconocer que lo mío no son las tiendas ni los escaparates; me dejan indiferente. Será porque el paso de los años va extinguiendo y estragando esa curiosidad impuesta que desvirtúa la realidad otorgándola las calidades de lo fútil y de lo pasajero. Me gusta más contemplar a la gente en camino que a los maniquís prisioneros de su vitrina de cristal. En esta época del año, pues, me he acercado a las rebajas, de oídas. Confieso que esta “levedad del día” es debida. Se la debo a una pasajera del tiempo que, a veces, asoma a mi vida.

-“Cuando pases por la esquina, fíjate en el escaparate”.

Yo, haciendo un esfuerzo de voluntad y tiempo, me paro. Los maniquís se han vestido de blanco impoluto. Llevan una camiseta larga, plegada con arte, y con la serigrafía “rebajas”. Los hay de todos los tipos: niños y adultos, hombres y mujeres. Con el mismo uniforme gritan, en rojo sobre blanco, que es época de rebajas. Acepto el juego, pero no observo nada especial. Y así lo cuento y trasmito.

-“¿No habrá en esta época de rebajas un traje que sirva para todo el mundo: para los pequeños y grandes, para hombres y mujeres, para niños y ancianos? ¿Un traje que se amolde a todas las tallas y que, simplemente con algún retoque particular pueda adaptarse a cualquier persona?”.

Entiendo que algo hay detrás de la pregunta; pero no soy capaz de llegar al fondo de la cuestión. Tengo que reconocer que supera mi especialidad y mi experiencia.

-“Piénsalo con calma; tómate tiempo y... discurre”.

Llevo varios días que en el paseo matinal, en contra de mis hábitos, voy contemplando escaparates y observando alguna que otra tienda en busca del traje que sirva para todos y que a todos nos iguale ante la moda. Tendré que darme por vencido.

Y como no se me ocurre nada, he decidido consultarlo con algún amigo entendido en la materia. Si yo estoy perplejo, mi amigo, boquiabierto, ha dicho: “Sería ideal encontrar el traje para toda la población, el uniforme de la elegancia y del buen gusto al alcance de todo ser humano”.

-“Pues ese traje existe. Está al alcance de cualquier hombre o mujer; su precio no se mide en euros ni se relaciona con ninguna de las monedas en uso. Ese traje soporta todos los colores y todas las épocas, siempre está de moda, nadie paga por él aunque su valor es insospechable y sus efectos sorprendentes. Ese traje es común a todos, pero es tan personal que no puede ser usado más que por su protagonista. Ese traje, con las características descritas, no es otro que el abrazo. En casa o siempre que salgas a la calle ponte el traje. ¡Un abrazo!”.

Mira por donde, sin querer, más alegre que un compositor pudiera imaginar.

Isidro Lozano³⁷

³⁷ Texto inédito para Forum.com.

¡Somos Familia!

Cada hogar,
escuela de
Vida y Amor

AGUINALDO 2017

Del Rector Mayor
P. Ángel Fernández Artime

